

# Me confieso mujer

Graciela Hierro Pérezcastro

# Me confieso mujer

Graciela Hierro Pérezcastro

Premios DEMAC 2003-2004



México, 2004

Primera edición, octubre 2004

*Me confieso mujer*

por

Graciela Hierro Pérezcastro

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2004, por

**Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.**

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: [demaclibros@demac.com.mx](mailto:demaclibros@demac.com.mx)

[demac@demac.com.mx](mailto:demac@demac.com.mx)

Impreso en México

**ISBN 968-6851-49-6**

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

## ÍNDICE

Introducción .....	9
La rebelión de la esfinge .....	15
Levantada en armas .....	16
Al encuentro conmigo. Las imágenes de lo femenino .....	18
El premio .....	29
La nostalgia de la escritura .....	30
Otro premio .....	30
Los hombres de mi vida .....	31
Yo, peor que hombre. La diferencia sexual .....	39
La sabiduría feminista: derrotar la culpa .....	46
Mi infancia que se quedó en Chapultepec .....	50
La muerte de mi madre .....	50
El feminismo en la UNAM .....	54
Memorias de hospital .....	58
La escritura .....	61
El cumpleaños .....	63
El alma femenina .....	64
Poetas somos todas .....	71
El feminismo de la diferencia .....	81
La diferencia sexual .....	81
Las mujeres en los puestos de poder .....	82
Feminismo y educación .....	85
La escritura femenina .....	85

La filosofía feminista .....	86
Los congresos nacionales de filosofía .....	88
1999 .....	91
Escribir .....	95
Las mujeres .....	95
De repente baja lo inefable .....	96
La tolerancia .....	97
Abril de 1983 .....	97
Otra vez abril, pero de 1985 .....	98
El matrimonio .....	99
Las nietas .....	101
Filosofía .....	102
Filosofar .....	104
El sentimiento de la divinidad .....	105
La consolación de la filosofía .....	108
La primera feminista de mi vida: la abuela Lola .....	114
Cautiva estoy de mí .....	119
La educación de Emilia .....	122
<i>Carpe diem</i> .....	124
La educación sentimental .....	126
Meditación en el sabático .....	128
Las figuras del feminismo en México .....	135
La melancolía .....	136
Del amor .....	138
El sentimiento fáustico de la vida .....	139
Vivir tu edad .....	141
El arte de ser sabia .....	142
El viaje del “sorocho” .....	144
Conclusión .....	146

*Para mis hijas y nietas, reales y simbólicas*

## INTRODUCCIÓN

Nosotras no somos feministas, la feminista es nuestra mamá.

Estas memorias tal vez deberían llamarse “de una superviviente” porque creo que las mujeres lo somos –seamos prefeministas o feministas de tiempo completo, como yo—. Y en verdad es una “memoria” porque comienza por el final.

Tengo setenta y cuatro años y soy una mujer sola, que no solitaria, en este mundo de hombres. He terminado la que creo es la última relación amorosa de mi vida, aparentemente, porque eso nunca se sabe. Hay amores en los asilos de ancianas –eso lo vi en una película, no sé si suceda en realidad—. El fin de mi relación se debió a motivos triviales, como sucede siempre: “Porque vives muy lejos”... ¿Yo, lejos? El que vive lejos es él; yo vivo donde debo: cerca de mis hijas, hijo, nietas y nietos.

En el fondo ya se sabe la razón de los abandonos en esta etapa de la vida: ellos buscan una mujer joven que les conserve la juventud, y las jóvenes, un padre que las haga avanzar en su carrera.

Solas, porque nos reconocemos iguales a ellos. Iguales en derechos, no en el ser, que es distinto. La diferencia no es sólo de género, también de imaginario y de otras cosas.

Superviviente, dije, por ser dueña de mi cuerpo y su sexualidad. Un sentido de vida más allá de “madresposa” con el consabido: “Por mis hijos daría la vida, pero no mi ser” (Kate Chopin). Superviviente porque he sabido que “la lucha es larga, por ello hay que darla con alegría para que no se vaya la vida mientras tanto” (*Eva Luna*, Isabel Allende). Sabiduría aprendida de las mujeres.

Vivir más allá de hacer “de la necesidad, virtud”, como enseña mi maestro Aranguren, eligiendo ese camino que no es necesario sino opcional. Me refiero a romper con la domesticación femenina para inventar nuevas formas de vida que se nos ofrecen múltiples, como afirma mi amiga Clara Fontana de Buenos Aires: “Somos tan nuevas que podemos hacer cualquier cosa”.

Utilizar la ironía y salvar así el espíritu de seriedad que nos han inculcado a las mujeres decentes, tal como enseña nuestra maestra Rosario Castellanos. Ironía que al ser distancia lleva la respuesta a su límite y señala la contradicción. Enseñanza socrática; no hay que desdeñar lo aprendido de los filósofos, sería tirar el agua sucia con el bebé, en vez de tirar a los patriarcas por la ventana y salvar a la bebé. Recomendación de Sandra Harding. Lo de los patriarcas es idea mía.

Sola, como sabemos, es no tener patriarca al lado. Recuerden aquello de que entran diez mujeres juntas a cenar en un restaurante, y unos caballeros les preguntan: “¿Por qué tan solitas?” Nuestra visibilidad está dada por el hombre que nos acompaña.

Este relato también es una reflexión desde la filosofía feminista. “¿Qué es eso?”, pregunta un filósofo mexicano famoso. La filosofía feminista piensa el mundo y la experiencia vivida desde una perspectiva de género, desde una mirada y un cuerpo femeninos. Es decir, subraya que se es mujer. Es leer nuestra experiencia no para justificarla, sino para conocerla. ¿Qué significa ser mujer en un mundo de hombres? Para contestar es necesario plantear la pregunta básica: “¿Qué le dice un fantasma a otro?” “Oye, ¿tú crees en los hombres?” Difícil respuesta, sobre todo para una feminista radical.

He de advertir una distinción muy importante al iniciar la lectura de nuestra experiencia: la diferencia entre angustia, tristeza, dolor y melancolía. La angustia es la señal ante el peligro que implica el cambio que es pérdida. La tristeza surge de la confrontación con la realidad, exige darse cuenta de esa pérdida; la melancolía es el



camino para transformar esa tristeza en creación, lo que pretendo en este escrito. El dolor es inevitable, sucede por los avatares mismos de la existencia y no hay otro remedio que afrontarlo. No así la angustia y la tristeza, que puede ser melancolía susceptible de rebasarse con creatividad.

Cada mujer que triunfa, en tanto feminista, nos abre el camino a las demás, por ello no es conveniente atacar a las que piensan distinto. Hay que respetar las discrepancias y no caer en los juegos del poder, como hacen los hombres. Más bien, hay que luchar por nuestro empoderamiento personal y social en tanto género. La finalidad del feminismo del nuevo milenio es justamente el empoderamiento de las mujeres, tal como cada una lo entienda, y lograr la alianza feminista.

Todo lo que sé se lo debo a las brujas.

Paracelso

Yo también. Todo lo que sé se lo debo a las mujeres, brujas que se atreven a pensar. Yo sólo leo a mujeres, ya leí a tantos hombres... Aprendí lo que necesitaba de ellos y sólo consulto a algunos cuyas ideas sirven a mis propósitos. Ser feminista, para mí, significa personalizar todo. Pasarlo por mis intereses y descubrir cómo funciona para mi vida. Pienso que el conocimiento que no sirve para eso, no sirve para nada. Acepto lo que afirma Bertrand Russell: “Los conocimientos pueden –al parecer– no servir para la experiencia inmediata, pero más tarde se descubre que sí lo hacen”. Tal vez mi desinterés sea porque ya no tengo tanto tiempo para elucubrar en el vacío.

Desde el primer momento de mi vida en que, por avatares del destino, quedé sola (el hombre de mi vida había partido, mis hijas e hijo encaminados en su propia existencia), la percepción de mi ser cambió. Dejé de ser una mujer insertada en la realidad, imbricada

en un mundo de relaciones familiares y sociales, para intuir que era una mujer autónoma e independiente. Es decir, desde ese momento toda la vida fue para mí, sola. Entonces tomé conciencia de que siempre había vivido, en gran medida, para los demás; que sólo tenía derecho a invertir en mi persona y su interés los ratos que me habían dejado libres. Ahora soy autónoma, puedo hacer lo que quiero con mi vida.

Había que superar la sensación de tristeza y abandono que acompañaba al ser libre. Hablé con otras mujeres que llevaban más tiempo en esa condición y la respuesta invariable fue: “¡Qué suerte!, al principio te sentirás triste, pero cuando lo superes comenzarás a sentirte muy bien contigo misma y alcanzarás la madurez. De otra manera tal vez nunca la conocerías”. *Esa* madurez; puede haber otras.

Me sucedieron cosas curiosas: dejé de tener miedo por la noche, bajó de intensidad mi temor a los alacranes y disminuyeron mis diversas fobias. Dejé de extraviarme en las calles e inicié viajes al extranjero, sola, con los dientes apretados, inundada de extrañas decisiones. No diré que estaba siempre feliz, incluso podría afirmar que sufría, y en ocasiones intensamente, pero ya que el sufrimiento es superable, el remedio fue soportarlo. Estaba abandonando la dependencia, que otro hiciera las cosas por mí y conmigo. Así alimenté la autonomía con un sentimiento de ascetismo y frugalidad. Tuve que enfrentar todo sin un hombre a quién recurrir, más bien otras y otros contaban conmigo. Había que consolidar, cuidar mis fuerzas, lo único que tenía. Pasaban los días, el trabajo se desenvolvía mejor que en la época de la compañía masculina porque tenía todo mi tiempo disponible. Mi sola ocupación era el trabajo y las diversiones con las amigas.

*Paréntesis: no estoy sola, soy sola. Entre ambas afirmaciones hay un mundo de diferencia. “Estar sola” es una circunstancia, le llega a cualquier persona, y se deja de estar sola al estar acompañada. En cambio, “ser sola” es una postura ontológica que todas las personas experimentamos.*

*Para mí, se inicia en la infancia; vivo con mis padres y hermanos, no tengo hermanas. En mi cuarto, sola, tengo la sensación de ahora. Yo soy mi cuarto-casa, lo arreglo como quiero y converso conmigo misma. De niña con mis muñecas, sin interés por participar en los juegos de hombres. A lo largo de mi vida he ido tomando responsabilidad plena y absoluta de mi persona. Soy la responsable de mí misma y sólo a mí misma he de rendir cuentas de lo que haga en la totalidad de mi tiempo. Finalmente soy autónoma. Me había costado tanto trabajo dirigir esa energía hacia mí en el transcurso de mi existencia, que ahora no podía arriesgarme a perder todo ese esfuerzo.*

–¿Qué haces?... De seguro leyendo, leyendo a mujeres.

–Yo sólo leo a mujeres. ¡Sólo mujeres!

Tú sólo lees a hombres y te ha ido muy bien.

Conversación telefónica con el maestro

Sí. Leo sólo a mujeres. Sé que ellas se dirigen a mí, conversan conmigo y algunas piensan las mismas cosas que yo, pero dan respuestas distintas, a menudo más profundas.

### *Mi tiempo*

Esta mañana decidí no aceptar tantas conferencias. Cancelaré la mayoría de las invitaciones y conservaré sólo las que en verdad me interesan. No se gana nada, ni para la causa de las mujeres ni para mí. Como recomienda mi amiga poeta –a quien di a leer parte de estas memorias–, he de dedicarme a escribir, eso es más importante.

Las memorias tienen la característica, según leí precisamente de una mujer que escribe las suyas, de que deben hacerse “para dar gusto a ninguna otra audiencia que a ti misma”, de manera que no se vean contaminadas por la mirada de la que eventualmente las lea.

Dije que éstas, las mías, son de una feminista. ¿Qué significa el feminismo para mí? Primero, la conciencia de que soy mujer. Creí que era hombre, hasta que cobré conciencia de que no. Toda la instrucción que recibía en la escuela era en *lenguaje masculino*: “la historia del hombre”..., por tanto pensaba que, de alguna manera, podía ser que yo fuera “hombre”.

En el momento en que quise tomar una decisión de gran importancia en mi vida –como elegir la carrera que estudiaría–, me di cuenta de que era mujer. Así sucedió cuando mi padre preguntó a sus hijos en general que deseábamos estudiar. Dije: “Medicina”. Se rió y me contestó: “Tú no necesitas estudiar nada, tú te vas a casar”. Allí supe que definitivamente no era hombre.

Había tenido ciertas sospechas de mi condición cuando mi madre quería obligarme a arreglar las camas de mis hermanos porque no había recamarera. Me defendía violentamente de hacerlo, por supuesto, y creo que nunca lo hice. Eso me resultaba como una cierta injusticia de mi condición, pero no era tan grave.

Cuando me negaron la posibilidad de estudiar una carrera, entonces comprendí el desastre que se avecinaba. Más que desastre, se trataba de una fatalidad como la muerte, algo de lo que jamás escaparía.

Las mujeres se casan, también los hombres; pero había una diferencia que entonces no era demasiado clara para mí. Por supuesto que comprendía la función de la maternidad y demás, pero se trataba de una situación inevitable, tanto como la menstruación, de la que, cuando la tuve por vez primera, pensé ingenuamente: “Ya me amolé para siempre, no voy a poder nadar, hacer gimnasia ni jugar bádminton”, todo lo que me encantaba en ese tiempo... “Esto –pensaba– no puede ser superado.” Hasta que me fijé en una mujer mayor que jugaba tenis sin preocupación aparente. Me llegó el primer alivio, como sucede siempre observando lo que hacen otras mujeres.

La siguiente amenaza de fatalidad fue el nacimiento de mi primera hija. La pusieron sobre mi pecho, y cuando desperté del

cloroformo –utilizado tanto en esa época–, tuve la terrible sensación de la nueva responsabilidad que nace del amor: “Estoy atrapada, mis proyectos personales son imposibles de realizar. Mi obligación con esta niña es para siempre y total. Ya no tendré tiempo para mí”. Mucho más tarde, creo que en la última etapa de mi vida, me di cuenta de que existe el momento de “salirse de madre”.

El feminismo, aun sin nombrarlo, se vislumbraba como forma de escape, de rebelión, que para mí fue el primer tiempo del feminismo: “la rebelión de la esfinge”.

### LA REBELIÓN DE LA ESFINGE

Se inicia con la conciencia de la fatalidad vital femenina que es diferente de la fatalidad masculina. En primer lugar están los avatares de la sexualidad que nos convierten en la eterna “enferma”. En un artículo se dice que una mujer está enferma con la menstruación, se alivia en el parto y fallece en la menopausia. Muere para el deseo masculino, lo que trae como consecuencia el “síndrome de la libélula”: ser invisible para la mirada que la constituye como ser, que le da presencia, prestigio, lugar (tanto en el mundo masculino como en el femenino). Todo esto precede a esta segunda fatalidad: la de que ella existe por el hombre que la acompaña, de manera que sin él no es. Pierde la posibilidad de hacerse evidente; la hija de..., la señora de..., aun la viuda de... La mujer sola pierde su entidad política.

Sin comprenderlo plenamente, cuando terminaba con algún novio pasaba revista de inmediato a los posibles aspirantes para engancharme de nuevo a la existencia. Mi madre, por ejemplo, cuando quedó viuda de mi padre después de sesenta años de matrimonio, me preguntaba cómo encontrar a su novio Walter de la juventud, para “existir” con él.

La tercera fatalidad es la obediencia al mandato del “señor” de la familia, lugar privilegiado que se hereda de un patriarca al siguiente sin miramientos de edad. Así, en mi familia actual, el que se supone debe “mandar” es mi hijo hombre, que por cierto no es el mayor de las hijas; sin embargo, es el único hombre de una familia de mujeres. Sus hermanas lo llaman el *golden boy* [muchacho dorado]. Él no está tan contento de su papel, se siente responsable sólo de su esposa y sus cuatro hijas, que ya es bastante.

En la empresa, si trabajamos, también decide el señor. Finalmente, el señor de los cielos, si somos creyentes. La única forma de emancipación en este primer tiempo del feminismo es “la rebelión de la esfinge”. Aceptar lo que dicen y ordenan, o atreverse a pensar y hacer lo que queremos; no es tan difícil, así funcionan los sirvientes de las casas ricas. Todo lo que les indican y ordenan lo aceptan al parecer, pero, finalmente, hacen lo que quieren.

La segunda fase del feminismo es la oposición abierta contra todo y todos: “levantada en armas”. Curiosamente estas dos clasificaciones me fueron sugeridas por dos hombres entrañables: Pepe Cueto, mi amigo cubano, la primera; Carlos Fuentes, la segunda.

## LEVANTADA EN ARMAS

Esta etapa es muy peligrosa para la estabilidad de la propia vida. Me ha costado dos matrimonios. El primero, cuando terminé la carrera de filosofía y me ofrecieron trabajo, lo viví como la culminación de la batalla porque la creí ganada.

Tenía trabajo y pensaba ingenuamente que esta situación —obtener un grado académico y trabajo en una prestigiada institución— sería admirable para cualquier hombre y también para una mujer. Sin embargo, en cierto sentido se convirtió en la derrota de lo femenino, sobre todo para una esposa de *play boy* con cuatro

hijos en el México de los años sesenta. Aunque la que solicitó el divorcio fui yo.

El feminismo que profesaba entonces incitaba a cambiar las reglas tradicionales del matrimonio, según las cuales los hombres pueden seguir su deseo y las mujeres reprimirlo. Es decir, constituyó la rebelión feminista contra la doble moral sexual.

También me costó el segundo matrimonio, después de veinticinco años de casada. Tal como lo advirtió mi segundo esposo: “Me separo de ella porque es demasiado feminista, da clase a todo el mundo y sólo hace el amor cuando ella lo desea”. Aunque, en cierto sentido, lo anterior fue un pretexto. La ruptura se debió también a esa ilusión masculina de alcanzar la eterna juventud casándose con una mujer mucho más joven. Soy siete años mayor que él y, además, tengo tres hijas y un hijo del matrimonio anterior. Mi padre expresaba la idea en forma muy divertida: “Cuando tu esposa cumpla cincuenta años, debes cambiarla por dos de veinticinco”, cosa que él nunca hizo. Sin embargo, mis dos maridos se volvieron a casar con mujeres más jóvenes que ellos y con otra peculiaridad: son gringas. El síndrome del *hot cake* tal vez me derrota.

## AL ENCUENTRO CONMIGO. LAS IMÁGENES DE LO FEMENINO

Quiérase, Mara.

Recomendación del maestro

Los encuentros tenían necesariamente que ser con mi cuerpo, de piernas delgadas y olores indecisos. Con ropas que coincidieran con la imagen deseada. Me veía a mí misma desde fuera. Ahora sí, la visión se torna entrañable. Me recibo a mí misma con afecto y admiración. Me descubro apreciándome. Resulta que yo, aquella que no se quería tanto por el sexo, color y olor, es ya una presencia querida, incluso dispuesta a convivir conmigo en armonía hasta el último dolor de la muerte.

Muy temprano rechacé la imagen de la mujer que me impusieron, la que servía los desayunos y lavaba los platos: no quería ser ésa. Yo era la que leía, la que sabía todo de todos, la que descubría los secretos: abría las cartas y escuchaba las conversaciones ajenas. Pero no la que leía libros prohibidos. Presentía conocimientos oscuros que no sabría manejar. Tampoco acepté ser la mujer creyente, me arriesgué a ser la que el cura amenazó con: “Una mujer sin fe no vale nada...” Así me lo advirtió el del confesionario cuando lo desafié, en la Basílica de Guadalupe, diciendo que no creía en la aparición de María. Me arriesgué a ser ésa, la que sin fe no valía nada, y alcancé la valiosa identidad de ser “peor que hombre”, amenaza de mi madre. Sin embargo, de todas las prohibiciones propias de mi sexo y condición, no arriesgué la muerte,



por aquello de “te prefiero muerta que manchada”. No quería morir y respeté las prohibiciones sexuales. Con el himen intacto llegué al matrimonio. Una vez alcanzado, vino la segunda victoria sobre los otros, hombres y mujeres que me imponían sus creencias. Busqué el refugio en mi propia fidelidad frente a la ajena. Sentí que no valía la pena atrincherarse del lado del bien, que era preferible conocer a otros hombres. Hombres encantadores y maravillosos aquellos que amé; decepcionantes otros, por cobardes, sobre todo los que me elegían sin yo escogerlos y a los que, en cierto sentido, sucumbí sin ser plenamente de mi agrado.

No es esta historia la que deseo contar. No la de mis amores, sino la de mis encuentros y desencuentros conmigo misma. No fui la que mi madre quería, la que mi tío advirtió a mi primer marido: “Las Pérezcastro son muy buenas madres, cocineras y amas de casa”. Mi identidad es de intelectual, maestra, feminista, la que he sido hasta ahora. Creo que el sentido de la vida es ser feliz, porque si no vinimos al mundo a ser felices, ¿a qué vinimos? Eso hay que lograrlo en todas las etapas del viaje por la vida. Ahora entro en el nuevo territorio, la vejez.

### *La vejez*

Tan corta la vida y tan largas las horas.

Jorge Luis Borges

Es cierto que el sentido de la vida a veces se torna elusivo, imponderable, inefable. En la vejez siento que la vida es terriblemente breve, como un aleteo, un abrir y cerrar de ojos. El instante, eso es la vida. Nada vale la pena, es la segunda sensación. Como la vida es breve, cualquier empeño es inútil. La imagen es de una puerta que se abre un instante para cerrarse por siempre. Tal vez

esto se debe a las muertes de mis amigas y amigos. Muertos en sus juventudes, y aun los que mueren viejos sienten que su vida es sueño, y los sueños, sueños son.

No hay que entregar el ánimo al dolor,  
nada ganamos con mortificarnos.

Alceo

Si la vida es sueño de un instante, hay que evitar el sufrimiento a toda costa. Eliminar la culpa y resguardarse de las trampas de los otros. Todas somos cazadoras de todos, y el corazón es un cazador solitario. La trampa del cazador, que no del corazón solitario, es atrapar al otro, cubrirlo, inundarlo de culpas propias y huir riendo. Para atrapar al otro y envolverlo en la red, se le llega con sonrisas, y al cubrirlo se vierte entonces el veneno. Existe una forma infalible de salvación de la red: la ironía. El corazón, cazador solitario, va por el amor.

### *El camino de la ironía*

Mujer que sabe latín...

Rosario Castellanos

Pienso que la historia de nuestra vida no es más que el relato de nuestro carácter.

Escribo esto porque deseo estar incluida en la lista de las moralistas mexicanas. Mi empeño consiste en cumplir con el mandato de mi signo del zodiaco: géminis.

Yo soy el aire que piensa,  
soy géminis yang

soy los pulmones.  
Misión: aprender y comunicar.

Nací el 10 de junio, que nunca se olvida desde aquel de 1968.

Mi interés, más que teórico, es práctico. Una vez leí un artículo cuyo contenido olvidé, pero su título se me quedó pegado para siempre: “A la niña hay que enseñarla a vivir”. Éste es el propósito del texto presente: el arte de vivir, que no es ciencia sino arte, y nosotras las mujeres hemos vivido nuestras existencias perfeccionando ese conocimiento. Aunque también en muchos sentidos la mayoría somos supervivientes.

En mi ya larga vida, he aprendido también que hay que reír. “La risa abre más túneles que el llanto”, decía Rosario Castellanos, mi maestra. La que ríe última, ríe mejor, pero no porque haya ganado alguna competencia a las demás, sino porque ha reído más tiempo. El secreto o la receta es no tomarse en serio. El riesgo es convertirse en “la tonta solemne”. El espíritu de seriedad se aniquila con la ironía. Una tonta solemne es el espectáculo más patético. Como no hay conocimiento posible, resta únicamente seguir el camino de los irónicos: “The only knowledge is ourselves to know” [El único conocimiento es el de nosotras mismas], Pope. Las que conocen el mundo “de fuera”, su reflejo, lo único que hacen es describirlo con los nombres que inventan, tal como los cautivos de la caverna platónica. La sola utilidad de conocer la naturaleza es intentar dominarla baconianamente, obediéndola.

También hay la posibilidad de contemplar el mundo para construir y reconstruir su belleza, dentro y fuera de nosotras. El camino de la ironía recorre las relaciones interpersonales donde está el sufrimiento. Nos salva del infierno que, como todas sabemos, son “los otros”.

El peligro para las mujeres es “tirar el telar”. Es el pecado de Hyparquia, filósofa griega de la época de Pitágoras: “¿Piensas que cometí un error abandonando el telar y dedicándome a mi educación?”

Éste es el pensamiento que nos hereda. Los hombres contestarían que sí lo cometió. ¿Y las mujeres? Hay que mantener incólume el espíritu de competencia hasta que nos sorprenda la muerte. La que deja de competir está muerta: quédese pegada al telar inventando nuevas combinaciones. La infinita competencia es con una misma. Creando y recreando el *true self* [el yo verdadero], las infinitas posibilidades que van develando el acertijo o el rompecabezas. Cada vida es un acertijo, el telar que se muestra en un dibujo, un diseño, un vitral irrepitible que filtra la luz del mundo en un juego de colores específico, temporal y único. Sólo hay competencia entre iguales y una es la única igual a sí misma.

No podemos “dejarnos vivir”, ni perder un minuto de conciencia. Ésa es la sola libertad posible para los seres condicionados. Hay que hacer propios los avatares de la vida, tomando conciencia de lo que nos sucede, borrando la “buena conciencia”, aceptando los “dramas reales”. Jamás borrarlos como la Bernarda Alba de García Lorca, que tras el suicidio de su hija ordena a la familia vivir como “si nada hubiera pasado”. Para nosotras “aquí ha pasado todo”, las mujeres no decentes sí tenemos historia, como los países desventurados (prácticamente todos). Para mí, por ejemplo, puedo exclamar nerudianamente: “En este momento de mi vida, para mí todo fue naufragio”.

Tómate en serio, mujer. Recorre tus caminos interiores, tus sendas prohibidas, rasga tus vestiduras, abre tus heridas, exhibe tus miserias, ostenta tus arrugas, tus carnes flácidas, las redondeces conspicuas. Pierde todas las formas, inventa la tuya. La forma auténtica es tu libertad. Alcanza la rebelión de la feminista, como decimos las maestras del arte de envejecer: la edad no es un secreto vergonzoso. Piensa en la alternativa: la muerte.

### *El feminismo radical*

Ser feminista radical, ése es el feminismo mío; ni existencialista, ni marxista, ni socialista, ni liberal, ini, ni, ni! Feminista radical que permite descubrir en verdad “qué queremos las mujeres”. Ni Sartre, ni Marx, ni Freud, ni Nietzsche pensaron en las mujeres para construir sus mundos. Sólo en ellos mismos. “Marx par lui même”; pensemos en nosotras mismas, con independencia de los hombres, sólo en nosotras. Ésa es la rebelión de la feminista. La gran revolución: construir el *herworld*, el mundo de ella, de ellas, que nos cuenta Charlotte Perkins Gilman.

### *Mujeres. Herworld*

Resulta que me enamoré de las mujeres; no de una concreta porque no soy lesbiana. Me sentí feliz con ellas, gocé con ellas y peleo por ellas y por mí. Eso es para mí el feminismo y la diferencia sexual. Soltar el cuerpo entre ellas viviendo en ese mundo que nos es propio, usando nuestro lenguaje privado.

La lucha de las mujeres es por descubrir sus intereses y llevarlos a cabo. No existen aún derechos que puedan dar valor a la sexualidad femenina. No han sido socialmente reconocidos. Por ejemplo, mi padre pensaba que la sexualidad, el deseo femenino, se iniciaba hasta que una se casaba, eso si ella era decente. La risa que me dio cuando me lo dijo aún resuena. Los intereses de las mujeres han de convertirse en derechos alcanzados. Éste es el paso de la ética del placer a la ética de la diferencia sexual. La lucha por la posesión del cuerpo es el iceberg de la autonomía femenina. La independencia femenina del deseo masculino. Como un día separamos la sexualidad de la procreación, ahora hemos de separar nuestra sexualidad del deseo masculino. Sexualidad libre y maternidad responsable. Descubrir nuestro lugar en la sexualidad,

hablar desde un lenguaje propio, no desde el heredado del marxismo o del psicoanálisis.

El tiempo y los problemas domestican  
a las jóvenes progresivamente,  
pero a una vieja liberada  
no hay fuerza humana que la controle.

Dorothy Sayers

Sigo con mi historia. La juventud es un vestido que me comenzó a quedar chico. Entonces inventé el “otro modo de ser”. Cuando se cierra esa puerta se abre otra, la de la alegría y el furor. Del poder de la vejez. Se sufre entonces la clausura de esa puerta y se abre, más bien se comienza a vislumbrar la vejez, y entonces hay que comenzar a vestirse de morado.

“Querida –me dije–, se acabó la representación femenina, ahora sé tú misma.” El malestar se presentó finalmente, cuando me cansé de ser mujer. Hoy sigo la visión de la sirena. Cuando una acaba de ser mujer, por decisión propia, se dice a sí misma: “Hasta aquí llegué, ahora voy a hacer lo que se me venga en gana”. Y, para mí, ésta es la culminación del feminismo. Ahora toca iniciar la carrera para graduarse de vieja dama indigna. Esto sucede en la vejez, cuando nos llega el último regalo de la vida.

En 1916, Yucatán fue escenario del primer encuentro feminista en América. Ahora estoy en el Gran Hotel. ¿Será el calor o en verdad la depresión o la distancia lo que me separa de la realidad? Me “vivifico” cuando hay alguna discusión que me despierta. Luego caigo en la contemplación. ¿Será la edad? Somos tiempo, sólo tiempo. Hay que vivir el propio.

En Yucalpetén el mar me regresa a la vida. Al encuentro con el infinito, el horizonte, el viento, la condición de sirena. Ya soy yo.

Aquí deseo quedarme. “Mañana el mar para todas.” Recuerdo los barcos de mi vida: la *Beatriz*, una lancha para esquiar en Teques; *Nausika*, *Altair* y la *Dolce Vita*, veleros, y el *Mac ta*, crucero en Acapulco, en aquellas otras vidas que he vivido.

El 8 de marzo sí es importante para las mujeres, no el 10 de mayo, día de la madre. El primero lo inventó Clara Zetkin para celebrar a las mujeres; el segundo, el periódico *Excelsior* para las madrecitas mexicanas.

### *Las mujeres de mi familia*

#### Mis hijas y nietas

De mis hijas, la más parecida físicamente a mí es Virginia. A veces veo alguno de sus retratos y me pregunto: ¿cuándo me tomaron esa foto?... Tenemos el mismo sentido del humor, las exageraciones y los gestos. El colorido y la calidad de pelo. Ayer me dijo algo que me hizo sentir muy feliz: “Má, a ti te puedo decir todo lo que pienso y siento. Te vivo como incondicional”.

Nuestra vida ha sido distinta. Aunque al observar a cada una(o) de mis hija(o)s siento que se quedaron detenidos en una época de mi vida. Como episodios míos. Virginia, pegada a la maternidad; Gabriela, a la revolución; Casandra, al amor; y Juan, a la lucha por encontrar su sitio en la vida. Camila tiene una sensibilidad profunda y diferente, tal vez herencia de la Antártida.

En Campusano, visiones familiares: veo a Gabriela y a Casandra en el jardín frente a la alberca. ¡Qué felices están sin sus maridos! Pueden hacer lo que quieren. Las relaciones personales son de tan frágil equilibrio... Se pasa intempestivamente “de la alegría al furor, de las alabanzas a las injurias, del amor al odio”. Tal vez el error sea considerar que las pasiones son diferentes unas de otras, cuando

en realidad son fluidas. Amor-odio, tal como el bombardeo de los átomos que hace el cambio de la cantidad por la calidad en el resultado, y así el jugo de naranja se torna de jitomate. Aquello que los alquimistas del *Opus nigrum* de Yourcenar soñaban. Mayor fluido, odio; menor, amor. Nada de fluido y se logra la paz. La mecánica de la pasión requiere conocimientos nuevos que permitan otros paradigmas. Falta el Newton de la pasión, como diría Hartman, nuestro Robert. La familia es el laboratorio de la pasión.

También en la UNAM, los institutos, las divisiones y todos aquellos recintos cerrados de trabajo en que figuren familias. Tesis: Toda familia es mafiosa, sean o no consanguíneos. Las relaciones familiares son horizontales, entre iguales. Verticales hacia la otra generación, para abajo y hacia arriba. Los iguales se unen. También se forman alianzas que atraviesan generaciones. ¿Qué esperan las hijas y los hijos de su madre y de su padre? ¿Qué, los padres de los hijos? De los padres admiración, eso esperaba siempre. “Qué guapa, qué inteligente, qué culta”; en esa relación lo que más gratifica a una feminista es ser considerada más que su hermano. Yo que, afortunadamente o tal vez no, no tengo hermanas. La(o)s hija(o)s solicitamos admiración, quizá porque somos siempre “promesa” para los padres, aun a los cincuenta años en algunos casos.

La(o)s hija(o)s también esperan de los padres “respeto”, palabra plurisemántica. Evitar “no me contradigas, yo sé más que tú”. De la(o)s hija(o)s, atención respetuosa y alborozada frente a la historia que se escucha por quincuagésima vez. Cuando eso no se cumple, ni otros innumerables *antics*, se piensa que los hijos son “malagradecidos”, que no comprenden los sacrificios realizados por ellos. Las pasiones familiares son compensatorias.

La vida es equilibrio físico y psíquico. El físico se compensa comiendo; el psíquico, de mil maneras. Una de ellas es a través del alimento espiritual que es el reconocimiento de otra persona. Nadie logra lo que alguien esperaba que fuera y, así, requiere que



otro lo vea como ese ser ideal en un juego de espejos, donde rara vez hay coincidencias. Por ello la satisfacción o equilibrio es imposible. Como si comiéramos en un recinto colmado al infinito de platillos. Habrá que simplificar la idea descubriéndola minuciosamente. Los personajes son las generaciones que van adquiriendo poder y perdiéndolo, sucesivamente. Si empezamos por lo antiguo, vemos que las personas mayores son las más desprotegidas, porque alcanzaron su cenit y cayeron infinitamente más abajo que la última generación de infantes. Estos son poderosos de un poder que da a veces la indefensión y la anticipación de lo que lograrán ser; de ahí la necesidad de reforzarnos después de la juventud. Utilizar nuestro poder para las empresas propias y no dispensarlo ya en acciones que corresponden a otras épocas de la vida.

### Lo que más admiro en mis hijas e hijo

De la mayor, Gabriela, su fuerza, independencia, osadía, belleza y cultura; al igual que el amor por su hijo.

De Casandra 1ª, su fuerza de voluntad, belleza, elegancia y distinción, el amor por su hija y el sentido del humor.

De Juan, su valentía, rectitud y sentido del deber; amor por su familia, pilar que nos sostiene. La risa, su compromiso profundo con sus ideales y el uso de la ironía amorosa.

Virginia, el amplio paraguas que nos protege a todas y todos. La más pequeña de la primera camada se tornó en la mujer fuerte, inteligente, sólida, creativa. Llena de amor y con la respuesta inmediata, eficaz, para cualquier problema. El sentido del humor y la ironía. Sabe que la risa abre más caminos que el llanto.

Camila vive junto a mi corazón. La más pequeña. Atenta a lo que necesito y quiero. ¿Cómo una hija se torna en madre tuya? Con todo el amor, la ternura fresca y la risa; el contacto físico amoroso. La madre deseada: joven y bella.

Finalmente, todas y él me han dado el máximo regalo que se puede esperar de la vida: la(o)s nieta(o)s: seis mujeres y cuatro hombres. La vida, que conmigo ha sido buena.

La prima Meche, la hermana que no tuve. Juntas paseamos. Es mi prima hermana, menor que yo (aunque no me obedece). Ve la vida desde otra perspectiva. Mujer sola, soltera, libre; sin hijos, en busca de la eterna unión amorosa. Porque ella es una mujer para el amor, da amor, siempre con una sonrisa tierna, atenta a los demás. Única mujer de su edad, apariencia, condición e intereses que jamás ha recurrido a la cirugía estética; resume la belleza y distinción de las hermanas Pérezcastro; también el sentido del humor y el afecto por los niños –sus innumerables sobrinos y nietos–. Por cierto, la suma de todos sus amores es un perro exótico japonés *Shiva Inu*, que la acompaña y la cuida.

La *Mother of five*, así me llamaba Frederick, mi amigo inglés. La madurez de las mujeres es ser madres. Hablemos de eso.

### *Las madres*

En un taller feminista una de las mujeres se quejaba diciendo: “¡Ay, yo nací siendo madre, siempre he sido madre, quiero dejar de serlo!” Espontáneamente le respondí: “¿Por qué no deseas serlo, si es tan bueno?” Y me sorprendí a mí misma defendiendo la maternidad, cuando siempre la cuestioné como único sentido de vida.

Desde ese tiempo, siguiendo a Simone de Beauvoir –que sabemos que nunca fue madre–, pienso que la maternidad no puede ser la función natural que nos dignifique. Ahora me encuentro defendiéndola. Lo primero que me salta a la vista es que la maternidad, como todos los conceptos, es una idea compleja. No es posible, sin más, decir no o sí a la maternidad.

## EL PREMIO

La melancolía se apodera de mí precisamente por la falla del amor; siento que la vida no tiene sentido. Entonces me llaman por teléfono y me avisan que gané un premio. Lo que sucede en el fondo es que el patriarcado nos valora por el hombre que nos acompaña. Y nosotras introyectamos esta circunstancia. Lo que más me afectó en la separación del maestro fue precisamente sentirme “sola” por no tener pareja. Me sentía realizada con ella, por más que fuera bastante esporádica. Sin pareja hay pérdida de autoestima, de completud y de tantas cosas más.

De repente, en la primavera, recibo ese premio. Fin a mi tristeza; me siento otra vez valiosa. Todo esto me ha brindado la certeza de que las mujeres centramos nuestro valor en el hombre que nos acompaña, hasta que nos llega la intuición de que ni nos da ni nos quita importancia, son nuestros actos los que constituyen el fundamento de nuestro valer. Y con esa certeza se corre el velo y puedo mirar mi vida con mayor claridad. Me produce infinita pereza “atender a *un* pareja”. Salir a cenar o, en su defecto, preparar una cena en mi casa. El esfuerzo de buscar película que le agrade, compañía que le simpatice, y todas esas cosas que realizan las esposas. Y ya no lo soy, me salí de esa función hace mucho tiempo. Me cansé de bailar *minué*, como dice Minerva, la más sabia de mis amigas. Tengo mucho que hacer y mantengo excelentes relaciones con la mayoría de las personas. Todo porque las sostengo así conmigo misma. “Yo conmigo estoy bien”, es el sentido profundo de mi existencia. Prosigo con mi tarea. Mi tarea y yo. Profesión: filósofa-escritora feminista y profesora.

## LA NOSTALGIA DE LA ESCRITURA

El escritor sólo dice “mi lector” por un efecto habitual en el lenguaje simulado de los prefacios y las dedicatorias. En realidad, cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra no es más que una especie de instrumento óptico que ofrece al lector el reconocimiento de sí mismo, permitiéndole discernir aquello que, sin el libro, no hubiera podido percibir de sí. Por parte del lector, aquello que dice el libro es la prueba de la verdad de esto, y viceversa...

Proust

En cuanto a las lectoras de ellas mismas, no se encuentran en los libros o aún no ha llegado el momento. La escritura de diarios, historias de vida y memorias es la forma más descarnada de escritura-lectura. También las confesiones: *Me confieso mujer*.

Una vez más participé en un certamen buscando, como siempre, la aprobación universal de los consagrados. El único premio válido que he tenido por parte de los hombres es el de un seudónimo masculino que elegí para que el jurado pensara que yo era hombre. En un concurso de la ANUIES sobre la educación superior no participaron sentimientos personales, yo estaba protegida por otro seudónimo similar.

Hay que seguir el hilo rojo del rechazo hasta llegar a la primera herida: ¿será mi padre? No, es tu madre. La que nunca puede amarte lo suficiente, la que siempre debe darte más.

## OTRO PREMIO

Por segunda vez en mi vida, después del de la ANUIES, gané otro premio. *Sic transit gloria mundi*. Tranquila y bella estuve a recibirlo. Y digo “bella” porque últimamente me lo dicen a menudo.

Pienso que hay una belleza para cada edad. Creo que era bella cuando joven, ya madura y aun ahora que soy grande, sólo que ya no despierto el deseo masculino.

## LOS HOMBRES DE MI VIDA

### *El amor en el destiempo*

Parece que para todo hay “su tiempo”, y el amor no es excepción. Ahora vivo en el destiempo del amor. Soy demasiado vieja para interesar a los hombres, por más que algunas mujeres digan que soy una gran dama aún bella, famosa e interesante. Estos últimos, atributos superfluos para la población masculina en el campo del erotismo.

### *Cartas a un ausente*

Sasha, mi oso ruso:

Vi una película rusa ayer y decidí escribirte. Te recuerdo, Sasha, con amor. Sobre todo nuestra última noche juntos vagando por Moscú. Me incitabas a huir contigo a Siberia. El peor sitio, pensaba yo, pero tú asegurabas que era el lugar para ir de vacaciones. Qué habré significado para ti. Una mujer tan lejana, tan extraña y que, al mismo tiempo, te resultó tan entrañable.

Al partir te regalé mi suéter de *cashemere*; me dijiste que lo guardarías en una bolsa plástica, y cuando me escribiste me contabas que abrías la bolsa para sentir mi olor a perfume que te hacía recordarme vivamente. Sí, los olores para el recuerdo son más fuertes aún que las cosas. Recuerdo tu extraño olor, una especie de caldo de col. Cada país tiene sus olores: los rusos huelen a col; los franceses, a ajo; los italianos, a aceite de oliva; los ingleses, a

papa hervida... Nosotras, las mexicanas, a fritanga. ¿Qué añoro de ti? El amor que me tenías. Lo añoro porque carezco de amor, de ese amor tierno de un hombre que desea intensamente. El alma esclava, te decía yo, es tierna, apasionada y mística. Y tú me descubriste: “Usted no es creyente” —me dijiste cuando todavía no abrías tu corazón y yo criticaba el estalinismo de tu país. Dónde estarás, Sasha, decepcionado de la URSS. Seguirás siendo fiel *komsomol*, un ruso gordo y rubio. Te quedaste congelado para mí, en tus más o menos treinta años, suave, cariñoso, tierno y rabioso, como en verdad son los osos rusos.

Adiós, mi Sasha, seguiré pensando en ti.

### *Recuerdo de Orión*

#### *El rover scout*

Anoche busqué a Orión, la estrella de en medio; pensé en ti y te envié un beso aunque ya te hayas muerto, como me pediste que hiciera cuando éramos tan jóvenes. Te recuerdo alto, guapísimo y muy enamorado. Te querías casar conmigo y no tenías dinero, buscaste conseguirlo en forma extraña. Fuiste a vender sangre a un hospital y compraste un billete de lotería.

No obtuviste el premio. El segundo recurso fue pedir trabajo de guardabosque en Canadá; nunca te contestaron. Entonces te resignaste a perderme. Me casé yo y luego tú. Cuando tu luna de miel en Acapulco fuiste a mi casa a visitarme. Años y años me llamaste por teléfono el día de mi cumpleaños, “a la que cumple años en la luna llena”, decías. Los amores no realizados plenamente sí duran toda la vida.

De las mujeres sé todo. Los hombres son la incógnita de mi vida. A ellas las temo, de ellos no sé. Representan el absoluto inexistente, inalcanzable, añorado por perdido, mítico. El hoyo negro,

la diferencia. Se acaba el amor por él; cuando lo descubres, te lanzas tras el que sigue.

### *Continúan los hombres de mi vida*

Entre los amores realizados, por supuesto que está el primero: Juan, el padre de mis primeros cuatro hijos: tres mujeres y un hombre. Lo conocí cuando éramos sumamente jóvenes, los dos de la misma edad. En el club nadábamos juntos, íbamos a todas las fiestas y, de repente, lo mandaron a estudiar al MIT, en Estados Unidos. Nos escribimos diariamente durante los cuatro años que duró su carrera. Las cartas las tengo encerradas en una caja, en mi estudio. Creo que nunca la abriré, que lo hagan mis hijas después de mi muerte. Lo amé entrañablemente.

Juntos iniciamos la carrera de padre y madre. Recuerdo cuando salimos juntos del hospital, había nacido nuestra primera hija y exclamó: “Now we are on our own” [Ahora hemos de valernos por nosotros mismos]. Han pasado más o menos cincuenta años y seguimos queriéndonos mucho. Cuidamos –como podemos– a nuestras hijas, hijo y nietos. Él se casó con una gringa, igual que mi segundo amado. Durante los quince años de matrimonio viajamos por todo el mundo; entramos juntos a muchas competencias, de coches, veleros... y nos divertimos enormemente.

### *Segundo matrimonio: el cura*

Duramos casados veinticuatro años. Tuvimos una hija maravillosa, Camila, ahora madre de la adorada nieta Paula y del también querido nieto Diego.

Se fue como el otro, en busca de una mujer más joven. Las razones que le dio a mi hermano fueron: “No soy feliz con ella porque

es demasiado feminista, sólo hace el amor cuando ella quiere y le da clase a todo el mundo”. Lo amé profundamente. Juntos cuidamos a mis hijas e hijo, y cuando nació la nuestra nos dedicamos a ella tiernamente. Construimos una vida feliz; él, además, un gran negocio e infinidad de edificaciones. Enseñó a mis hijas la profesión que ejercen y siempre lo recuerdo con gran cariño.

Extraño profundamente las largas conversaciones frente a la chimenea, cuando descubríamos juntos el misterio del ser.

### *El viaje a España*

Al encuentro conmigo misma

Descubrí viajando en tren, sentada mirando hacia atrás, que en esta etapa de mi vida, o en este viaje específico, llego a los lugares que he conocido y me dedico a desentrañar quién era la primera vez que los visité y quién soy en este momento. Con el ánimo melancólico por la partida del último amor, de repente en el verano vi, a través de un sueño, que no era él a quien lloraba, sino a Jaime. Los duelos se conectan unos con otros. El tiempo añorado era el de Jaime, del parche que coloqué en la herida. ¿Cerrada? ¿Acaso las heridas se cierran alguna vez? Tal vez nunca.

Así encontré el sentido de mi nostalgia. Seguí el recorrido con mayor profundidad y entonces supe que la herida era más antigua, ¿mi madre? ¿Acaso mi padre, que apareció en otro sueño? Es la vida, el hueco es la vida.

Arrojadas a un mundo a tocar un instrumento sin conocer la partitura, buscando la unidad perdida, y así deambular hasta alcanzar lo que no existe, hemos de habérnoslas con la soledad, la enfermedad, la vejez y la muerte. Esa última, nuestra sola certeza.

¿Vale la pena vivir? ¡Por supuesto!, nuestro cuerpo es lo único que tenemos. A veces la pasamos muy bien, como ahora que esto



escribo. “Húndete en el dolor y tu alma crecerá.” La soledad existencial. Ese descubrimiento tarde o temprano llega. Estoy sola y eso es para siempre. Ahora sé que la pena de uno sólo era el anzuelo para la gran pérdida, Jaime.

El Jaime que amé, al que me entregué en cuerpo y alma. El que se casaba conmigo porque se estaba hundiendo al abandonar a Dios, su madre, el país y todo lo que hasta ese momento lo había sostenido. Fui esa salvación que finalmente se convierte en cadena. Por él lloro una vez que partió el último. Todos nos abandonamos a todos. He amado a los hombres hasta descubrir el *quid* del amor. Algo devela el *true self*. El pobre creía que yo lo amaba; eso no es posible, el amor no existe, es sólo el anhelo y la representación del absoluto. Eso es lo que amo en él, hasta que localice el absoluto en otro lugar: Dios, el mundo, la belleza, el eros... todo aquello entrañable que me produce placer, placer sin dolor, placer con anhelo, nostalgia, trascendencia, para entregarme y volver a pensar que, ahora sí, es para siempre.

–Quiero estar en el sereno territorio de mi propia historia.

–Siempre que tu corazón se agite y sufra,

¿Qué más puedes pedir?

La que no sufre, la que no llora, que se deje sepultar.

Goethe

“Me gustó mucho tu libro –me dijo mi amiga Marta–, pero quiero hacerte una pregunta: ¿qué fue del dolor?” Es verdad, en el texto no hay dolor. Hablo sólo de placer, contento, tranquilidad. Una vida no puede ser así. Si bien es cierto que he superado el dolor en muchos casos, en otros la herida queda en forma de melancolía. Ahora quiero pensar en el dolor. Sí, dolor. No mero sufrimiento. Distingo entre dolor y sufrimiento. El primero es ineludible, aparece en cualquier momento de la vida. Dolor físico, en el propio cuerpo o en el de quienes se ama. El sufrimiento puede ser

totalmente aliviado cuando es innecesario. El contrario trae como consecuencia el placer. Como sucede después de la visita al dentista, ya superado el sufrimiento en la curación. Yo hablo del dolor. Hice una lista que revisé cuidadosamente para descubrir dónde quedó el dolor que he sufrido durante mi ya larga vida: el dolor de la incomprensión de mi madre, creía que ella no me quería. El dolor de los partos. El dolor de los abortos. El dolor de todos mis hijos cuando el divorcio de su padre y mío. El dolor del cáncer de mi madre. El dolor de mi padre cuando se le desprendieron las retinas. El dolor de la separación del primer marido. El abandono del segundo. La partida del último. El miedo a cómo será mi muerte. En suma, el dolor de vivir. Qué se puede decir de ello. La incomprensión de la madre y el padre frente a la vida que se inicia hace sufrir mucho. Sin embargo, hay que rebelarse para lograr lo que se anhela, aunque a menudo nos equivoquemos.

Hay dolor físico, como el de los partos, que sucede en mi cuerpo. Ése es un dolor olvidado. En cambio, el de los abortos está presente. Cómo habrían sido los niños o niñas que no pudieron nacer. No pudieron nacer: uno, por problemas médicos; los otros dos, por problemas morales. Sí, decisiones morales: frente a dos sufrimientos, elegí el menor.

Los dolores ajenos, los sufridos por mis hijas e hijo, dolores físicos, terribles. Cuando fueron en la infancia siempre queda la culpa, pensar que pudieron evitarse cuidándolos mejor. Los irremediables sólo dejan dolor sin posibilidad de comprenderlo; hay que aceptarlo y apoyar en lo posible a la persona que lo sufre.

Los dolores del alma, cuando se pierde el amor del otro; hay que apoyar a los que lo sufren, como sucede en la separación de los amantes. Distinto es lo que se sufre en carne propia. Engaño, abandono, traición de los que se ama. El dolor es intenso, deseo de morir, furia que clama venganza. Decisión del “ojo por ojo, diente por diente”. Si tú me engañas, yo te engaño. Si me mientes, te miento. Nos da alivio, no se siente una tan desprotegida de sí mis-

ma; hay cierto alivio en esa venganza, es verdad, pero también se sufre cuando una misma traiciona sus creencias. Sé que en el amor no hay culpas. Si se deja de amar, así sucede y no hay más que hacer. Amar y dejar de amar es un misterio insondable.

El dolor de que los hijos no nos quieren como se necesita. Es necesario conformarse con lo que pueden dar. Así fuiste tú con tu madre y tu padre. Pagaste la deuda con tus hijas e hijo. Ellas y ellos también lo harán así. El dolor de los padres por enfermedad y vejez produce gran sufrimiento. La madre tan amada, ¿por qué se hace vieja, por qué se enferma, por qué finalmente muere y te deja desprotegida en un mundo donde pasas a ser la generación mayor? Frente a su enfermedad también llega la desesperación, la pérdida de la capacidad de soportarlo. Así mi hija me dio la gran lección: “Má, ten paciencia con la abuela, así te nos vas a poner tú”.

Lo intenté. A veces lo conseguí; otras, no. De ello queda siempre el remordimiento. La muerte de mi hermano es un dolor que permanece, aunque no con la misma intensidad. Se torna en dulce melancolía.

Los divorcios produjeron mucho dolor. Sentimiento de abandono, miedo a la soledad, a la pobreza, enfermedad, vejez y muerte. Pérdida de autoestima. Por qué a mí que soy una mujer tan guapa, interesante, etc., me cambian por otras que no lo son tanto. Eso, en el primer divorcio; en el segundo, mucho más difícil de entender. Por qué me abandonó, si di todo, me entregué completamente a él como mujer madura. Me dejó. Su partida fue tan terrible y definitiva que no hubo posibilidad de marcha atrás. Y allí queda el misterio. La pregunta que insistentemente me hacía mi hija Casandra: “Má, ¿por qué se acaba el amor?” Quién lo sabe. Cómo comprender las motivaciones del otro. Como Job, sólo resta responder: “Acepto y callo, sobre polvo y ceniza”, o algo así. Páginas y páginas de mis diarios están llenas del dolor de las ausencias.

Gracias al feminismo afirmamos con May Sarton: “El corazón roto, pero la vida intacta”.

En conclusión, creo que el sufrimiento mayor de la vida es la pérdida amorosa. No sé si la peor sea la muerte de un ser amado; el abandono me parece terrible. Pasan los años y una piensa que su corazón ha sanado. De repente, otro dolor menor nos acerca al tan temido que retorna implacable. Y así pienso que el sufrimiento es como el gas, invade todos los recintos del alma y, eso sí, para siempre.

Mi amiga Marta, he respondido a tu pregunta. Sólo que el sufrimiento no aparece en mi confesión porque lo he superado, lo acepto. Y de ellos, los hombres de mi vida que tanto me han hecho sufrir, a veces sólo recuerdo el placer que vivimos juntos.

### Orígenes

En mí habitan mil mujeres,  
cumplen años,  
llantos,  
rabias.

Libran guerras en mi cuerpo,  
se liberan de grilletes,  
se me cuelgan,  
me desgarran.

Soldaderas del destino,  
brujas buenas de los bosques,  
prisioneras de los mitos,  
encerradas en telares,  
en iglesias,  
en fogones.

Fueron roca,  
arena,  
agua,

sangre,  
luna,  
montes.

Siento voces en mis venas,  
alaridos en el alma,  
carcajadas en mi entraña.

Son mis madres,  
mis abuelas,  
mis hermanas,  
es mi historia que me llama.

R. Roffiel

## YO, PEOR QUE HOMBRE. LA DIFERENCIA SEXUAL

En verdad hombres y mujeres somos distintos. Por ejemplo, en los temores. Ellos temen ser atrapados por las mujeres y ser reducidos al estado fetal. Ellas temen ser abandonadas por los hombres y vivir sin su otra mitad, como el “vizconde Demediado” de Italo Calvino.

Ellos buscan la eterna juventud uniéndose con jóvenes que les “contagien” la juventud. Ellas el “para siempre” en la unión con el hombre que les dé sentido y pertenencia al mundo. En la madurez se descubre otro amor de pareja, nadie desea “tenerlos en el vientre”, tragados. Ellas, que no teman ser abandonadas si se pueden vestir y desvestir solas.

En verdad nunca he querido ser hombre. Me ha gustado mucho ser mujer. Tenía varios ejemplos masculinos en mi casa desde muy niña: mi abuelo, que no era mi abuelo consanguíneo, un padre y tres hermanos, tíos y primos, y sus vidas no me parecían envidiables. Además, tenía un ejemplo encantador de mujer: mi

madre. “Qué guapa tu mamá; te pareces más a tu papá.” Eso lo oí toda mi infancia y juventud. “Tu madre era un sueño”, me dijo una vez mi padre. Finalmente en la edad madura dicen que soy igual a ella. Mi madre, además de la belleza, tenía frescura y entusiasmo por la vida. Risa y juego, era alegre y profunda. Amaba la poesía y recitaba en voz alta... Sor Juana, Alfonsina Storni y, por supuesto, Amado Nervo. Siempre quiso ser actriz, no la dejaron; cómo aceptar a una “cómica” en la familia (así se decía entonces). Mi hija Gabriela la heredó en la vocación y ella sí pudo ser una actriz excelente.

Cuando niña, mi madre me decía que yo era “peor que hombre”. Desde entonces he reflexionado sobre esta calificación sin entenderla por completo. Tampoco pregunté a mi madre el sentido; pensaba que tal vez significaba que mis hermanos –todos hombres– se portaban mejor que yo porque hacían lo que se esperaba de los hombres. El mayor, rebelde con causa, como todo el mundo, sacaba malas calificaciones, fumaba y le encantaban las chicas. Era campeón de dominó y odiaba los deportes; sin embargo, era lo que podía esperarse de un hombre.

Me portaba bastante bien, la más aplicada de la clase, deportista, con más amigas que amigos. ¡Ah!, pero mi rebeldía consistió en aquella época en negarme rotundamente a hacer lo que se esperaba de una chica: ayudar a mi madre en el trabajo doméstico, del que estaban excluidos los hombres. Ahora comprendo el significado del calificativo. Me portaba, en eso, como hombre, lo que traducido en mujer constituye la maldad.

Más tarde, mi primera suegra intentó enseñarme a coser. Contrató para mí una maestra y mi madre me regaló su máquina Singer portátil. Fue una destreza imposible. Mi interés, como siempre, se centraba en la lectura de aventuras, entonces; novelas de amor, después, y así sucesivamente, mi vida estuvo en los libros.

No es que yo deseara ser hombre, estaba contenta de ser mujer, pero haciendo lo que se me antojaba, y ésa es precisamente la

maldad femenina, actuar libre como hombre, no porque se desee lo masculino. “Peor”, con el significado de que me atrevía a darme el derecho a disentir, cuando mi esencia como mujer debía ser la bondad.

No defendía el mal, me atrevía a realizar lo prohibido. Los hombres pueden hacerlo, eso los hace hombres; en cambio las mujeres, “por naturaleza”, estamos impedidas para ello. Si se defiende el mal, éste se propone como un bien, tal como se explica diciendo que yo actuaba peor que el mal –los hombres–, actuado por una mujer: lo pésimo.

### *Corruptio bonum pessima*

Desde entonces y hasta ahora he defendido mi derecho al mal, y lo que es aún peor, he instigado a todas las mujeres que se cruzan en mi camino a la transgresión. No se trata de la “banalidad del mal” de la que nos habla Hannah Arendt, y que los misóginos nos atribuyen, por ejemplo: no tener corazón, ser traicioneras en el amor, incitar al mal como al pobre Adán. Sí, me refiero a Eva, la “santa madre de la filosofía”, a la cual le interesaban los saberes precisamente del bien y del mal. También a Pandora, calumniada por los antiguos; ella, que traía el ánfora de los bienes, es acusada de cargar la caja de los males. Y así nos difaman, como san Pablo al decir que “la mujer cuando piensa, piensa el mal”. Por supuesto, el mal es que las mujeres piensen.

Finalmente pienso que no queremos ser hombres; aunque tienen mucho que envidiarles, nosotras tendríamos demasiado que perder.

Ser “peor que hombre” para una mujer es desear ser libre. Y yo nací para ser libre. Lo he conseguido mediante una lucha feminista continua, precisamente la que ahora relato. La libertad para mí significa soledad, que no ser solitaria. Sí vivir sola.

He adquirido el pasaporte a perpetuidad en el mundo de las mujeres. Una vez que llegué al doctorado terminaron mis exámenes. La herida narcisista permanece por haber vivido tanto tiempo en el mundo de los hombres. No me es posible eliminarla, no es importante hacerlo. Es como el hambre, a diario vuelve y hay que buscar la saciedad. El alimento es néctar y ambrosía. Colmar los manantiales profundos con otros aún más profundos. Yo, que soy escritora, leyendo, pensando y escribiendo. Como las abejas hacen la miel. Metáfora que me surgió de este frasco de miel que tengo enfrente, regalo de Laurita, mi alumna y amiga que clasifica mi biblioteca feminista.

La identidad de mi madre me debilitaba en la juventud. Ella se sentía devaluada, de familia inferior, de abuelo sifilítico y madre amante de un hombre casado. Ella, que creía que los ricos en verdad tenían la sangre azul, como la tinta con la que escribo. Sin embargo, su familia era distinguida en su medio. Su suegro, el general Pérezcastro, oficial mayor de Benito Juárez, estuvo en el juicio del emperador Maximiliano; su bisabuelo materno fue gobernador de Jalisco. Tal vez era su condición de huérfana y el inefable colegio de monjas, aunque fueran francesas.

### *Los talentos feministas*

El reconocimiento para las mujeres de talento es diferente del de los hombres. Este último es el apropiado y se conocen las reglas. Habrá que pensar en las reglas, criterios y galardones para las talentosas. Mi padre me llamaba *Mosca muerta* cuando fingía inocencia; *Marisabidilla*, cuando presumía conocimientos; *Marimacha*, si hacía lo que los hombres. Habrá que traducirlas a expresiones correctas. Todas estas calificaciones me daban por hacer cosas en familia que, en un hombre, eran juzgadas valiosas.



La *Mosca muerta* se convierte en la rebelión de la esfinge que se atreve a ser jefa de las feministas de la escuela, la filósofa del movimiento feminista; la *Marisabidilla* escribe una y otra y otra teoría feminista y ética de la sabiduría; la *Marimacha* ve a todos y a todas a la altura de sus ojos, desde los “propios”: de poder a poder. Es la madre que fomenta y practica el maternazgo social y tiene la larga familia de abuelas, madres, hijas y nietas simbólicas; que se mueve con la risa irónica de Rosario, entrenada como ella para ejercitar la ironía. La crisis es mi elemento.

Ya no llores, señora.

La sabiduría de la vida tiene una clave: sólo se aprende a vivir viviendo. La previsión tiene ese límite. Tal vez esto no lo sabía Prometeo. Curarse en salud. Fijar el parche antes que la herida. Los excesos en la prudencia, igual que las carencias, no apuntan al justo medio. Lentamente se asimila la nueva experiencia dolorosa hasta que se integra en la totalidad del saber, formando una nueva figura del calidoscopio. Se diseña el nuevo mapa para atravesar la existencia. La nueva figura es el mundo de las mujeres: *herworld*.

### *El miedo a mi cuerpo de mujer*

Hablar de la muerte en mi jardín, desde un cuerpo de mujer.

Siempre tuve miedo a los espantos, como es natural. De las ánimas del purgatorio que vienen por la noche a jalar los pies. Por eso hay que dormir bien enroscadita. Los alacranes salen por los agujeros del piso de duela en mi recámara de niña. También allí mismo pueden surgir víboras de cascabel que se meten por los hoyos del cuerpo. Luego los sonámbulos, como mi hermano, que pueden ahorcar y volverse locos si se les despierta y, entonces sí, te matan. Y contra los locos no es posible defenderse, porque tienen fuerzas sobrehumanas. Se les eriza el pelo, se les inyectan los ojos de sangre y dan gritos horribles.

El miedo a la violación fue, y aún es, una constante en mi vida. Soldados mariguanos que vivían en un cobertizo a las orillas de Río Consulado, atrás de mi casa cuando niña, en la colonia Anzures, de ellos había que cuidarse. En realidad, de todos los hombres. Mi hermano mayor siempre me persiguió. Me espiaba cuando me bañaba y, al ser sonámbulo, me daba miedo que me ahorcara, sí, pero también que me tocara. Mi padre era amenaza por ser hombre. Lo bueno es que él tenía más miedo que yo y por eso nunca me tocaba. Un día me dio dos besos de amor y me hizo llorar de ternura. Sólo se permitía darme un beso, así de miedo se tenía. En cambio, mi hermano convertía su miedo en agresividad. En vez de besarme como deseaba, me pegaba. Yo lo aceptaba por miedo al mal mayor: la violación real. De haber sucedido, hubiera sido la culpable. Mi madre claramente me advertía: “Te prefiero muerta que manchada”. Ésa sería yo, “la manchada”, en caso de ser violada. Mi padre advertía: “Entre santo y santa, pared de cal y canto”.

Así se cerraba el círculo de mi existencia, unido fatalmente mi cuerpo de mujer, independientemente de mi voluntad, a la muerte.

Mi cuerpo significa muerte por ser mujer en esa sentencia repetida por mi madre, y de seguro dicha a ella por la suya (“Te prefiero muerta que manchada”). ¿Y saben quién inventó esa maldita frase, mandato, condena a muerte? El inefable Luis Vives, ahora un colegio en México y gloria de España. Espero que su alma esté ardiendo en el infierno por malvado contra las mujeres. Ésta es mi maldición: “Luis Vives, ojalá te estés quemando en el infierno por toda la eternidad. Tú que hiciste sufrir a tantas niñas inocentes como yo, que te pusiste a dar consejos para educar-torturar a las pobres niñas vírgenes”. Amén.

El miedo es al sufrimiento y a la muerte. El miedo es a la muerte. “Todo me da miedo”, dijo una amiga cuando murió su esposo. Sí, querida, temes a la muerte, como una vez temiste al sexo-muerte. El silogismo es el siguiente:

Toda mujer es mala (san Pablo).  
Toda mujer es sexuada,  
por tanto, el sexo-muerte es malo por las mujeres.

El mal es la mujer-muerte. Sólo las mujeres libres pueden, si quieren, ser buenas. Véase a la mártir María Coretti, de cuyo nombre no quería acordarme, a quien mataron por intentar salvar su precioso himen –eso dice la historia–. Ahora es santa. Es decir: “Niñas, sigan su ejemplo”. Preferible la muerte a la mancha. Y quién quita y te hagan santa. Y a quién diablos le importa. Al demonio con ellos que les roban su vida. El infierno son los otros.

### *La educación sexual de la virgen*

Las niñas buenas van al cielo;  
las malas, a todas partes.

Sentencia feminista

Mi padre decidió, cuando yo era adolescente, darme educación sexual. No se atrevía a hablar directamente conmigo, así que me dio a leer un libro. Yo ya leía en inglés. Se llamaba *The hatter* [El sombrerero], no recuerdo el autor. Sucedió en Estados Unidos a principios del siglo XX, en algún lugar del sur.

Había un hombre que se quedó viudo con una hija joven. Jámás le habló nada acerca del sexo. Incluso cuando la niña comenzó a menstruar, no sabía qué le sucedía. Una empleada doméstica que le ayudaba a cuidarla le indicó que usara trapos para recoger la sangre. Así vivió la joven, que tampoco iba al colegio. Su padre le enseñó a leer y a trabajar en la tienda de sombreros. Un día pasó un bello joven y la invitó a pasear con él. Caminaron por la pradera. Meses después, ella comenzó a engordar del vientre sin saber por qué. Al descubrirla, su padre la echó a la calle furioso,

sin explicarle nada. Ella, asustada, huyó al bosque, y cuál no sería su asombro cuando de repente comenzó a tener unos dolores tremendos en el vientre y a sentir que su cuerpo se partía por la vagina, de la que surgía sangre y algo más: un bebé. Es decir, la violaron y ella no supo qué pasó; dio a luz sin saber que así nacemos todos.

La historia es inverosímil, aunque no tanto. Si no se vive cerca de animales mamíferos que paren, no se sabe cómo nacen los niños. El dolor y el sufrimiento de la joven, que daba de alaridos en la noche, fue la enseñanza para mí acerca de la sexualidad. Obviamente me asustó tanto que me casé virgen; ¿quién no lo hubiera hecho al leer la historia tan tremenda de la hija del sombrerero?

Lo anterior no me hizo odiar el sexo, dejar de tener orgasmos o temer el embarazo si, y sólo si, era bendecida por el matrimonio religioso. Y así fue. Creo que mi salvación siempre ha sido la literatura en todo lo que he emprendido. Leí infinidad de historias de amor, y así –como Colette indica– aprendí a amar. También gocé miles de películas de amor, todo lo cual me enseñó a superar el trauma del sombrerero.

## LA SABIDURÍA FEMINISTA: DERROTAR LA CULPA

Debes dedicarte a la filosofía feminista,  
en ella hay pocas, para la otra hay muchos.

Tere McDermit

Se levanta la lápida de mi sepulcro y comienzo a levitar. Mi espíritu desprendido de las cadenas se eleva jubiloso. Entono la oración que me ha salvado desde que descubrí a la Diosa que siempre traigo al cuello. Salve Atenea, llena eres de sabiduría, Diosa que

dispensa la gracia. Como la tela de araña que dobla la rama seca de la araucaria y la guía según sus designios, así mi vida se encontraba dominada por el país de Liliput.

Ahora entono el himno de Atenea: “En mi espíritu radica la fuerza, sobre todas las dificultades vence”.

Encontré el origen de la lápida que me oprimía, está hecha de un material que se llama culpa. Se construye según una vieja receta de cocina que se aprende en el pecho materno. “Madre, en vez de leche me diste sometimiento”, dice Rosario Castellanos en la “Lamentación de Dido”. Sometimiento a la culpa... *Everything she touches changes* [Todo lo que Ella toca, cambia].

Cada semana mato una culpa. La de mi padre, la de mi madre, la de mis hijas e hijo, la de mis hermanos, yerno, nuera, cuñadas y sobrinos. Hasta aquí los consanguíneos. Ídolos de la caverna. “Sigo con la falsa deducción, en tu espíritu radica tu fuerza.”

Los ídolos de la tribu me faltan, yo no hice pobres a los pobres. Yo no adquirí lugar de rica sacando a una pobre. Yo no hago la justicia social. Yo no las hice mujeres, y trato de hacerlas personas. No mantengo a la madre de nueve. No soporto a las hijas de Liliput. Resisto ser el maternaje de la tribu.

Por eso soy tan feliz. Con Coatlicue inició la era de veneración a las diosas. Benditas sean las diosas que me crearon e iluminaron: Atenea, Coatlicue, mis madres y abuelas. En este año de mi vida juro, por mis madres y abuelas, asesinar la culpa. Y volar, volar al infinito.

Hopes are white stones shinning up from  
the bottoms of pools. And every clear day  
we reach up to the shoulder selecting a few  
and rearranging others. Drawing our arms  
smoothly back into the air, leaving no scar  
on the water.

Natalie Kusz

The silence know...  
At the bottom of the silence what lies in wait?  
It is love?  
It is death?  
Too early or too late'  
what is it I can have that I still want?

May Sarton

### *La clase de marxismo*

Cuando entré a la clase de Sánchez Vázquez nos advirtió: “Soy marxista”. Yo soy burguesa, pensé. Y él un día me dijo: “Si los burgueses fueran como usted, no haríamos la revolución”.

Más adelante pensé: soy de izquierda, pero marxista no, si me salvé de la iglesia católica no voy a caer en otra.

Ya profesora de la facultad, gracias a Sánchez Vázquez que me contrató para mi primera clase, en el apogeo del marxismo, todos querían clases de marxismo. Sobre todo en mi clase. Cuando afirmaba no ser marxista y ser admiradora de la libertad de cátedra, me molestaban la(o)s alumna(o)s y la(o)s compañera(o)s marxistas, como mi amiga Leslie, cuya madre la enviaba a las manifestaciones como la mía al catecismo. Me quejé con Sánchez Vázquez de que ya no aguantaba a los marxistas. Él exclamó: “Mándemelos para que yo los ponga en su lugar”.

### *La diosa*

Sé que la fuente de mi identidad está constituida por mis madres y abuelas, las mujeres de mi familia. También por las mujeres que mi madre admiraba, como Sor Juana, Juana de Ibarbourou y otras poetas que ella recitaba.

Recuperé a Guadalupe-Tonanzin-Coatlicue, cuando mayor.

He vivido en el patriarcado siempre, pero ahora se vislumbra una transición cultural del patriarcado a la cultura emergente. Todo esto por el feminismo y también por el estudio de las culturas primitivas de la Diosa. Entonces se dio el patriarcado que repudió la “ley de la naturaleza”. Así se dan las dos conciencias, la matriarcal y la patriarcal, cada una representando los dos principios: el femenino y el masculino.

Ahora que se inicia la nueva etapa, hemos de tomarnos el poder de definirnos, de inventar nuestro propio lenguaje y avizorar los medios para alcanzar el cambio institucional. Hemos pasado de la búsqueda de la igualdad a la de la profunda individualidad; de la dedicación a la conquista del hombre-pareja a la relación amorosa con las mujeres, siendo nuestras madres, hijas, nietas, reales, históricas y simbólicas.\*

### *El arquetipo femenino: la Diosa*

Dos principios, el femenino y el masculino, el ying y el yang. Son la estructura de nuestra conciencia, no los órganos genitales. Son dos polos personales, de acuerdo con Jung. La vida es un viaje, no una guerra. Ya entré en la última etapa de mi viaje.

Transito por un territorio nuevo; lentamente voy trazando los nuevos mapas. Vuelvo a darme a luz a mí misma. Para ello relato mi historia personal. Aunque mi amiga Diótima diga que yo le cuento mi historia a todo el mundo.

\* *Ser mujer*, Connie Zweig (ed.), Barcelona, Kairós, 1992, p. L7.

## MI INFANCIA QUE SE QUEDÓ EN CHAPULTEPEC

Me recuerdo silenciosa, “enmimismada”, metida en mi propio mundo. Mi recámara, mis libros, las pequeñas cosas que tenía. No contaba entonces mi historia, pensaba que a nadie le interesaría o que me regañaría mi madre o mi padre: *Mosquita muerta*, como me decía. “Peor que hombre”, según ella. Y yo callaba mirando al infinito. Intentando entender el mundo que me parecía “ancho y ajeno”. Tal vez hablaba con las muñecas y jugaba sola, juegos en medio de los pequeños muebles que me habían regalado y que yo acomodaba como si fuera mi casa, cambiando su orden cada vez. También tenía muñecos para conversar.

Tenía amigas. Cuando vivía en la calle de Sena iba con una a la miscelánea de la esquina y nos sentábamos en las canastas vacías a observar lo que sucedía en la tienda. A veces nos dejaban vender la mercancía. Yo me sentía flaca, negra, deslavada; pero no demasiado preocupada por mi apariencia. Según la maestra, nunca me lavaba las manos. Más bien, era que me gustaba mucho dibujar casitas en la montaña, con chimenea de la que salía humo, el sol brillando y animales alrededor. También dibujaba caras de mujeres (todavía dibujo caras femeninas cuando estoy atrapada en una sesión aburrida o estoy nerviosa). Quisiera descifrar por qué las dibujo. Todas iguales y diferentes.

## LA MUERTE DE MI MADRE

Hoy 1 de octubre de 2000, hace seis años que murió mi madre. Mi mamá, como yo le decía.

A mí, mis hijas me llaman *Má*. Cada día soy más igual a ella en todo lo que de ella me gustaba, en lo que amaba. Su apariencia física, *toute proportion gardée*, como ella afirmaría desde su cultura francesa. Nunca alcancé su belleza. Mi padre decía que era un



sueño. Aunque lo que de ella heredé, muy suficiente me ha sido. La distinción, su sentido del humor, su alegría de vivir, su ligereza e incandescencia. En momentos se transformaba en un ser alado. Su ternura apasionada, su amor a los libros, a la literatura y a la poesía erótica sobre todo. “Y yo que me la llevé al río creyendo que era mozuela, pero tenía marido...” Su compasión con las personas, su afecto, el amor incondicional que nos tuvo y la dedicación absoluta. El amor a sus nietas. Su frivolidad frente a la sociedad “aristócrata”, a su juicio.

Su gusto por la ropa elegante y el lucimiento personal. Su religiosidad tan especial. Católica aceptadora de la disidencia. El divorcio, para ella, “peor que el cáncer”, pero tenía amigas divorciadas y, *¡hélas!*, todos sus hijos divorciados: de los cuatro, cuatro. Y yo, su hija, dos veces. Soportó mi evolución, soportó mi agresión, soportó un modo de vida distinto del que ella había aprendido. Nunca me reclamó más allá de lo debido. Finalmente nos reconciamos y se convirtió abierta y decididamente en feminista, porque siempre estuvo del lado de las mujeres. No estoy triste por su muerte, nuestros muertos son más nuestros. Tengo tu imagen en fotos amorosas conmigo. El diálogo de mi corazón siempre a ti se dirige. También heredé tu religiosidad, guardo todas tus imágenes. Dios, Diosa, lo religioso eres tú. Mi *alma mater*.

Las feministas comprendemos mejor las historias de las mujeres utilizando formas propias de narración. Yo me he quedado clavada en las memorias. Modos de recuerdo en sociedad.

Más allá de la división binaria falso-verdadero, se abre el espacio a la fantasía, la leyenda y el mito. La “verdad” de una leyenda no es su exactitud histórica, sino su “veracidad narrativa”. O sea, su significado revelador. Políticamente, el poder de la verdad legendaria se centra en su capacidad de descubrir el mundo en el que el pensamiento femenino, su acción y autodefinición, sucede, tiene lugar.

## *Un sueño*

Anoche, cuando dormía,  
soñé, ¡ibendita ilusión!,  
que una fontana fluía  
dentro de mi corazón.

Machado

Anoche, cuando dormía, soñé que llegaba a un restorán muy elegante a comer con mi familia. Iba vestida de blanco, con un vestido vaporoso y primaveral. Muy bien peinada, pero descalza. En la entrada me detuvieron unas personas y me dijeron que no podía subir al comedor sin zapatos. Yo insistía en que nadie me obligaría a usarlos porque me dolían los pies. Así siguió la discusión, ellos inflexibles y yo también. Pasó por ahí una señora mayor que me dijo: “Yo puedo prestarte unos zapatos para que vayas a la comida”. Por fin accedí, ya cansada de discutir.

Regresó con los zapatos. Vi que eran de plataforma, muy altos, y en la parte superior estaban cubiertos con flores de colores. No me parecieron mal, decidí usarlos. Con un trabajo enorme, ayudada por todos, me coloqué el primero. Cuando trataron de ponerme el segundo, el trabajo se complicó de manera tremenda. Se rompieron las cintas que lo ataban a mi pie y entonces pareció misión imposible. Desesperada, me resistí, me quité el zapato que ya llevaba puesto y dije: “No, de ninguna manera sigo con esta lucha, me voy y no asisto a la comida. Nadie me manda, yo hago lo que quiero”, y me salí del recinto con gran alivio mío.

Creo que el sueño anterior rememora mis luchas por vivir mi vida de la manera que a mí me parece bien. He perdido por ello hermosas comidas en restoranes elegantes; me he querido acomodar a lo que los demás me dicen, pero finalmente mi resistencia es limitada a las imposiciones que vienen de fuera. Y ahora, en

la última etapa de mi vida, he llegado al límite de mi resistencia, sólo hago, pienso y digo lo que a mí me parece bien.

Mi amiga Paula leyó mis memorias y me develó el secreto de mi existencia. Me dijo: “Tú naciste para ser libre”. ¿Acaso no todas?

Todas las mujeres somos prefeministas o feministas.

### *El cumpleaños de Virginia*

Virginia, la menor de mis hijas de la primera camada, cumplió cuarenta y dos años. Nos juntamos a celebrarla. Ella, sus dos hijos, sus hermanas, las que pudieron venir. La nieta mayor y su novio. Le escribí una carta que leyó con algo de pudor, donde le decía que había logrado ser una mujer completa. Primero por tener a sus dos adorables hijos, una profesión que ejerce en su propia empresa, una personalidad tierna, cariñosa, con sentido del humor y, finalmente, casa propia, amplia, cómoda y elegante. No creo que se requiera más para ser una mujer completa. Si bien es soltera, ya no es requisito tener pareja para completar el entero, como recomendaba Aristófanes.

Comimos, bebimos y celebramos. También vino su padre y la segunda esposa (por cierto, lleva mucho más tiempo con él que lo que él y yo vivimos juntos). Cuando ella se fue, nos tomaron una foto a los dos. Sentí una cierta ternura y le di un beso. Intenté dárselo en la mejilla, pero él volvió la cara y nos besamos en los labios.

Desde ese momento hasta ahora que esto escribo siento una vieja ternura que me envuelve. No es una emoción que traiga consigo el deseo de reincidir en una vida unidos, “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”. Es la vieja ternura que se guarda en la memoria para siempre. Éste fue el primer amor de la más temprana juventud. Nos conocimos a los quince años y nos casamos a los veintidós. El corazón guarda en la memoria, junto con los dolores, las alegrías. Unidos descubrimos el amor y el

erotismo, por lo menos yo. Nadie puede hablar de los sentimientos del otro. Lo que sí vivimos juntos fue el nacimiento de nuestras hijas e hijo. Y así vivimos los quince años hasta que se rompió el matrimonio. Porque yo tengo límites de resistencia y él los llevó a su último término. La memoria de la ternura vivida queda para siempre. Se integra a la vida y eso es lo que resiste al tiempo.

Por cierto, últimamente estoy viviendo un fenómeno extraño. Varias personas me han dicho que estoy guapísima. Yo respondo con extrañeza, sin embargo, me repiten que soy guapa, distinguida y elegante.

Hace unos días entré a un café y un joven atractivo (como de cincuenta años) me llamó emocionado diciendo que había sido mi alumno, que me admiraba, me quería y me cortejaba. Le dije que no me había dado cuenta, sólo recordaba que era impertinente y que me perseguía. De repente comenzó a llorar, suavemente emocionado. Yo le acariciaba la cabeza diciéndole que le agradecía su cariño. Me conmovió profundamente. Unos días después, en un coctel, otro joven de más o menos la misma edad me dijo lo mismo. Yo pienso: “Sí soy guapa, elegante, distinguida y vieja”. Mi corazón vibra, se enternece, y sigo mi camino con gran tranquilidad. Sin inquietud, tampoco con nostalgia. La sola nostalgia es del amor recientemente vivido y terminado.

## EL FEMINISMO EN LA UNAM

Hace alrededor de veinticinco años, en la mesa de firmas de la Facultad de Filosofía y Letras, me encontré con Alaíde Foppa. Me dijo: “Vamos a iniciar una revista feminista y deseamos invitarte a participar”. “Encantada”, respondí y acepté asistir a la reunión.

En casa de Alaíde conocí a varias feministas y vi a otras amigas de tiempo atrás. Discutían la formación de la revista *fem*, la primera revista feminista en México de la que tengo memoria.

En la reunión me di cuenta de que no podía trabajar con ellas. Las sentí demasiado obsesionadas con el tema que discutían unas y otras, intentando imponer su opinión. Pensé que no estaba preparada para trabajar así. Tenía demasiadas clases en la facultad, muchos hijos, matrimonio y vida conyugal demasiado activa. Sólo acepté con gusto escribir artículos para la revista y apoyar su venta y difusión. Siempre he tenido problema para unirme a grupos feministas. Soy independiente y prefiero trabajar sola. Cuando había algún acto me invitaban, y así fui conociendo a las feministas históricas de México. Yo impartía cursos que necesariamente se teñían de feminismo, los llamaba “discusiones sobre la condición femenina”.

### *Nuestras madres simbólicas*

Betsie Hollants, periodista belga, llegó a México desde su país y fundó Cidhal, grupo feminista de reflexión y apoyo a las mujeres jóvenes, y Vemea, grupo feminista de apoyo y reflexión para la vejez. Se hizo monja a los ochenta años, y cuando pasaba de los noventa confesó que era muy obediente, pero con Dios.

Waldeen, bailarina. Desde su país natal (Estados Unidos) trajo la danza moderna a México. Símbolo de la creatividad artística, primero como bailarina, luego como creadora de ballets feministas.

Rosario Castellanos, mujer que supo latín y alcanzó otro modo de ser humana y libre.

Sor Juana, la monja jerónima del siglo XVII que avizora la educación de las mujeres sin necesidad de vestirse de hombre o de entrar al convento. La primera feminista de América, autora del poema que memorizamos las y los mexicanos en la infancia: “Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis...”

Ser feminista me ha dado todo de lo que ahora gozo. Libertad de elección en las cosas de la vida; un trabajo creativo de maestra con muchas alumnas y alumnos con quienes discutir y pensar.

Y ahora que esto escribo, sigo viviendo sola, que no solitaria. Pienso qué hubiera sido de mi vida si no hubiera sido feminista. Seguiría casada, mis hijas e hijo casados, con sus propios hijos y mi desarrollo muy limitado.

### *Los viajes feministas*

Darling, you are not white.

En Grailville, ciudad del Holy Grail a la que me invitaron Tere McDermit y mi querida Licha Kramer que ya está en el cielo, se realizó la gran reunión de mujeres –alrededor de cuatrocientas de todo el mundo– para discutir el “Women’ Spiritual Bonding”. Lucha feminista incesante, en un intento de unir a las mujeres para mejorar su condición, ahora en lo espiritual.

Grailville es como una ciudad universitaria con un amplio campo en el centro y alrededor las casas donde nos hospedaron. Cada casa tiene un nombre, “Caravansary”, como en el desierto de África y otros más que ahora ya no recuerdo.

Distribuyen los lugares y señalan: “Whites there, colored there...” [Las blancas allá y las de color acá]. Yo, obviamente, me dirijo rumbo a las casas de las *whites*; no es que vea mi piel blanca, sólo me sabía de primer nivel. Lo blanco o menos blanco de la etnia a mí no me hace sentir más o menos, es la certeza interior de sentir que soy igual a todas las *white*, por supuesto. A la observación de “Darling, you are not white!” [Querida, itú no eres blanca!] Me dirijo hacia las *colored*, pero no entro con las *black African-American* a las que les tengo miedo, no sé cómo tratarlas. Así me encamino hacia las chicanas, entre las que me siento a mis anchas.

Descubro extrañas costumbres: no tienden su cama, dejan la ropa tirada, y tan frescas; no dan explicaciones de nada, como Mary Poppins. Yo, en cambio, hija de una madre domesticada, arreglo la habitación para no caer en los adjetivos maternos de “tiradero espantoso”, con el consiguiente oprobio de que mamá tirara sobre mi cama toda la ropa del ropero y me obligara a cumplir con la regla.

Pasamos al comedor y encuentro con sorpresa mi nombre en un letrero; me incorporo al grupo y me preguntan acerca de mis capacidades domésticas: cocinar, ayudante-pinche de cocina y otras. Opté por la limpieza, lavado de trastes y de mesas.

Ya estando en el trabajo concreto, me comentan: “Seguro que tu *washingmachine* es último modelo...” “Por supuesto que no —respondí—, en mi casa hay una *human washing*, que no es *machine*, sino empleada de servicio doméstico”.

Y se inició la primera sesión. Hacían preguntas que nos unían: “¿Quién es madre o abuela?...” Las que lo éramos nos poníamos de pie. “¿Quién ha estado presa?... ¿ha abortado?...”, y situaciones que aquejan a las mujeres de todos los colores, clases sociales y en todos los países.

Luego los rituales, esos nos unían aún más. Invocaciones a las diosas, a las mujeres notables, a las mártires, a las religiosas, de manera que nos sentíamos inmersas en el *Herworld* del que nos habla Charlotte Perkins Gilman. Un mundo maravilloso de mujeres que duró una semana inolvidable.

¡Ah!, pero no todo era deleite. En las sesiones de trabajo había oradoras de distintos credos políticos, judías, árabes, católicas, protestantes, blancas, negras, indígenas. De diferentes denominaciones religiosas, obispas, monjas, adoradoras de las diosas, de las brujas, chamanas y feministas políticas que mostraban las diversidades de los feminismos.

Por ejemplo, una obispa negra lesbiana protestante. Monjas que discutían el voto de castidad; lesbianas y heterosexuales. Chicanas y africanas; americanas que desafían a las blancas, por cierto

las más tímidas, al grito de “I don’t trust you white woman” [No confío en ti, mujer blanca].

Las comidas deliciosas, los paseos inolvidables y, por la noche, cada credo religioso hacia un oficio. Las cristianas, una inmensa hoguera de fe, iluminada por las antorchas que todas llevábamos. Las brujas, un aquelarre a la medianoche a la orilla del lago. Las diosas se veneraban con la luna llena. Finalmente me pidieron a mí que organizara el ritual de las chicanas.

Para la cena pedí se sirviera vino en todas las mesas e invoqué a nuestras madres y abuelas, Guadalupe-Tonanzin-Coatlicue, Sor Juana, Rosario Castellanos... Hablé en español y propuse un brindis por la unión de las mujeres, madres, hermanas, hijas reales y simbólicas. Pocas entendieron las palabras en español, pero creo que el espíritu quedó.

Una de las semanas más felices de mi vida, en un mundo de mujeres alegres, sabias, de múltiples orígenes. Discutíamos, bailábamos, tocábamos música y hacíamos deportes juntas.

Para siempre me quedó la vivencia de estar en un mundo de iguales, sin temor. Ausente el miedo a los hombres violentos, sensación que creo todas las mujeres llevamos dentro.

En verdad fue el encuentro con el Santo Grial que nos promete el encuentro con la felicidad, figurado en la copa extraviada donde José de Arimatea recogió la sangre de Cristo brotada de su pecho cuando, clavado en la cruz, fue herido por la lanza del soldado romano.

Éste es el mundo utópico del feminismo que buscamos como nuestro Santo Grial.

## MEMORIAS DE HOSPITAL

Miedo. Inmediato al dolor, mediato a morir. Sensación general de inutilidad de todo. Las acciones, acontecimientos y sucesos que traen



consecuencias mejores en la vida del cuerpo ya han pasado. Lo que me sucede no me hará mejor que antes; ahora todo es cuestión de sobrevivencia. Viví esos días en función del cuerpo, sangrante, golpeado, roto, partido. Agujas que se insertan, dolores que se reconocen, movimientos imposibles por sufrientes, que antes eran automáticos (respirar, toser, mover el brazo clavado con la aguja). Dolor, dolor, dolor. Repentinamente la droga me envuelve en rojo ardiente y cesa la conciencia. El demerol da sentido a la vida. El placer es el sólo sentido de vida. No, no es euforia, sólo cesación del dolor. La aguja no importa, la herida olvidada. Soy feliz al instante en que la droga me invade. Feliz, que significa buena. Nadie es buena si no es feliz, se ha dejado en ese instante de sufrir.

No es amor a todos, es ágape. Los dioses consumen drogas; el néctar y la ambrosía son morfina. Por ello, los dioses y sólo ellos pueden amar sin sufrir. Amar *detaché, aloof*, en la autosuficiencia única posible, la ausencia de dolor, el estado perfecto, la ataraxia.

### *La edad en el hospital*

Resulta que una debe pedir disculpas por su edad en el hospital cuando se confiesa el “secreto doloroso”: cincuenta y seis años. De inmediato el interlocutor sonríe compasivo: “No se ve tan vieja”, dice. Los demás pacientes vuelven la cara como si se tratara de evitar conocer la enfermedad. El hospital nos arrebató el pudor de nuestro cuerpo. Surge el horror de la confesión de la edad, pregunta que se plantea en cada nueva oficina que se visita. Resulta que ser vieja es una vergüenza que conlleva a otra: estar enferma. Soplo en la aorta, isquemia, sospecha de obesidad. Ahora entiendo por qué mi padre a los noventa años grita todo el día: “No estoy enfermo, nada me duele”. Leyendo a Milan Kundera descubro que el estado ideal es la isla de los niños, sanos y alegres, sin enfermedades ni memoria.

“Hay una edad donde se cruza la frontera”, cuando ya nada importa. Se perdió la juventud, el mundo debe seguir “las tablas”, es decir, lo que la medicina indica para cada edad. Las personas debemos ajustarnos a la norma, tener tal edad, ser de tal manera, pensar de ese modo. Porque como indica el médico: “Las tablas son las tablas” en cuanto al peso, la comida y la diversión. Sigo con Kundera. Resulta que la línea divisoria puede cruzarse en cualquier momento de la vida. Se puede exclamar aun antes de que el hecho suceda, sin conocer aún el clima, ¿y esto es todo?

### *La salud recuperada*

Renueva el optimismo. Reinicio de clases y la felicidad del encuentro con los y las alumnas. El seminario de feminismo va “viento en popa a toda vela”. Descubro verdades de Perogrullo. La sola enseñanza para la vida viene de la experiencia, si reflexionas sobre ella. Yo, que he vivido tanto, sólo alcanzo a balbucear lo que voy entendiendo. Se deben hacer esfuerzos sobrehumanos para no vivir en la superficie, a flor de piel. ¿Cómo entrar en las profundidades para entender el meollo de las cosas? Lo inasible, lo evanescente, lo etéreo. Eso es lo que busco, y encuentro únicamente el polvo en los dedos de la mariposa que escapa. Si escribiera poemas, así titularía el libro: “Sólo el polvo en los dedos de la mariposa que escapa”. La sed, el anhelo, la nostalgia, “saudades”. La incompleta, curiosamente, es nuestra esencia y vivimos como si nunca fuéramos a morir.

### *Día de muertos*

Recientemente leí dos verdades que escribe Marguerite Yourcenar, la mejor escritora viviente para mí (lo escribí en 1984),

sobre la muerte. Aconseja no buscarla fuera porque está dentro de nosotras, la traemos dentro. La muerte somos nosotras –digo yo–, diligentemente acercándose, cercándonos, haciendo su trabajo minucioso en cada una de nuestras células. Contra ella lucha nuestra vitalidad reconstruyendo lo irremediablemente perdido, levantando las estacas caídas y clavándolas cuidadosamente en la arena. Pero no hay que reflexionar sobre la muerte, sólo sobre la vida, siguiendo al viejo judío de Amsterdam, Spi-noza.

Soy hoy. Debo pensar en ello por ser el día propicio, el de los muertos. El viejo estoico dice: “Duermo porque el sueño me prepara para entregarme con su hermana”. Antes no deseaba reflexionar sobre la muerte, ahora lo hago todos los días.

Se puede seguir la enseñanza del estoico:

¿Por qué temer a la muerte?  
Cuando tú estás, no está la muerte.  
Cuando está la muerte, tú ya no estás.  
¿Por qué temerla?

### *La edad no es un secreto vergonzoso*

Creo que el secreto de la eterna juventud está en no identificar riqueza y juventud con valor personal. Creo en una condición ontológica: la unión indisoluble entre la búsqueda de la sabiduría y la conservación de la dignidad. No hay edad que valga frente a ese binomio.

## LA ESCRITURA

El deseo de escribir, sin saber qué decir.

## *Carpe diem*

El dulce encuentro conmigo. Decir cosas triviales como: “Ya tengo el escritorio que deseaba”. Ya puedo sentarme a escribir, ¿qué?, lo que sea. Estoy asustada, E. se separó de P. A mi tía le cortaron una pierna. Mis padres tocando las puertas de la eternidad. Pero ¿hubo alguna vez una edad ingenua, despreocupada, ligera? Tal vez sí. Pero no ahora que pertenezco a las personas maduras, aún no a las de la tercera edad. Estoy en la penúltima.

El mundo depende de nosotras, ser como “el motor inmóvil” del libro XII de la *Metafísica* de Aristóteles. Si morimos, todo sigue igual. La paz se alcanza sólo a través del “resisto”, como el viejo Prometeo atado a la roca, suceda lo que suceda hay que resistir hasta lograr otra vez la paz interior. Creo que todo esto me sucede por el trauma del “psicosoma”. Desde que abandonamos la vieja ilusión del alma separada asépticamente del cuerpo.

Sufro el trauma postoperatorio. Mi cuerpo cortado genera ilusiones psíquicas. Resulta necesario revisarlas cuidadosamente. Comienzo: me siento débil y esa flaqueza se dirige hacia el exterior. Se traduce en desánimo, todo se me presenta “cuesta arriba”.

Difícil es vivir así. El cuerpo dañado se refleja en el rostro, me veo vieja, con una figura decadente frente a las jóvenes que surgen día a día, como las flores. El valor de las mujeres está en la belleza juvenil, la voz de Sor Juana brinca con el afán de “poner bellezas en mi entendimiento” y que cada cual cultive su jardín. El mío es un jardín interior lleno de oscuridad profunda. No compito con la belleza y la juventud. No puedo ya correr por esa senda.

Buceo en las profundidades del ser mío y cotejo mis visiones con las de las y los iluminados. Comprender, *ourselves to know*. Registro la sensación de envejecer como indiferencia y rechazo del sexo masculino. Los hombres, por supuesto, me quieren menos. Los hombres, contemporáneos míos, prefieren a mujeres más

jóvenes con la libido a flor de piel. Inútil librar batallas contra los molinos de viento. Vivir el peligro antes de que suceda, buscar parches antes de tener las heridas, comprar seguros de vida. Todas son pasiones inútiles. Sólo resta pensar en que soy la que soy y valgo lo que valgo. Que envejecer no mengüe el autoamor, que la arruga no da ni quita valor ni mucho menos impide salir sonriente al exterior.

Si existiera algo más, como si alguien se supiera pleno, que no fuera. “El dios o la bestia” como anuncia Aristóteles. Escribo mi proyecto de trabajo para el año. Cada vez más modesto. Resulta como un currículum de tres líneas. ¿Cómo lo haría Homero? “Ciego, heleno, dos libros.”

## EL CUMPLEAÑOS

Resulta que ayer cumplí años. De repente me cayó el veinte de que soy viejísima. Me consuela pensar que Minerva, tan linda, elegante e inteligente, me lleva casi diez. No se puede pedir más a la vida.

Comí con Camila, Víctor y Paula. Cené con Gabriela, Virginia, Bertha y mi adorada Casandra D’ans que llegaba de Europa.

Su mamá no vino porque “no podía”. Se siguen portando como las niñas que eran cuando discutían unas con las otras. Y yo empeñada en pensarlas como si fueran mayores de edad, precisamente. Vano intento. Siguen pidiendo mi apoyo, simpatía y rechazo, como cuando pequeñas. Tengo que aprender a no sufrir, a no preocuparme, a pensar que son mayores al actuar así. Sobre todo, sobre todo, que yo no soy omnipotente.

“No trates de cambiar nada, lo que va a suceder, sucederá.”

## EL ALMA FEMENINA

Los antiguos mexicanos eran sabios  
porque dialogaban con su corazón.

Buscando el alma femenina dibujo siempre mujeres. Caras impávidas y sonrientes. Nunca dibujo caras tristes. Me daría tanta pena verlas que tendría que llorar. Cuando aguanto el llanto me da gripa, como ahora que esto escribo. Ahora será confesión. Es el séptimo aniversario de la muerte de mi madre, la mujer más importante de mi vida después de mí misma. De ella recibí todo.

Escribo a la manera de san Agustín, Rousseau y Neruda. Se lo debo a mi maestra María Zambrano; afortunadamente, ella nunca leerá esto.

–Ave María Purísima...

–Sin pecado concebida, por ello virgen. Acúsome, padre, de que he pecado de pensamiento, palabra y obra...

–¿Cuántas veces?

–Tres para malos pensamientos (léase deseo sexual), cinco para mentiras, diez para desobediencia.

–¿Pecados?...

Deseo, cuando mi muerte sea inminente, decir como mi padre en el momento de la extremaunción: “No necesito confesarme, no tengo pecados”. Y murió tranquilamente.

Tal vez me confesaré con una sacerdotisa cristiana y Dios sea mujer. Mientras, escribo estas confesiones leyendo a Zambrano: *La confesión: género literario*.

“¿Entiendes de lo que estamos hablando?”...  
(médico gringo discutiendo sobre la ciencia médica  
con hombres, cuando yo intervine en la plática).

Cuando descubrí que era mujer, me volví feminista consciente. Porque feminista siempre he sido. Desde el primer instante que experimenté el trato excluyente en la familia, en la escuela, en la iglesia y en la vida cotidiana.

“Tu no puedes porque eres mujer.”

“Tú no debes porque eres mujer.”

“Una mujer sin fe, lo peor que existe.”

“Yo, la peor de todas.”

“Peor que hombre”, me decía mi madre.

Mis tres hermanos peleando a golpes entre sí, en la sala de la casa. Yo leyendo tranquilamente frente ellos, sentada en un sillón, con las piernas recogidas para evitar golpes. Llegan mis padres y me regañan por no intentar separarlos, léase cuidarlos.

Pienso que las mujeres que se dicen no feministas todavía piensan que son hombres.

Aunque de hecho saben que no lo son. Les da miedo reconocerlo y odian discutirlo.

### *Las confesiones*

El intento de las confesiones es darse a luz. Pienso que ha llegado mi momento de hacerlo. Dar a luz a una mujer completa, en soledad. Ya no vivo en el mundo de los hombres. Aprendí a saber que la felicidad femenina no depende necesariamente de un hombre que te acompañe: la “Biblia” del género femenino.\*

\* Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*.

He dejado el mundo de los hombres y existo por y para mí misma.

Intento nacer por mí misma, a la manera de Zambrano; de Diótima, que no fue invitada al banquete de Platón; Antífona, que desafió la ley patriarcal; Eloísa, que sobrevivió al abandono y la pérdida del amor, y de tantas más.

“Hay que traspasar el dolor para encontrar los números de la propia alma.”

¿Cómo encontrarlos?

“Run softly horses of the night.”

Yo hubiera deseado (deseé, desearía) que “nada cambiara”... y al suceder el cambio en mi vida se tornó en deseo *a posteriori*. Necesariamente llegó el dolor con el naufragio de la eternidad. Los amores para siempre. Aprender que lo único que “es para siempre” eres tú para ti. Tal vez ése es el número de mi propia alma, yo conmigo para siempre.

Se cerró el mundo de los hombres. Partí corriendo y me cubrí el rostro para ocultar la sonrisa de felicidad. No me puedo morir, pensé, porque tengo mucho qué hacer. Gozar mi casa de México. Gozar mi casa de Tepoz. Gozar a mis nietas y nietos. Escribir libros. Reunir mis escritos y, sentada en mi sillón de reina (real) frente a la ventana, mirar los pinos tras los cuales se pone el sol. Observar las figuras de mujeres en mi balcón. Porque colecciono figuras de mujeres y de diosas. La mujer blanca, desnuda, arrodillada, tipo *garçonne* que la abuela trajo de París. La virgen gótica española con niño. La griega del pecho desnudo y corona. Las cinco máscaras que representan a mi hijo y a mis hijas. La vaca lechera, regalo de mi alumna *Asaltamon-tes*. Las porcelanas de mi adorada segunda suegra, Teruca.

Confieso que vivo mi tercera soltería.



El sahumerio de Santiago de Compostela, obsequio de Alicia, mi amiga. Las jarras que he traído de los viajes; las pequeñas macetas de cactus que florecen en pequeñas flores rojas y, al secarse, se desprenden como fruto. Mi jardín de araucarias, desde la ventana... y los árboles amarillos. Las palomas que se acercan a saludar desde el alero y con ellas “La paz desaforada”, placa que me regaló Clara.

Voy soltando afanes. Espero ser emérita *nombrada*; emérita ya soy, así lo eligieron mis pares.

### *La noche*

Las grandes batallas se libran por la noche. Llega el dolor. Quedó dentro de mí para siempre. No me abandona jamás. Sólo que ahora, en esta la última etapa de la vida, se apoderó de mi cuerpo. Surge en los sueños y me obliga a escucharlo. El dolor del ido amor, del abandono. Por ese amor iniciaré la historia.

“Río, río, te llevaste el amor mío...”

Anoche soñé que viajaba a Chile, la tierra de mi gran amor, y por ello el más grande dolor. Llegaba a Santiago y toda la familia lejana me esperaba. Como la vez primera que llegué, con ese traje blanco, a conocerles. Iba muy tranquila, el amor me llevaba. Así me sentía en el sueño. Me miraban con curiosidad y yo sonreía, sonreía.

El amor me lleva adonde quiera que voy.

San Agustín

Ahora, al despertar, sé que ha llegado el momento de llorar la historia.

¿Mamá, por qué se acaba el amor?

Cassandra, mi hija

He contado largamente la partida definitiva de Jaime. Yo sentada en esta cama donde ahora escribo o vestida con un traje color rosa que guardé largo tiempo, pero ya deseché.

Se fue porque no soportaba ya la vida conmigo y mis hija(o)s. Comenzó el calvario. El pleito, la demanda y finalmente el divorcio. Sentí que caminaba sobre el filo de la navaja. El abismo me esperaba de ambos lados: caía en uno y lastimaba a mis hijas; del otro, perdería a Jaime –como en efecto sucedió–. Lastimar conscientemente a mis hijos, imposible. Y si acaso lo hubiera hecho, no habría tenido sentido: Jaime ya no me quería. Se terminó su amor. Se acabó el inútil combate de formar la familia que él soñaba.

Como la de sus padres, pero, aún mejor. Ahora ya tiene la familia, esposa joven y tres hijas más. Me pregunto si será feliz.

“Nadie es feliz –anuncia Lorenzo–. ¿A quién conoces que sea feliz?”, exclamó cuando le conté que Jaime me había abandonado. Como él, Lorenzo también me abandonó. Y Carlos.

Tú no crees en el matrimonio porque  
a ti te ha ido muy mal en los tuyos.

Mi cuñada

Y yo me pregunto, ¿será?

“Nada es para siempre.” Sólo el dolor del amor que termina deja el mayor dolor al irse.

Oigo a Jaime en un programa de radio. Habla sobre las mujeres y el trabajo; me dedica su charla. Yo le enseñé todo sobre ellas.

Sueño que me pierdo, me pierdo. También que pierdo cosas, seres... cuando perdí al gran amor de mi vida: Benjamín, mi hermano.

El sufrimiento viene de la falla del amor, de su carencia. Si bien el amor al hombre no es el sólo amor. El amor es a todo, a una misma, a la vida, a las personas, al mundo y, finalmente, a Dios, que ahora estudio leyendo la historia de Dios.

El amor está dentro de ti. Surge de ti y te alimenta.

Ama y haz lo que quieras.

San Agustín

El amor es la divinidad dentro de ti. No te lo da el(la) otro(a), surge de ti.

La búsqueda del amor me llevó de la religión a la filosofía y de allí a lo sagrado, y en eso estoy.

La finalidad de mi vida ha sido aprender a reflexionar sobre lo que me sucede e intentar apoyar a las demás personas a captarlo. “Le da clase a todo el mundo”, comenta Jaime. Es decir, ser maestra. Mi lectura del mundo siempre es desde mí misma y para mí misma. “Tú todo lo personalizas”, dice el maestro. Se olvida de que soy existencialista y no filósofa racionalista que todo lo racionaliza. “Qué significa para mí.” Es esa la clave de la lectura. Siempre soy espectadora interesada.

Leo a Zambrano, *El sueño creador*. Y me sobrecoge la idea del sueño. Ella dice: “En los sueños nunca nos preguntamos por algo, nunca nos paramos a pensar en la realidad”. En el sueño no existe la posibilidad de personalizar. Hasta que salimos de él y entramos en la vida podemos intentar su interpretación.

Un día desperté feliz por el sueño que había tenido. Jaime me decía que me amaba y que deseaba regresar a mi lado. Al relatar el sueño a Camila, me dijo: “Má, es tu sueño”. Allí me resultó clara la materia de los sueños y nunca más podré confiar en sus relatos.

Cuál fue mi sueño, pregunto; no cuál es mi sueño. El sueño que anuncia o muestra la matemática de la existencia ahora que

ya no dependo de los hombres para existir. La autonomía que se torna autarquía. “Para andar conmigo me bastan mis pensamientos”, decía Machado.

Desde niña en la recámara de la infancia en Melchor Ocampo, sobre el escritorio azul, he buscado la autonomía. Tal vez por ser como las mujeres, capital simbólico de la familia.

Desde que nací mi madre me abraza con gran amor, ternura y delicadeza. Me envuelve su amor y me cubre de cuidados hasta que me desposa con el mejor galán. De la mejor familia, rubio, de ojos azules, fuerte, sano y educado. Ella teje el traje de bodas, también el camisón. Prepara completo el banquete nupcial y me entrega virgen al altar.

Yo quería ser libre. Decidir mi vida, ser médica, estudiar fuera, viajar, conocer el mundo. Mi sueño era huir a encontrar mi destino. Así lo viví en el puerto de Hong Kong al ver las naves partir y desaparecer en el horizonte. “Dime –pregunté a mi acompañante al bajar del *rishka* que nos llevó al puerto–, cuando ves las naves que se alejan y desaparecen en el horizonte, ¿te surge el anhelo de irte, irte?...”

Él ya había realizado su sueño de libertad: médico famoso, deportista reconocido; al fin, hombre. Exclamó: “No, yo no deseo escapar, estoy bien así”.

Cuando nació mi primera hija y la pusieron sobre mi pecho, pensé: “Ya me amolé para toda la vida...” Es decir, soy el ave atrapada en la jaula de oro, nunca podré volar al infinito.

Mi vida estaba trazada: “¿Para qué estudias, si te vas a casar? Y menos una carrera como la medicina”. En suma, yo deseaba ser hombre sin dejar de ser mujer. Fui “peor que hombre”. Y pagué el precio de la libertad. Dos maridos por ser libre, autónoma y autárquica. Cuesta la libertad en moneda de soledad. Y así, a mis tres hijas mayores las hice libres, tal vez a su pesar. El tiempo lo dirá.

Ser libre significa sola. Tal vez los hombres puedan ser libres y tener esposas que los acompañen, como mis hermanos o mi hijo. Mi hija menor también, libremente eligió el matrimonio.

Cuarenta años: casada; veinte en la juventud: soltera; diez en la madurez: sola. Ésa es la matemática de mi vida. Pero como dice Verónica, mi cuñada: “Ya no haga cuentas”.

Y en las fiestas navideñas me siento sola y triste, añoro compañía. Compañía amorosa como la del “amor de mi vida”, el último amor que partió como las naves de Hong Kong y se perdió en el horizonte.

Desde muy joven comprendí mi destino. El día anterior a mi matrimonio huí, me refugié con un amigo médico, en su consultorio de una calle perdida en el centro de la ciudad. Allí soñé con los dos pájaros, encerrado uno en la jaula de oro. El otro libre, perdiéndose en el horizonte. El final de la historia ya la sabemos.

Mi símbolo: la sirena que se aleja sola en el mar y se pierde libre en su hondura abismal.

Donde la memoria termina, inicia la confesión.

Viajar como marinera, ligera de equipaje. Quiero morir en el mar, decía, y terminaré mis días en la casa frente a la montaña.

## POETAS SOMOS TODAS

*Para Charlotte Perkins Gilman*

### *Herworld*

Escribir... Escribir, ¿para qué? Para colmar el ansia de expresar la visión particular de lo fugaz. No es terapia, tampoco explicación. Fijar la percepción de lo cambiante.

Que lo fugaz se disuelva, pero se exprese: la marca del pie en la arena, del viento en la cabellera del árbol, el gemido de dolor que acompaña a la mirada –también la mirada.

¿Adónde se va todo eso? Algo debe quedar apresado, el viento, la sombra en el suelo; es la metafísica de lo eterno.

¡Ah!, el paso del agua entre los dedos; la mirada desde la ventana del camión en movimiento, recogida por otra mirada, única forma de los ojos semiescondidos en la boina vasca “por si te huyes”.

El significado de la señal, la imagen y la notificación de lo que guarda un sentido oculto, que cada cual reúne lentamente, hasta que le sea posible reír en silencio. Conocer lo que sólo los duendes saben. Y las brujas y el diablo. Dios lo ha olvidado o nunca lo supo. Demasiado ocupado fabricando el mundo. A mí nada me importa y todo me hiere, sobre todo la belleza.

### *El hombre del clavel verde*

*Para Óscar Wilde, De profundis*

Siempre leo lo mismo de Óscar Wilde, *De profundis*, también la *Balada*: “Porque siempre se mata lo que se ama”. El libro me acompaña y basta el contacto físico. El dolor y la sabiduría. *Hisworld*.

### *Las mariposas de noviembre*

Las “niñas” Matte, Elsa y Frida, perras pastoras, persiguen las mariposas blancas de noviembre. Las que vienen para los muertos. Sólo para eso. De la oruga a la nube voladora, luego nada...

Nada es para nada. Todo es “por”. El “cómodo agnosticismo” al que se refería el joven filósofo dentro de la seriedad del traje negro a rayas.

Nada es para nada. Todo es “porque...” Esta ahí para que lo descubras. Cualquier cosa. Las perras persiguiendo a las mariposas; yo, al escribir estas líneas. Tú... Tú ya sabes qué. *Whatever that means.*

### *De lo evanescente*

*Para Emily Dickinson*

De lo de dentro y lo de fuera, de lo cóncavo y lo convexo. De las dos caras de la misma moneda.

El dolor de dentro tiene su origen fuera y lo de fuera se procesa dentro. Todo surge: la conciencia nace, crece, se desarrolla y muere precisamente ahí...

No hay nada que comunique con el exterior; nuestros caminos no alcanzan más allá de la piel.

*There is only one knowledge, ourselves to know.*

Pope

### *El sentido de la vida*

Alcanzar la ataraxia. Vivir en la *epojé*. Nada tiene remedio. La terrible paradoja de la vida se resume en esta frase cabalística: “El hombre es una pasión inútil”. Y cuando digo “hombre” significo el hombre. Las mujeres no somos así. Tampoco los hombres que son como mujeres. Porque hay algunos mutantes. No los homosexuales, suyo es otro afán.

## *Las mujeres*

*Para Rosario Castellanos*

Cada día tiene su propio afán; cada libro, su contenido; las horas, su medida. Estoy llena de páginas, me ejercito en cada una y, al elegirlas, calmo una pasión sentida.

Calmo y no agoto; queda ahí para ser releída en el futuro: llamada, sentida y una vez más guardada celosamente en el arcano. Todas tenemos ese loco afán. ¿Cuál será su nombre? ¿Cuál su fin? “La vida”, responde el eco interior; “la nada”, llega el lejano rumor. Entre la vida y la nada transcurre la afanidad, la afanidad sonora que se avergüenza de ser —a veces—. Otras, se goza en la propia estridencia.

## *La identidad*

Escribir para saber quiénes somos es hacernos mientras nos decimos.

Tú eres lo que haces; y si es escritura, eso eres tú, y no hay más allá.

## *Eres lo que haces*

Al hacer te haces. Escribir es tu forma de hacerte.

Leer es para encontrarte. Y al descubrirete en otros, te conformas.

## *De ti aprendí las finezas*

*Para Sor Juana*

Dueñas del mismo bargueño. Como yo, mujer sabia del altiplano que se irrita con las monjas. Dirige la escuela, manda y ordena.



Saluda y mira a través de ellas. Sé lo que se trae entre manos. Es consciente de lo que se trata, sería con lo serio e ignorante con lo ignorable. Evita el pecado de la contundencia. Nunca tiene “demasiado respeto a la literatura”, sabe que todo puede escribirse y no hace cuentas con la vida. Sólo discute con la cocinera en la tarea infinita de la cotidianidad. Vive en otro plano —la mayoría del tiempo—. Por lo demás, en todo es igual, idéntica a sí misma.

¿Quién me falta de las grandes amadas? Muchas. La cara que está por surgir del lápiz afilado. La faz que se reinicia cada vez que el mundo se detiene y la voz exterior se borra en la concentración del trazo que expresa lo que nadie a través conoce. En lo trivial de la máscara, la esfinge sin secreto, tal vez lo definitivo sea la *epojé* del instante.

A la hoja en blanco, la esperanza de descifrar el juego de abalorios. Inventar el sentido del día de hoy al oírme hablar. Vivir con una gran dignidad que no encierra nada. Sí, la sonrisa de la que conoce el juego y el secreto: “Todo es nada”, ahí está...

Todo es nada y nada es todo. Cada vez me sorprendo más ante esa ilustre desconocida: yo. Se desenvuelve ante mi azoro y descubre lo que ya sabía; yo, siempre desconocida, porque conoce todo de sí. La paradoja de estar consigo pensando siempre en sí.

### *A veces me canso de ser mujer*

¡Que nada cambie!

Llegaron las garzas blancas a Campusano de nuevo en este febrero, y la tranquilidad a mi corazón. Todo sigue igual, el atardecer, las ramas del otoño, el colibrí en la ventana.

Qué tranquilidad. Mi corazón, todo sigue igual; los carbones en la chimenea y las mariposas de “todos santos”. El mundo no

ha cambiado aunque el peso baje y el dólar suba. Llegan las garzas blancas en febrero; la estrella de la tarde y la primera de la mañana aceptan lo pactado: ¡que nada cambie!

Llegaron las garzas blancas a Campusano, todo sigue igual, también mi corazón.

Anoche vislumbré las estrellas, la belleza del cielo estrellado, cada belleza contiene a todas.

De encontrar las medidas y descubrir los criterios.

### *El oficio de madre*

El desgaste cotidiano del árbitro en la búsqueda de la justicia, de la decisión. ¡Todos esperan tanto de ti! Querida mía, tus hijas e hijo, que elijas al mismo cada vez. La búsqueda es de la distinción por el amor. Al señalar a uno, irremediablemente se borra al otro.

Los subalternos qué desean de ti. El respeto irrestricto a su espacio privado, el oído atento a su eterna queja en el infinito de la atención. Los ojos cerrados al error, a la negligencia y a la desidia. ¡Ah!, y el reconocimiento que compense cualquier carencia. Todo esto sin hacer notar tu presencia.

Por último, ella, la que más espera y exige de ti que alcances aquel triunfo, que logres ese reconocimiento, que despiertes tal admiración. Que borres en ella cualquier herida; desaparezcas la cicatriz que tanto cura el mal como aleja sus secuelas. Sí, ella eres tú, ¿por qué no le permites vivir tranquila? Quiérela, reconoce sus esfuerzos y sus logros. No le pidas explicaciones constantes del hacer, del pensar, del querer y omitir. Que haga lo que quiera, llorar o reír.

*Let her be...* “Soy la que soy, sé lo que sé, hago lo que hago. La medida de lo logrado, la totalidad de mis relaciones.”

Aléjate ácido. Yo conmigo estoy bien.

Por último, doy lo que quiero dar, no lo que puedo dar, que no es lo mismo. Que cada quién compense sus carencias, solucione sus errores y borre sus heridas. Rehúso el papel de supermadre y me convierto en lo que quiero ser: la entrañable Mara, *voilà*.

### *Las libélulas*

Hace tiempo que deseo escribir sobre las libélulas. Cómo son transparentes y elegantes –aunque no todas elegantes, sí transparentes–. Me explico. Lo obvio es su transparencia, se ven y no se ven, puede mirarse a través de ellas, no retienen la mirada. Cuando ya no eres joven te tornas libélula, te ven y no te ven. Las miradas no te buscan, más bien te rehúyen. Eso sí, elegante puedes ser, y tal vez, tal vez, ésa sea una realidad visible.

El *Primero sueño*. Por ello mi símbolo es la sirena.

### *El corazón y sus fantasmas*

Así se llama el diplomado que se organiza en la facultad. Y yo me pregunto: ¿cuáles son los míos?

Aquellos que me producen inmensa tristeza. Sí, la tristeza es infinita y no es sufrimiento ni dolor. Iniciemos la reflexión por lo más fácil, como aconseja Aristóteles.

El sufrimiento. Su origen: las cosas no son como una quisiera que fueran. También por interpretarlas en formas agresivas para mí o para otras personas. El amado “me dejó porque es un malvado”. Todo lo cual, después de razonarlo, puede ser superado. El dolor, por el contrario, no puede evitarse en nuestras vidas. No depende de una, surge de pérdidas insustituibles, aunque previstas o esperadas. Por ejemplo, la enfermedad, el envejecimiento del

cuerpo. También el fin del amor. Quizás el producto del dolor, lo inevitable, es lo que produce la tristeza.

Mi segundo esposo no me abandonó. Se fue. Abandonar tiene otra connotación; trae consigo un cierto sentido de mala voluntad. Como el deseo de venganza: “Te abandono para que aprendas...”

Se fue porque ya no podía quedarse conmigo. Sí, porque el amor se acaba y sólo queda el cariño para siempre. Como la imagen que queda impresa en una foto de alguien que ya partió.

Al irse se llevó la mitad de mi universo; he tenido que reconstruirlo lentamente. La mitad de mi universo, el interlocutor de todas mis reflexiones, dudas y aciertos. El otro oído de todo lo que cruzaba por mi mente. Mi otro yo, que sabe otras cosas y al que nunca debe explicarse nada porque todo lo entiende, algunas cosas mejor que tú.

Como advierte Sartre, la tragedia de los humanos es tener que decidir, y no lo es tanto si tienes con quién consultar: ¿debo, por qué debo?

Compartir la belleza, la pasión, la tristeza, el erotismo, el juego y el dolor. Ahí se halla también la comprensión profunda de lo que sucede.

La vida cotidiana, vamos al cine, salimos a caminar... el fin de semana. Cambiamos las cortinas. Nos invitan, rechazan, quieren.

Por último, juntos creamos nuestro sentido de vida; el trabajo, la tesis de doctorado. Campusano del nuevo extremo, ladrillo por ladrillo, hoja por hoja de los árboles. Nuestra hija Camila, la luz de nuestra mirada conjunta. El sillón frente a la chimenea, el erotismo y la pasión.

¿Que queda? La mitad del universo y el vizconde Demediado.

Y la dulce tristeza que aún ahora, más de diez años después, me hace llorar, pero ya sin pena.

Todo pasa, todo deja un recuerdo.

Ya no le quiero, es cierto, pero cuánto le quise...

Neruda

*Sueño de una noche de verano*

Anoche cuando dormía,  
soñé, ¡ibendita ilusión!,  
que una fontana surgía,  
dentro de mi corazón.

A. Machado

Anoche volví a mi juventud. Estábamos todas, también ellos. Sólo que cincuenta años después. Fue el aniversario de bodas de Alicia y *el General*. ¿Qué celebran?, cincuenta años juntos, para bien o para mal. Yo volví a ser ella. Decía: “No soy yo, ésa es mi hija”. No, para nosotros, ahora tú eres ella. Aquella joven casada con el campeón de natación, corredor de coches, de aviones, barcos y submarinos. Y allí estaba él. No solo, con su nueva esposa. Nueva de treinta años. Y yo, que llegaba sola, crucé la mirada con él en la nostalgia de otros tiempos. “Ya no le quiero, es cierto, pero cuánto le quise, y en noches como ésta”... rodeada de todos los que fueron nuestros compañeros, sentí la nostalgia de aquella libre alegría cuando yo danzaba de un grupo a otro, con la despreocupada alegría de la juventud. Allí estaban todas mis amigas. Muchas con sus parejas de entonces. Yo, de las pocas que se divorció, sola, que no solitaria, pero sí inundada de nostalgia.

Él también lo sentía. Se sentaron con mis amigas, con quienes yo deseaba conversar. Y me quedé en la sala. Cuando se fueron, corrí a sentarme con ellas, con mis amigas: Tinina, Dulce, Judy... y conversamos de otros tiempos. Me sentí querida. Lloré por las que ya partieron y vi el rostro envejecido de muchos. “Como los

ves, te ven.” En efecto, nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Me hablaron de Juan Carlos las mujeres que lo amaron. También los hombres que lo admiran y aprecian. Virginia fue conmigo, linda, delgada, alta y elegante. Vestida con un traje negro que compró ese día. “¿Estás bien?”, me preguntaba a menudo, pensando que tal vez me cansaría. Y así fue. Finalmente reconocí el cansancio y le pedí que nos fuéramos.

Ése era mi grupo de la juventud. Tan lejano como lejana es mi juventud. Conservo algunas amigas para siempre: la Tinina, las Almada. Las demás han partido de mi vida. Y yo no sé si la nostalgia es de la juventud ya tan lejana, del amor que terminó, o simplemente el cansancio de una larga noche de fiesta cuando ya se está más allá de esas situaciones.

Y hoy fui a comer con Juan, Bertha y las niñas. Cómo se pierde la fuerza para enfrentar a las jóvenes. Mi adorada Casandra 3<sup>a</sup> lloraba por el pleito con su hermana. Bertha se va a Estados Unidos a que le conviertan los pies en los de Cenicienta. Carlota crece y Lorenza está a la defensiva del olvido por ser la menor de las hermanas. Tantos afanes. Y yo vieja y cansada.

## EL FEMINISMO DE LA DIFERENCIA

Mis ideas sobre el feminismo van de acuerdo con el feminismo de la diferencia, propio del nuevo milenio, que pone en tela de juicio, más que las desigualdades sociales que sufrimos las mujeres, las estructuras ideológicas de raíces profundas que nos sitúan en desventaja respecto de los hombres. Sabemos que en este estado de cosas dos estructuras sociales prevalentes –el patriarcado y el contrato sexual– influyen a la hora de justificar las instituciones políticas de Occidente que excluyen a las mujeres.

El feminismo de la diferencia desafía el sexismo en el lenguaje, la ley y la filosofía. Afirma que las mujeres deben aspirar a ser hombres, como ocurre en las batallas que se libran por la igualdad; deben desarrollar un lenguaje, unas leyes y también una mitología nueva específicamente femenina. Se ocupa de la reflexión sobre la diferencia sexual.

### LA DIFERENCIA SEXUAL

Supone diferencias en el sentir y actuar de las mujeres respecto de los hombres cuando viven circunstancias semejantes a las de ellos; por ejemplo, frente a la pareja. También en la relación entre las mujeres y con sus hija(o)s.

En lo que sigue, pretendo distinguir estas diferencias. Intento averiguar por qué las mujeres nos sentimos tan desoladas sin pareja. Muchas preferimos una pareja detestable a vivir solas. Así, soportamos incomodidades, presiones y muchas cosas más –de

las que no quiero acordarme— con tal de tener pareja. Y cuando por cualquier circunstancia la perdemos, nuestra vida se siente destrozada. Algo que me intriga sobremanera es la reacción de las mujeres que afirman no ser feministas, puesto que ellas “nunca han sido discriminadas”, contra las que sí nos consideramos feministas profesionales, como yo. Obviamente, circunstancias de discriminación o exclusión son las que nos llevan a cuestionar el estado de cosas, cuando pensamos que lo que nos sucede no es “lo natural”. Esto lo expresan mujeres diciendo, por el contrario, que ellas no han sido nunca excluidas. Sucede muy a menudo en la academia, cuando ellas están en puestos de poder. Por ejemplo, cuando les pido que utilicen el femenino y el masculino en el discurso y maten al sujeto universal masculino, primero se enfurecen, luego me acusan de querer destrozarse el lenguaje y más adelante pretenden, por medio de burlas, disuadirme del intento. Lo anterior busca el empoderamiento femenino.

Al parecer las mujeres no deseamos, no podemos vivir sin una pareja masculina porque sin un hombre no existimos. El hombre a nuestro lado nos da identidad, seguridad, existencia. Hasta que logramos empoderarnos y entonces podemos ser mujeres solas, que no solitarias.

## LAS MUJERES EN LOS PUESTOS DE PODER

Comienzo con la reflexión sobre esta segunda incógnita. Se intitula: “Mujeres en el poder, sin embargo desempoderadas”.

Sucede un fenómeno muy propio de este principio de milenio. Cada vez hay un mayor número de mujeres en puestos importantes. Resulta intrigante para las feministas que esas mujeres con gran poder político, social, académico o de cualquier tipo no sean feministas, que más bien se declaren anti o posfeministas. “Nunca me he sentido inferior al hombre”, dicen algunas. Otras piensan



que el feminismo tuvo sentido hace tiempo, pero que ya no, puesto que ya nadie, incluidas por supuesto las mujeres, es discriminado, excluido o sufrido (presos de) cualquier otro tipo de exclusión, si en verdad nos esforzamos en alcanzar lo que nos proponemos. Por ello, la figura de la feminista resulta, en el mejor de los casos, *demodé*; en el peor, de histeria, locura o paranoia. Las mujeres en el poder, según yo, cuando están empoderadas, es decir, cuando han llegado al puesto en que están por su propio esfuerzo y apoyadas por otras mujeres fuertes, generalmente no se oponen a las maniobras políticas feministas. Por el contrario, reconocen que gracias a ese movimiento político han alcanzado el lugar en el que están, lo agradecen y confían en él. También son quienes apoyan a mujeres más jóvenes para que continúen su camino. Aquellas mujeres no empoderadas, cuya situación de poder se debe al apoyo de hombres, siempre temen perderlo si actúan de manera que ellos perciban como amenazante. Por eso rechazan el apoyo de las mujeres, lo consideran de menor fuerza y valor. También porque pone en peligro su relación con los hombres. Piensan a menudo que su propio trabajo no es tan importante, profundo y creativo como el de su pareja, cuando la tienen. Desde esa perspectiva, son capaces de abandonar su empresa y dedicarse a apoyar la profesión de su compañero. El triunfo de él lo consideran más importante; primero, porque las mantiene económicamente; segundo, porque creen que tiene mayor valor que el de ellas. En esa medida aceptan que el trabajo femenino se centra básicamente en los atributos de belleza física y maternidad; es decir, en su cuerpo visto desde los ojos del hombre, el apoyo familiar y la conservación de las tradiciones. Aceptan la vieja idea de que el hombre es el sujeto universal y la medida de todas las cosas. Las mujeres, sus compañeras. El valor de ellas se desprende del hombre con el que duermen y, por cierto, su feminidad se entiende por lo que los hombres desean y necesitan.

El mundo de lo privado es su mundo. El de lo público corresponde por derecho natural a los hombres. Ellas participan de lo público si, y sólo si, los hombres de su vida les dan permiso y las apoyan. La profesión es “MTC” (mientras te casas). De allí en adelante tendrán que obedecer los requerimientos de su compañero, como en su tiempo lo hicieron con la voluntad de los hombres de la familia. Viven de acuerdo con “la ley del padre”. No sólo son obedientes a los cánones familiares, también intentan seguir el modelo de mujer joven, bella y elegante, de acuerdo con el imaginario social en el que viven.

Una mujer mayor, de gran valor académico, a la que le pregunté acerca de los deportes que a ella le gustaba practicar cuando joven, respondió: “A mí me gustaba jugar frontón, pero cuando me casé lo dejé porque a mi esposo no le interesaba. Como sabes, las mujeres generalmente seguimos los deportes de nuestros maridos”. En efecto, pensé. Cuando mi primer matrimonio, corrí automóviles una vez, sólo para demostrar que podía hacerlo. Después fui ayudante de regata en un velero, no porque a mí me gustara especialmente hacerlo, aunque no me disgustaba por ser en el mar. Mi deporte era la natación. En mi segundo matrimonio aprendí a montar a caballo porque mi esposo era jugador de polo y tenía caballos; yo tenía bastante miedo porque de niña me había caído de uno. Me salvé de seguir montando porque murió mi caballo, cosa que me alivió mucho, pues ya no me vi en la necesidad de volver a montar.

Otras mujeres que también rechazan el feminismo, generalmente son jóvenes que no conocen o han olvidado el sufrimiento de las mujeres que les antecedieron; ven como *passé* el movimiento feminista y no reconocen a la generación de sus madres y abuelas, tal vez porque hacerlo le resta valor y relevancia a su propio esfuerzo. También lo visualizan como una forma de oponerse al dominio de las mujeres mayores, especialmente si son sus madres o parecidas a la figura materna, en especial cuando las mayores son feministas. En ese caso, pienso, no vale la pena intentar

convencerlas. Sí, y sólo si, son mujeres empoderadas, ya que tarde o temprano descubrirán que les sucede o les ha sucedido algo por ser mujeres, es decir, a consecuencia del género.

La única forma de empoderarse, a mi juicio, está dada por la educación feminista.

## FEMINISMO Y EDUCACIÓN

Cada época requiere una educación específica además de la tradicional, puesto que cada una suscita nuevas posibilidades y abre perspectivas insospechadas. Cuando el feminismo se une a la educación, entonces surge la pedagogía feminista. Nos preguntamos cómo enseñar a las mujeres a ser feministas en una educación que no sólo cambia con la época, sino de acuerdo con las etapas de la vida.

### *La educación de María es para que María pueda pensar*

Hay dos cosas inevitables en nuestras vidas: la muerte y el conocimiento una vez que éste se ha adquirido. De allí la importancia del saber para la vida. No se puede actuar sin el conocimiento adquirido. Es necesario que las mujeres encuentren su voz, elaboren su palabra, armen sus razonamientos, alcancen sus conclusiones, las compartan y discutan con otras. Entonces escribirán artículos, libros, pintarán, harán música. Formarán sociedades, asociaciones, seminarios, centros, institutos. Organizarán congresos...

## LA ESCRITURA FEMENINA

A fin de valorar lo que una piensa, es necesario escribirlo. De allí, creo, la importancia de la escritura de las memorias. También

resulta necesario leer lo que otras han escrito, para superar la fase de juzgar lo que una piensa por lo que una siente. Escribir para ayudarse a pensar. Las memorias de una feminista surgen del amor a las mujeres, las de carne y hueso. No a lo femenino, a lo maternal, como lo propone el patriarcado. Sino a lo que constituye la diferencia respecto del otro género.

Amo a las mujeres, aunque no a todas. No es apostolado. El feminismo es la tabla de salvación, aunque se hunda a cada instante. Su objetivo es llegar a ser lo que una es. Crear su espacio en el mundo. Ser respetada y respetable. Entablar relaciones valiosas con otras y construir un nuevo mundo para las mujeres, con base en la diferencia sexual. Ser mujer entre mujeres y estar en paz, tranquila, hacer cosas, sentirse libre y reír mucho. Continuar la cultura de mujeres y para mujeres.

## LA FILOSOFÍA FEMINISTA

El feminismo es mi sentido de vida. Ser mujer, para mí, es ser feminista. Supone la creación de una epistemología propia. De una ética y una política que nos incluya y pertenezca. De una filosofía de la educación que suponga una pedagogía feminista. Y muchas cosas más para las que ya tenemos “cuarto propio”.

Sigamos con la educación: primera etapa de la educación feminista.

Pienso que siempre hay un mecanismo disparador que lanza a la política, en este caso al movimiento político feminista. Creo que a mí me sucedió cuando mi padre no me dejó estudiar medicina y me envió a estudiar para secretaria bilingüe. La tradicional profesión del “mientras te casas”. Y así me casé, tuve a mi primera hija, y mi suegra me ayudó a estudiar la preparatoria.

Fui feminista al darme cuenta de que era excluida por ser mujer, y comencé a luchar conscientemente contra la discriminación.

De hecho, toda mi vida éste ha sido el caso. Por ser la única hija entre tres hombres, me ha tocado vivir siempre “levantada en armas”.

Una mujer notable en la academia me decía que todo lo que ella había hecho era para “mostrar que podía hacerlo”. Yo nunca he tenido esa motivación, más bien ha sido por mi interés y deseo de hacerlo. Rutas diferentes para idénticos lugares de llegada. Esto se ha convertido en *modus vivendi*, aunque parece que ahora soy más suave de trato, sin dejar de ser profundamente apegada a mis convicciones. Eso no significa que no caiga en extremos. Mi hija menor dice que siempre me peleo con las más “tarugas”. Y así es. Nunca pierdo la oportunidad de cuestionar lo que no me parece correcto. Es importante guardar silencio en los casos en que no vale la pena entablar discusiones.

Una es dueña de sus silencios y prisionera de sus palabras.

### *La historia de la vieja que no deseaba cruzar la calle*

Después de terminar la preparatoria, me inscribí en la carrera de filosofía. La iluminación me llegó durante la clase de Introducción a la filosofía, con la maestra Kay Rovira, en la Universidad Femenina. Deseaba revalidar el año que ya había estudiado como “oyente” en la Escuela de Antropología –en ese entonces en la calle de Moneda–. Mi deseo se hizo realidad: su director aceptó revalidar mis estudios y seguí mi carrera de antropóloga, como brillantemente la hizo Brenda, una de mis cuñadas. Estudié antropología como una búsqueda de explicación del mundo. Pensé que lo conseguiría si me remontaba al pasado, nuestro pasado.

Cuando surgió la filosofía en mi mundo, comprendí que el camino era ése, la filosofía, y entonces ya nunca lo abandoné. Es el camino para siempre. Ahora ya no persigo una explicación de la

totalidad, sólo el conocimiento propio. Sigo el “conócete a ti misma” que nos mostró Sócrates. Del conocerse a sí misma surgió el feminismo. Al darme cuenta de que la diferencia entre hombres y mujeres constituía el fundamento de nuestra desigualdad, de nuestra exclusión, nació la lucha, primero por saber si la diferencia implica inferioridad, o si es el pretexto para la opresión. Cada día tengo más la certeza de que las diferencias básicas entre hombres y mujeres no implican inferioridad ni superioridad, sólo dos miradas, dos formas de vivir desde un cuerpo de mujer y de hombre, sin que ello signifique naturalezas diferentes. El problema de la naturaleza femenina se trató en el primer congreso de filosofía al que asistí. El tema: “¿Existe una naturaleza femenina?” Todas las mujeres que participamos respondimos negativamente, excepto una maestra que afirmó su existencia. Ese texto fue el que le gustó más a muchos hombres. Sí así es “por naturaleza”, nadie nos excluye ni nos hace menos. Pero, es el caso que no se trata de naturalezas distintas, sino de diferentes subjetividades. También diferentes por nuestro género. El género, la identidad social, la subjetividad, la forma de vivir nuestro cuerpo de mujer. Leí una explicación de Fátima Flores sobre el género que me pareció sumamente ingeniosa. Escribió un texto muy interesante: “Psicología social y género”. Hace en él una analogía espléndida: “sexo = agua, género = H<sub>2</sub>O”. Lo primero, natural; lo segundo, construcción social.

## LOS CONGRESOS NACIONALES DE FILOSOFÍA

A raíz de la organización del Congreso Nacional de Filosofía que tuvo lugar en agosto de 2001, me invitaron a organizar un coloquio ahora que ya soy una mujer aceptada plenamente como feminista y académica de primer plano en la UNAM. Pasados los tiempos del Primer Congreso de Filosofía en el que propuse una mesa de feminismo (hace veinte años, cuando me advirtieron que

ése no era tema filosófico y que para qué leía yo a todas esas mujeres). Finalmente, en esa ocasión gané. Sí presenté una mesa de filosofía y feminismo a la que asistieron todas las filósofas de la Facultad de Filosofía y Letras y del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En verdad no sé cómo las convencí de que fueran, porque ahora ya no se llaman ni se sienten feministas la mayoría de ellas. Tal vez porque les dije que había invitado a Simone de Beauvoir, que por cierto no asistió porque ya era demasiado vieja para viajar. Entonces invité a la presidenta de la Sociedad de las Mujeres para la Filosofía, de Estados Unidos, que sí asistió. Tuvimos gran éxito. Me habían dado un clóset para realizar la mesa, y resultó que el congreso en pleno deseaba asistir para oír “que iban a decir las mujeres”.

Fue en Puebla. Me dieron el salón Carolino, que es el más importante de su Universidad, donde en su época se juntaban los obispos.

Después de ese congreso se acostumbraron a que organizara la o las mesas de feminismo y siempre me dan las aulas magnas por la gran “clientela” que asiste. La culminación llegó cuando fui presidenta de la Asociación Filosófica de México. Entonces me dijeron: “Por favor, invita a hombres a tu congreso”.

Preparada ya para cualquier eventualidad, en una junta de organización de las mesas propuse mi coloquio sobre filosofía feminista. Lo dije con toda tranquilidad. Uno de mis colegas, que hasta ese día me caía muy bien, comentó: “Si Mara hace filosofía feminista, yo haré filosofía varonista”. Lo miré con la cara de la reina Isabel de Inglaterra cuando advierte: “We are not amused”. Y seguí con mi propuesta. Tendría que estar en el coloquio y, además, en la mesa de clausura del congreso, donde diría: “Todos los congresistas hablaron de filosofía varonista, que por cierto no sé cómo escribir el vocablo, con “v” o con “b”, porque si bien es la filosofía de los hombres, puede ser también la de los barones,

porque ellos piensan que lo son, en el sentido de que “su palabra es la ley”.

¿Qué es más, papá, baronesa o vampiresa? Respondió: “Por supuesto, vampiresa”.

En la siguiente reunión asistió el nuevo director de la Facultad de Filosofía y Letras. Me preguntó si invitaría a hombres a mi coloquio. Tuve que responderle que a los hombres mejor los invitaba a mi cuarto de hotel.

De nuevo en el tono de “we are not amused”. Me torné famosa, sobre todo por este último comentario, pues me llamaron por teléfono para felicitarme.

A veces me canso de ser mujer. Los hombres en general siguen fuertemente amenazados por la pérdida de su llamada “posición de privilegio”, sobre todo en la academia. ¿Acaso no saben que ya murió el sujeto de la historia? La muerte del sujeto en el pensamiento filosófico trae consigo la imposibilidad de referirse a un conocimiento absoluto, racionalmente probado e incuestionable, sobre todo por el pensamiento feminista que, “como todos saben”, proviene de mujeres amargadas y lesbianas y, por tanto, sin ninguna credibilidad...

Writing... is for me like walking down the landscape of the self...  
Your find false trails,  
roads closed for repairs,  
impregnable fortresses, scouts,  
armies of memories  
and impossible cartography.

August Wilson

No es que con el tiempo duela menos,  
es que se acostumbra una a vivir con el dolor.

Minerva



1999

Se acaba el año y de cierto modo siento que a mí “se me acaba el tiempo”. No es que me “sienta” vieja, más bien soy vieja. Así me veo, aunque sé que hay en mí una cierta belleza, como aquella *Certain sourire* de François Sagan.

Fui a Guadalajara a dar una conferencia contra mi voluntad. Estoy cansada. Es difícil distinguir entre el cansancio y la vejez. Di la conferencia frente a casi cien maestra(o)s y me sentí tranquila y segura. En verdad ya pocas cosas me producen temor. Algo me sucede por ser vieja. Me digo: “¿Por qué quieren escucharme, si ya soy vieja?”

Al bajar en el elevador del hotel, el camarero me saluda:

–Good morning!

–¿Por qué me habla en inglés? ¿Acaso tengo cara de gringa? Usted y yo somos del mismo color –y le extendí la mano.

–No –responde–, usted es muy guapa, distinguida, alta... Las mexicanas son bajitas y gorditas.

Entonces me pregunto: ¿por qué siento pena por ser vieja?

En la reunión hablé y hablé como si estuviera en la sala de mi casa rodeada de mis amigas; conté cuestiones personales. “Estoy en mi tercera soltería, muy feliz y enamorada.” Los relatos personales eran coronados con aplausos. Ése es el privilegio de ser mayor. Será porque ya no le interesas al poder. Tendré que preguntarle a Minerva.

También en la conferencia descubrí una verdad de Perogrullo, como las que me señaló mi maestro Gallegos Rocafull: el género no tiene nada que ver con la educación. Mi conferencia se titulaba *Género y educación*. Tú te educas a ti misma con tu leal saber y entender. Pasas del género a la educación feminista, si bien la perspectiva de género te permite descubrir que el “eterno femenino” ha dejado de ser “eterno”, por ello el patriarcado ha terminado.

Regresé un día antes. Necesitaba tener este maravilloso domingo otoñal para mí en el jardín de San Antón, donde caen las hojas de los fresnos y escucho música chilena: “Lo que más quiero ya no es igual”.

En la conferencia hablé de la UNAM en huelga. Algunos la atacaron y yo respondí: “Tengo la camiseta de la UNAM tatuada en el cuerpo”. Todo lo que soy se lo debo a mi *alma mater*; ergo, la defenderé hasta la muerte. Y pensé: la UNAM, mi UNAM, las “islas Afortunadas” de las que habla Kant, quizá luego ya no lo sean tanto... No importa, las conocí y gocé cuarenta años, diez como alumna y treinta como maestra. También fui a la Feria del libro, que se dedicó a Chile. Y Chile “me muerde el alma”. Recorrí la exposición llorando y le dije a un librero: “Amo a Chile porque estuve casada veinticinco años con un chileno”.

Descubrí que los hombres mayores se casan con mujeres jóvenes y desean tener hijos con ellas para que no los dejen.

Y terminó la conferencia. Unas de las chicas que asistieron dijeron que querían ser mis nietas simbólicas, y yo iba a decir “hijas” olvidando mi edad. La tristeza será ésa.

La soledad que suena con canto de campana.

Neruda

No volverán aquellos anchos días que  
sostuvieron, al pasar, la dicha.

Neruda

Amo todas las cosas,  
y entre todos los fuegos  
sólo el amor no gasta.

Neruda

Camila leyó a Jaime la parte de mis memorias donde se habla de él. Al concluir, ella le comentó: “Todo lo que le dijiste a mamá fue: perdóname, perdóname”.

¿Acaso se puede pedir perdón porque se acaba el amor? Sí, perdóname por haberte hecho sufrir.

Todo el mundo mata lo que ama, el cobarde  
con un beso, el valiente, con la espada.

Óscar Wilde

¿Eso es para los hombres y las mujeres?... Habrá que pensarlo.

Lorenzo me dijo: “Tú me abandonaste, pero hiciste bien; no hubiera soportado la paternidad impuesta”.

Pensé que podías vivir como Juan Ribera, que allí estaba, pero no era padre.

“Le ahorré una paternidad difícil”, dijo Jaime.

En verdad no le ahorró nada.

Él no deseaba ser padre. Tú sí. Y así mataste lo que amabas, lo mataste con la espada.

Así llegó el sufrimiento, páginas y páginas de mi diario.

El corazón roto, pero la vida intacta.

May Sarton

Es tan corto el amor y tan largo el olvido.

Neruda

El olvido en realidad nunca llega; se dobla y se guarda el dolor, pero en cualquier momento se puede extender y, como el gas, puede sentirse de nuevo.

Lo más directo para el recuerdo es la música, hija de la poesía. Ayer puse música de los tiempos de ese amor y suavemente lloré: “Eso de jugar a la vida, es algo que a veces duele...”, Jaime.

Por la noche escucho *Vocalise* de Rachmaninoff, y regresa Carlos suavemente.

También los olores *Femme* me devuelven al tiempo del doctor aquel que amé, pero del que tengo el dolor oculto, del que no quiero acordarme. La historia del rompimiento con Jaime no la puedo escribir. “Aún la herida está sangrando”, digo en el diario.

Vive como piensas, para que no acabes  
pensando como vives.

Pinta del CGH de la UNAM

El abandono dejó una herida que ya está cerrada. Pero, como las extremidades amputadas, el dolor persiste. En inglés los médicos lo llaman *tenderness*. Cuando pase esa sensación, entonces escribiré sobre ella.

Propósito para el milenio: el mundo es como es. Las personas son como son. Los acontecimientos suceden. Y la virtud máxima es la aceptación.

Debes aceptar que te quieran como te quieren. Creo imposible hacer algo porque “te quieran más”, algo que funcione. Y me enfermo de gripa. Camila, la psicóloga, dice que la gripa representa los llantos contenidos. Ahora que soy mayor, pocas veces tengo gripa, será porque lloro lo suficiente. Cuando joven, a menudo me enfermaba de gripa, con el grave enojo de mi madre. Me parecía injusto que se enojara conmigo por eso; sin embargo, me respondía: “Es tu culpa”. Sería que entonces no lloraba lo suficiente. A una nunca la quieren lo suficiente. ¿Qué será lo suficiente?

“¡Ay, amor, ya no me quieras tanto!”, dice una canción.

Otra: “Te quiero como me quieres, ¡qué más quieres!, ¿quieres más?”

## ESCRIBIR

“Hay cosas que no pueden decirse”, y esto es cierto. Pero lo que no puede decirse es lo que se tiene que escribir.

La sola forma de entender la propia vida es escribiendo. No basta pensar, existe una sección del cerebro que sólo trabaja cuando se escribe. Parece espontánea.

Se dicen cosas impensadas. Pienso, escribo lo que pienso y me sorprendo escribiendo algo que no había pensado antes.

*“Todo comienza y acaba en el mar...”*

Siempre quise vivir frente al mar, quise morir frente al mar. Ser “enterrada” en el mar. Pero nací en el altiplano y allí me corresponde morir. Frente a la montaña. Junto a ti, mamá, para volar al valle donde nos espera tu Menjo.

¡Ah!, ya entiendo por qué soñé, mamá, que te abandonaba antes de cruzar la calle tan llena de gente y autos. Fui a Cuernavaca. Estabas muriendo y, estando yo allá, cruzaste la calle el domingo a las cuatro de la tarde. Lo descubrió la mujer que fumaba tanto, tu compañera de cuarto. Sólo dijo: “Tu mamá ya se fue”. Y no me quedé contigo, acompañándote hasta la muerte. Tuve miedo y me fui. ¿Sentiste mi abandono? ¿Acaso lo sufriste? Debí llevarte a casa conmigo a velar tu muerte. Eso debo responderlo.

## LAS MUJERES

Cuando estudio, sólo leo una autora o autor. Todo lo que encuentro de ella. Algunas ya no las leeré más. De otras, sigue el amor por más tiempo. Ahora leo a Virginia Woolf.

Para hablar de las mujeres en mi vida, he de clasificarlas primero. La base será la importancia que han tenido para mí.

Las mujeres de la familia. Yo, mi madre, mis hijas, mis nietas. La abuela, tías, primas, sobrinas, suegras, cuñadas...

Las amigas. Hijas de amigas. Colegas feministas alumnas. Las madres y maestras históricas y simbólicas. Diótima, Antígona, Sor Juana, Simone de Beauvoir, Rosario Castellanos, Virginia Woolf, María Zambrano, Teresa de Lauretis, Luisa Muraro, Luce Irigaray, Rossi Braidotti, Vera Yamuni. Las diosas. María de Guadalupe-Tonanzin-Coatlicue. Hera, Atenea, Artemisa.

### *Día internacional de las mujeres*

*9 de marzo de 1983*

No sé de donde nace este entusiasmo mío de organizar convivios feministas. Tal vez sea de un extraño amor que tengo hacia las mujeres. En general las encuentro tontas e ingenuas, también a los hombres. De repente unas y otros me sorprenden porque dicen cosas que no había pensado y que –de alguna manera– me revelan cuestiones básicas. Pero, basta de vaguedades. Lo que intento comprender es por qué sigo siendo feminista militante.

Feminista sí, es comprensible; debo luchar contra la injusticia y la ofensa que se hace contra las mujeres individuales genéricas. Pero, ¿militante?

Cuando se dirigen a mí como mujer, así respondo. Tal como los judíos que se olvidan de que lo son, pero cuando se dirigen a ellos como judíos, como judíos responden. “Good for the Jews, bad for the Jews.”

### DE REPENTE BAJA LO INEFABLE

En medio del fragor, baja lo inefable. De repente cesa el ruido.

La sensación de paz es blanca, niebla transparente, se escucha el silencio. De ese momento restan dos sensaciones, silencio y transparencia. Lo inefable es el cambio de la cualidad del mundo, un residuo que después acompaña la experiencia. No, no baja, se posa sobre las cosas y eso cambia la transparencia de la luz que las envuelve. Resalta su nitidez, el silencio —que sólo yo escucho— se hace patente y determina una experiencia olvidada: vivir dentro de mis medias. Como antes, en paz. Creo que hasta se registra un olor, pero no estoy segura.

### LA TOLERANCIA

Es producto del dolor. Del esqueleto *craquelé* en miles de fisuras invisibles. Las hendiduras que van formando afluentes, ríos y estuarios.

“La sola virtud es la tolerancia.”

Dicen que el cuerpo cambia todas las células cada siete años, se regenera. Somos una nueva persona dentro del viejo marco. Imposible recuperar la que fuimos, y la sola perspectiva es el olvido.

Descubrir la nueva figura, haciendo a un lado la pasión inútil. La desesperanza de las jóvenes, vivir aferradas a una imagen que ya no está.

La tolerancia es la apertura al futuro.

### ABRIL DE 1983

Hoy heredé la tierra.

Hoy heredé la tierra de mi padre el sol, el aire tibio, y el verde.

Hoy heredé la tierra de mi madre, mis hermanos los árboles, el agua y el mes de abril.

Hoy heredé la tierra, mi hermana la luna y mi padre el sol.

Hoy heredé la tierra. Nada me va a faltar.  
El aire tibio, el verde y ¡ah!  
El mar.

### OTRA VEZ ABRIL, PERO DE 1985

El mundo ha sido escrito en lenguaje masculino. La magia, la religión, la historia y la filosofía.

De repente me asombro de ser mujer y comprender ese lenguaje —que no fue escrito para mí.

Las teologías no fueron pensadas para las mujeres.

Las éticas se dictaron para los hombres.

¡Aleluya!, hemos nosotras de inventar todo de nuevo. Dios es Diosa. Ése es el primer secreto de nuestro lenguaje. Diosa, para ti la primera invocación. Crea un mundo para las mujeres. Explica todo en lenguaje femenino. Elimina los equívocos masculinos: “hombre” no es genérico. Hombre significa “ellos”. Nosotras comenzamos ahora; no todas, sólo aquellas que quieran seguir la ruta... Cadena o camino.

Instalada en el nihilismo. Después de las fiestas navideñas.

Todo vale igual. Cada quien axiologiza las cosas, vale decir: “Muere la tradición familiar”.

Ya todos mis hijos tienen su propia familia. ¡Que cada uno invente sus propios ritos! El mío es nada. Otra etapa de mi vida que termina, una caja que se cierra donde se abre el mundo. Una sola tarea me resta hasta el infinito: la autoperfección. Con Foucault, hacer de mi vida una obra de arte. Inventar de nuevo la existencia en todas las sectas. Y con un rigor nazifascista eliminar de mi vida a los jueces. *¡Hélas!*, la autonomía sólo se consigue a través del nihilismo, condición de posibilidad de la *autonomía*.



El error máximo que puede cometerse frente a ciertas entidades, que ocupan la plaza de jueces supremos, es el de contestar a sus preguntas, el de aceptar el lugar que nos señalan en el banquillo de los acusados.

María Zambrano

## EL MATRIMONIO

De repente me pregunto la razón por la que mis matrimonios terminaron. En el primero yo decidí la separación por la certeza de infidelidad de la pareja. En el segundo, en cierto sentido, también fue así: la infidelidad lo había desgastado, pensaba yo. Lo cierto es que esas relaciones terminaron porque mis parejas deseaban vivir con mujeres más jóvenes.

Pensaba que la infidelidad mataba el sentimiento. Ahora me lo pregunto, reflexionando sobre la ética sexual. En nuestros matrimonios y relaciones tradicionales se supone la fidelidad en la pareja. De lo contrario se habla de matrimonio o relación abierta. Según me han contado personas que se relacionaron de esa última forma, también sus relaciones terminaron. Ahora me pregunto si la forma única de que una relación amorosa se sostenga sea la fidelidad. No la lealtad únicamente.

Recuerdo que mi amigo Ulises hablaba de la fidelidad de los perros y la lealtad de los gatos.

Pensaba yo que la fidelidad se pide a las mujeres y la lealtad a los hombres en las relaciones tradicionales.

Tal vez la solución sea la monogamia sucesiva de las parejas que, al no poder o querer conservarla, terminan la relación.

También se dice que las mujeres somos más dadas a la monogamia y a continuar las relaciones a pesar de los escollos. Eso por la familia y la necesidad de ser mantenidas. Ahora que la práctica

de “mantenida” se va terminando porque las mujeres trabajamos, tal vez se acabe la monogamia femenina.

Seguiré pensando...

El amor es voluntario. Los hijos son para siempre.

Y así terminó el inútil combate. Quedé con el corazón roto y la vida intacta.

Otros abandonos. El primero, el amor de juventud, y el último, el de la vejez (que, por cierto, me acaba de suceder).

“¿Por qué se acaba el amor?”, esta vez pregunta mi hija segunda. La respuesta la busco y la busco y finalmente la alcanzo. Porque el amor no es para siempre. De hecho, nada es para siempre...

Ayer fue la fiesta de Navidad. Nunca se celebra el día correspondiente, sino más temprano.

Tampoco asisten todos. Unos están disgustados con otras. Nunca se sabe. Se separa la familia por las razones acostumbradas que hacen que las familias se quiebren. No se puede dar una versión. Son tantas como miembros de la familia se vean envueltos en ella.

En las situaciones humanas ocurre como en la película japonesa *Rashomon*, en la que un asesinato es presenciado por seis testigos. Todas las versiones fueron diferentes, dependiendo del que la relataba. La perspectiva da el sentido de las interpretaciones. Hemos de aceptar todas y contemplarlas a distancia.

Esta cena navideña resultó particularmente grata. Todas las personas actuamos según costumbre, yo tenía una actitud distinta que espero conservar para enfrentar los avatares del destino y “no morir en el intento”. En inglés se dice *aloofness*. Consulto el diccionario: “a distancia en sentimiento e interés”.

Al otro día me llama mi hijo y me dice: “Mi hermana está muy triste por algo que sucedió en la cena navideña”. De golpe me surge la tristeza y la preocupación por la(o)s hija(o)s que nunca me abandona. Vuelven a ser los niños en peligro de “cosas peligrosas”,

accidentes, enfermedades y muerte. Me enfermo de gripa y se me quita el apetito. Me planteo las consabidas preguntas: “¿Habré sido una mala madre?” No, respondo. Son tus hijas e hijo deseados, amados, educados. Ellas a su vez aman y mantienen a sus hijos e hijas. Cada una tiene su lugar en el mundo. ¡Ah!, he descubierto una verdad de Perogrullo: que después de mí, la preocupación y el goce de mi vida son ellas y ellos.

### LAS NIETAS

Paula viene a comer conmigo y hacemos una presentación:

–Damas y caballeros, la función va a comenzar –anuncia tocando el tambor–. La Tata va a cantar.

–Luna, lunera, cascabelera, ve y dile a mi amorcito por Dios que me quiera...

Ahora es su canción preferida, cantamos a la luna. Siempre me han dicho que canto muy mal. En el coro del colegio, en la primaria, me pedían que me quedara callada. Ahora, Paula me pide que cante. Mis hijas e hijo también. Aunque Juan prefería la poesía.

## FILOSOFÍA

Cuando descubrí la filosofía, de inmediato me adherí a ella para siempre. Pensé que encontraría el sentido del universo. Uno que fuera para mí más fácil de aceptar que el que me proponía la religión. De acuerdo con esta última enseñanza, la tarea se centraba en ser buena persona de acuerdo con lo que ellos –porque todos eran *ellos*– te decían. Esto es, no cometer pecados.

Cuando niña, el pecado era la desobediencia. Cuando adolescente, y de allí en adelante, lo sexual –léase conservar la pureza–. De lo contrario, además del rechazo general, no habría boda: destino absoluto de las mujeres. Al morir, el final sería arder en el infierno y, en el menos peor de los casos, quedar convertida en ánima del purgatorio que, posteriormente, dada la misericordia divina, podría alcanzar el cielo.

¿Por qué me apasionó el estudio del “ser”? Es decir, la metafísica, entendida como la explicación de la *fisis*, naturaleza. ¿Qué tenía que ver con mis preocupaciones de pecado sexual? Habré de reflexionar con mayor profundidad. En el fondo era el sentido del mundo en cuanto a su creador. La existencia de un Dios misericordioso o celoso de sus mandamientos. Todo lo que los intérpretes de la divinidad decían. Portarse bien, no cometer pecados. Nunca se hablaba de hacer el bien, por ejemplo. Finalmente, pensé que en lo que yo creía era en el demonio que impulsaba a pecar, más que en la divinidad buena, que te impulsaba a amar al prójimo como a ti misma. Y, sobre todo esto, la suerte de las mujeres era peor. “Una mujer sin fe no vale nada”, así me dijo el cura del “nudo rizo” en la calvicie cuando, confesándome con él, le dije –precisamente

en el santuario de Guadalupe— que no creía en la aparición de la virgen de Guadalupe a Juan Diego.

Comencé a estudiar filosofía en busca de la divinidad, del sentido del cosmos. Los presocráticos: Sócrates, Platón y Aristóteles. De inmediato surgió mi preocupación básica: cómo vivir. De qué manera guiar la conducta, la existencia. Me impresionaba la frase socrática de: “Una vida no reflexionada no vale la pena de ser vivida”. Luego la condena de Sócrates, porque al no poder vivir como deseaba, prefirió morir.

De lo anterior surge la preocupación ética que nunca me ha abandonado. Cómo vivir con base en una vida reflexionada. Para ello había que estudiar lo que otras personas habían pensado para no “descubrir el Mediterráneo, el hilo negro o el agua caliente”.

Es cierto que al principio creía que era hombre, que los filósofos me hablaban a mí y contestaba todo en masculino. Cuando me di cuenta de que era mujer, entonces me convertí en feminista. Volver a la preocupación básica, “cómo vivir”, me llevó de lleno a la ética. En el estilo de filosofar me volví aristotélica, aunque cada filósofo que estudiaba me convertía a su doctrina. Prefería a los filósofos ingleses. Su pensamiento era para mí el que contenía mayor claridad, precisión.

La existencia de la divinidad continuaba preocupándome. Pero ni por asomo pensaba estudiar filosofía de la religión como materia central. Llevé el seminario de santo Tomás con el sacerdote Gallegos Rocafull por mucho tiempo. Me convencía él y me gustaba santo Tomás por aristotélico. A veces pensaba: “Por qué no dedicarme a la filosofía griega que tanto me apasiona. Por la poesía de Platón”. No lo hice porque el otro anhelo era más fuerte: aprender a vivir bien. Aunque siempre he sabido que la literatura es la gran maestra de la vida. Ahora estudio a María Zambrano en su filosofar poético.

Si me pregunto en qué creo, diría con Einstein que en “Dios [que] es misterioso pero no malvado”. Agnóstica soy. No puedo

creer en un dios hombre como lo presentan. Si concibiera una divinidad sin sexo, tal vez podría pensar de manera diferente, si bien el Dios de los filósofos es la figura del misterio tremendo y profundo que no se preocupa de los humanos.

El sentido de la vida: tratar de vivir los sucesos de la vida “de la mejor manera posible”, como afirma María Zambrano. Es cierto que he tenido una vida feliz, familia sólida, una buena educación. Conocí el amor desde la más tierna infancia, con todo el sufrimiento que trae consigo. Pero amo y soy feliz. Tengo cuatro hijas, un hijo y diez nietos que adoro. Puedo afirmar, como lo hago a menudo: “Yo conmigo estoy bien”. Pero, ¿y el sentido del universo?

Creo que el sentido se lo da cada quien a su propia vida. Pienso que mi sentido es ser buena persona, como lo entiendo hasta ahora: evitando el sufrimiento innecesario, propio y ajeno. Estoy también segura de que el cosmos es lo más misterioso que existe. ¿Cómo y por qué comenzó? No digamos “para qué”, porque puede resultar más misterioso aún.

## FILOSOFAR

Pensar con claridad y distinción sobre lo que una se proponga. Aunque todo lo personalizo, de acuerdo con el *dictum* del que fue mi maestro, en ese sentido soy socrática: cómo voy a viajar si, como decía Sócrates, “estoy ocupado pensando en mí mismo, en mi propia vida”. Pienso en mí misma y todo lo que leo lo comparo con mi vida. La vida de las personas, para las personas, necesariamente es lo más importante.

Ahora filosofo sobre la última etapa de la existencia, que es la que estoy viviendo: la vejez. Por dentro soy joven, pero me miro al espejo o en los ojos de los demás y la descubro de inmediato. Tengo buena salud, puedo seguir adelante en mi trabajo. Como

escribí en otra parte, sólo la enfermedad o la muerte me impedirán continuar con mi profesión: filosofar y escribir. Dar clase también.

¿Esto será filosofar? Me tiene preocupada la afirmación de una colega que dijo públicamente que yo ya no hacía filosofía por ser feminista. Sin embargo, no debo ponerme gratis en el banquillo de las acusadas. Soy filósofa feminista y a eso me dedico.

### *La memoria y el olvido*

Se conserva la memoria y así se aumenta la vida. Lo que cae en el olvido nos resta experiencia. El sentimiento fáustico de la vida nos conforma infinidad de experiencias. Si se ve en retrospectiva, parece que nuestras vidas no eran nuestras, porque nosotras, las de entonces, ya no somos las mismas.

## EL SENTIMIENTO DE LA DIVINIDAD

Camila, la menor de mis hijas, me preguntó por qué había estudiado filosofía. Después de mucho meditar, me di cuenta de que había sido por la búsqueda de la divinidad. Encontrar el sentido del mundo, de la existencia propia, del ser, de manera que pudiera en verdad saber no sólo cómo actuar, sino por qué hacerlo así; en cierta medida, a quién ofrecerlo. Reflexioné sobre mis creencias religiosas y entendí que eran producto del miedo: a la oscuridad, a los animales malignos, a la violación, a la amenaza de la muerte, en fin, a la muerte. La divinidad que deseaba debía ser poderosa, que me protegiera de todos los males y alejara el miedo. Y si el miedo final es a la muerte, entonces que me salvara de morir del todo. Tal vez por eso escribo, para persistir en mi ser después que ya me haya ido. No morir del todo, conservar, gozar de la vida eterna. Ahora me pregunto si en verdad deseo la vida eterna.

No tanto, quizá porque en el momento en que esto escribo estoy cansada y soy vieja. Tengo un montón de años. Eso funciona cronológicamente, porque por dentro me siento bastante joven, tal vez, cuando mucho, de unos treinta y tantos años.

Entonces me pregunto, ¿en qué creo? En lo ominoso, es decir, lo oscuro, misterioso, amenazante, acaso encarnado en algo no humano. Monstruoso. Pero la divinidad no es eso. Es luz, el sumo bien, la paz eterna, la felicidad absoluta. Vivir fuera del tiempo, en la eternidad del instante. La visión beatífica. La de Teresa de Jesús que muere porque no muere en el orgasmo.

Siento, por otra parte, que mi divinidad no es masculina. El sumo bien sin sexo. Sí diosa mujer, la siento como madre. Podría ser madre-padre. Pero no el padre eterno, porque me recuerda a mi padre, cuyo amor era amenazante. Para nosotras, dadas las circunstancias de género, en el amor masculino siempre hay algo amenazante. Son violadores, golpeadores, agresivos. La divinidad debe ser asexuada, más allá de la sexualidad. Será porque en este momento de la vida he terminado con los hombres, porque ellos me han abandonado en sentido erótico. Ya no soy objeto de su deseo, así lo creo. Aunque algunos jóvenes me buscan, por ser su maestra. Siento en ellos un rastro de erotismo, pero como soy una “dama formal” no me detengo en ello.

La divinidad, el misterio profundo. Eso es lo que he buscado, mi querida Camila, en la filosofía. Y así me llegó la calma. Soy una buena persona porque ello me produce placer. Sufro cuando obro mal de acuerdo con mi conciencia e intento reparar el daño que pueda haber causado. Entonces no es materia de moral. ¿De qué, entonces?

Retomemos la idea del miedo a la muerte. Para no morir del todo, ¿ir al infierno? No como fuego eterno, sino como alejamiento de la visión divina.

Nostalgia de ese inmenso placer. Eso no lo entiendo muy bien. Una vez tuve una visión metafísica en que yo era el todo. La palmera, la hormiga que la recorría, una yo con el universo. La sensación



era sobrecogedora, pero de una profunda intensidad, no de sufrimiento, tampoco de gozo. Era de interés por persistir en la sensación.

Lo que me mueve en la filosofía es la búsqueda del entendimiento. De lo que es y de lo que sucede. También de herramienta de cambio para el mundo que produce tanto sufrimiento innecesario. La maldad humana, la crisis que padecemos. Todo eso lo vivo como inevitable. “Existe en el alma humana mala levadura”, “¿quién te ofreció un jardín de flores?” Lo ansiado es la paz, pero no la paz eterna de la no existencia. “Por qué temer a la muerte, si cuando tú estás, no está la muerte, y cuando está la muerte, tú ya no estás.”

Para ello estudio filosofía, para lograr la paz, no la de los sepulcros sino la de la contemplación del mundo, su belleza, su secreto. La imposibilidad de conocer el arcano. El universo en expansión, los hoyos negros.

Gozar del amor. Mis hijas, mi hijo, mis nietos, mis nietas. Las amigas. La risa, la diversión, la pasión. Si nada puedes cambiar, para qué te esfuerzas, lo que va a ser, será de cualquier modo.

### *Las entrañas*

Leyendo a María Zambrano siento la necesidad de desentrañar mis interiores, lo que la filósofa española llama: “las entrañas”. Primero he de nombrarlas: la conciencia, el corazón y el alma. Comienzo por la más fácil: la conciencia.

La conciencia me dice la que soy, “yo soy yo”. Estoy en mí y conmigo. Me sirve para juzgar “qué debo hacer y por qué eso”. Es la conciencia moral que encuentra razones para justificar los actos míos y ajenos. En esa conciencia está también la conciencia psicológica, “yo soy yo y estoy en el aquí y en el ahora”. Yo conmigo estoy bien.

El corazón es el centro receptor de mis emociones: alegría, tristeza, dolor, furia, desencanto. Lo que constituye la evaluación

de lo que me sucede. El alma reúne todas las instancias, constituye mi ser, mi esencia, mi yo único e irrepetible. Lo sólo de mí que me pertenece, a lo que no puedo renunciar, aunque sí posponer.

### *Las emociones*

He registrado emociones pesadas en los últimos tiempos. Al parecer la calma de mi vida se ha visto amenazada. Tal vez sea un cambio de forma de ser frente a los problemas. Cambio que posiblemente se deba a la edad, que produce cansancios antes no sufridos. Me enfurezco si las cosas no salen como deseo, aunque sea en detalles mínimos. Así son los viejos. Lorenzo se enfurecía por trivialidades. También me preocupan las cosas que suceden: reclamos de mis hijas, problemas de oficina, cambios de personalidad en seres queridos que de repente se tornan irreconocibles. Añoro la paz que antes vivía. Cuando me reclamaban porque todo lo veía —y por tanto sentía— a distancia. Ahora todo me hiere, todo me toca, todo me rasga. Yo, la que dormía a profundidad, despierto y comienzo a atormentarme con cuestiones pueriles. También esto se refleja en mis sueños, que enseguida interpreto. Son de angustia y sufrimiento. Me duele el estómago y la comida me produce repulsión. He de recurrir a *Más Platón y menos prozac*, utilizando la consolación de la filosofía.

## LA CONSOLACIÓN DE LA FILOSOFÍA

Y yo me consolé a mí misma.

### *Persona*

Paul Ricoeur se considera el heredero del filósofo personalista Mounier. La noción de persona, de acuerdo con Ricoeur, es más

pertinente que la de sujeto o conciencia. A su juicio es el mejor referente para sostener la lucha jurídica, política, social y cultural para la promoción y el reconocimiento de la dignidad del ser humano. Piensa que los otros términos utilizados en la filosofía para indicar al ser humano han mostrado su límite. Si se habla de conciencia, se debe estar cierto. Después de la crítica freudiana no se puede más que concebirla de modo transparente e inmediato, ya que no se es patrona en la casa propia. También el término *yo* aparece infecundo, forma de solipsismo teórico, después de la filosofía dialógica puesta a la luz por Levinas. El término *sujeto* es motivo de sospecha en la cultura contemporánea, después de la crítica de la ideología de la escuela de Francfort y el desastre de la fenomenología trascendental. En la sociedad presente, masificada, global, es importante comprenderse, comprender y aun hacerse comprender, hacerse reconocer. De hecho, somos persona en tanto nuestra solicitud de reconocimiento es aceptada por otra persona en un aporte de mutualidad. Se nos reconoce como persona valiosa y capaz en tanto reconocemos a la otra persona. Estoy convencida de la bondad que se encuentra en el fondo de toda persona humana.

### *La sabiduría*

Una vida no reflexionada no vale  
la pena de ser vivida.

En la última etapa de la vida, la que ahora estoy viviendo, el sentido de la vida está dado por la búsqueda de la sabiduría. He recorrido la infancia, la adolescencia, la juventud, la madurez y ahora estoy en la vejez. El camino cruzado ha sido largo y profundo. En cada etapa viví entrañablemente lo que en ese momento me ofrecía la vida. Ahora me dedico a la búsqueda de la sabiduría. Por ésta

entiendo algo más que el conocimiento, el saber y las creencias. Supone la reflexión sobre la experiencia vivida para alcanzar la paz, la serenidad y la ataraxia. Esto no quiere decir que viva como si la vida para mí hubiera terminado. No. Sigo trabajando, gozando de mi familia, la amistad con las mujeres y la lucha feminista. Es el tiempo de encontrar el último sentido de la existencia, cuando pueda decir con el poeta: “Vida, nada me debes. Vida, estamos en paz”. Leo lo que las personas sabias han escrito para seguir su ruta. El primero es Sócrates, que recomienda la reflexión sobre la existencia vivida. Para ello escribo mis diarios desde muy joven. Leo memorias, sobre todo de mujeres, porque *Me confieso mujer*, título de este relato-memoria.

Creo que no se trata de reconocer errores, debilidades, desaciertos. Siento, con san Agustín, que el arrepentimiento es una pasión inútil. Lo pasado es imposible de cambiar, aunque el arrepentimiento modifica su memoria, según Óscar Wilde –hombre sabio–. Rectificar desaciertos, tal vez. Pero la acción realizada no puede ser borrada. He aprendido que la vida de las demás personas ha de ser respetada, en el sentido de acatar sus propias decisiones vitales; dejar de sentirme la “maestra milagrosa”, de intentar cambios en las decisiones de otras personas, de dar consejos cuando no son requeridos, de “dar clase a todas las personas” que no se han inscrito como mis alumnas.

El aprendizaje se centra en una actitud básica: “Eres dueña de tu silencio y esclava de tus palabras”. Las personas sabias hablan poco. Asimismo, evita que la opinión de las demás personas afecte tus decisiones. Es el momento en que has dejado ir infinidad de preocupaciones que en otros tiempos te importunaron. Tú, ya no.

Ahora tu vida se rige por intereses que para muchas personas son ajenos, como la paz, la tranquilidad, la ataraxia. Dejar de “subirme al ring” a la menor provocación.

He de vivir también “al día”, es decir, gozándolo como si fuera el último, de acuerdo con la máxima de mi vida: *Carpe diem*. Dejar

de hacer cuentas con el tiempo que me quede de vida. Me queda hoy que esto escribo.

Llegué ayer de Acapulco. En el hotel Elcano, frente al mar, terminó el encuentro feminista y sólo recuerdo lo que este puerto ha sido para mí. Al contemplar la bahía, su dimensión alcanza la que tenía antes: la Roqueta al frente, la Punta a la otra orilla. El hotel aquel donde se bailaba en lo alto. Vestida con cintura estrecha y falda amplia, rodeada de admiración y tentaciones que vencía al estilo budista: cayendo en ellas. Renuncié a la riqueza, a la bahía, al Club de Yates, y así culminé en la elección para mi terna: doctora, profesora, mujer libre y feminista profesional de tiempo completo.

Ahora que esto escribo renuncié a comer en grupo con las feministas, y sola frente al mar brindo con un margarita y gazpacho por Michel, el padre del ser más querido. Mi nieta Cassandra la mayor. Yo conmigo estoy bien. ¿Será eso el inicio de la sabiduría?

He de tocar el mar sola, pero no solitaria. Pienso en mi muerte. ¿Cuándo moriré? Dice Borges que es lo más fácil del mundo. Sí, morirse.

Siguen los recuerdos. Encontré tres niños güeritos llorando en un velero con el timón roto. Iban hacia el mar abierto en su *sabot*. Armando los guió de nuevo al puerto. El güerito mío está a punto de liberarse. ¿Será esto bueno?

“Mañana el mar para todos.” La sola experiencia mística que he tenido en mi vida fue aquí, en Acapulco. Fui tan feliz en el mar, sí, “contigo, Claudio”. ¿Recuerdas cómo atravesaba la bahía nadando y nadando... *crawl* al infinito?

Veo que mis hijas e hijo cruzan una época de su vida que yo también viví.

## *La odisea del burdel*

Resulta que tenía una casa estupenda en la Zona Rosa, donde la vida es preciosa. A una cuadra del Paseo de la Reforma, donde nacieron todas mis hijas y mi hijo. Casa antigua, porfiriana; remodelada de acuerdo con el gusto y la necesidad. Tres pisos, patio y jardín. Biblioteca al fondo. Pisos de parquet, clósets de olorosa madera y baños de mármol blanco. Recámara independiente para cada hija e hijo, con su propio baño. Cuarto en el tercer piso con chimenea. Amplia cocina, cuarto de lavado y cuarto de empleadas con baño independiente. En fin, todo lo que una familia requiere. Los hijos se van, me fui quedando sola y me mudé a una casa más pequeña. Puse en alquiler la casa. La rentó de inmediato una compañía para abrir un salón de peinados y masajes. “Perfecto –comenté–, tantas recámaras y salones.” Poco tiempo después pasé por allí y el cuidador de coches de la calle, gran conocido mío, me dice: “Señora –voz lastimosa–, ¡qué negocio fue a poner donde nacieron sus hijitos!” Burdel... “Má, qué ingenua eres, peluquería y masaje, cualquiera entiende el giro del negocio.” Cualquiera sí, yo no.

Y así se inició el negocio que duró varios años. Por fin se cierra el local y acudo a revisar la casa. Como Ulises que regresa a Ítaca, encuentro la devastación. En mi recámara, un *jacuzzi* donde estaría la cama. Todas las paredes cubiertas de duela y los pisos de alfombra gris. Mi biblioteca, el corazón de mi casa, el *table-dance* cubierto de espejos, lámparas discretas y en el centro el *podium* con el pilar para la danza. No imagino las escenas, sólo recuerdo las mías a lo largo de la casa. Época de juventud, de niñas y niño que crece, el perro *Max* y la camioneta para llevar a toda la familia de paseo, al mercado, al colegio. La delicia de la biblioteca cubierta de libros, con su gran chimenea en el rincón. La mesa grande para regar los papeles. Mi *podium*: el banco alto con el facistol de iglesia donde coloqué los apuntes para la clase de las

señoras. “Mi mamá tiene industria de señoras”, comenta mi hijo cuando su amigo le pregunta: “¿Por qué hay siempre tantas señoras en tu casa?”

La casa donde fui tan feliz. Sufrí tanto por las infancias y adolescencias, los accidentes y los miedos, las separaciones y los reencuentros. Cuarenta años de mi vida los pasé allí. Tú eres tu casa. Se rompe algo por dentro cuando la casa cambia tan radicalmente. Dejas de estar allí. Sólo queda el recuerdo teñido de melancolía.

## LA PRIMERA FEMINISTA DE MI VIDA: LA ABUELA LOLA

De la abuela Lola heredé muchas cosas, espirituales y materiales. Lo que más aprecio de ella es que fue quien me inició en el feminismo, tal vez sin saberlo. Esto lo descubrí siendo ya mayor y estando ella en el cielo.

El hecho de que viviera con mi bisabuela (su madre) en Guadalajara una vez que quedó viuda, en lugar de hacerlo en la hacienda de su suegro como ricas herederas del general Pérezcastro (su suegro y abuelo mío), es el signo de su rebelión.

La foto de la boda de mi madre, donde la abuela no aparece, me hizo saber que había tenido un amante y que la familia la había rechazado. Mi bisabuela no le permitió asistir a la boda de su primera hija.

El internado en el Colegio Francés al que mandaron a sus hijas (mi madre y tías) para obligarla a dejar a su amante —y que ni así lo lograran—, me enseñó que no se doblegaba ante nadie.

El deseo de viajar por el mundo, recogido en sus innumerables “diarios de viaje”, me muestra su sensibilidad. Los muebles, objetos, *souvenirs*, cartas, postales y fotos que trajo de los lugares que visitó —una vez que su amante quedó viudo y se casaron— dan cuenta de su incesante interés por los países que recorrió y que conservó durante toda la vida.

La recomendación de que me casara con un rico, por aquello de la independencia económica, es suya: ella nunca trabajó. Jamás la vi cocinar, aunque comíamos en su casa todas las semanas. Ni realizar tareas domésticas. Era quien mandaba en su casa, se



hacía lo que ella quería. La autonomía en el manejo de su dinero. La prueba: se lo gastó todo, no heredó dinero a nadie.

Finalmente, siempre actuó con base en sus propias decisiones, aunque no fueran totalmente afortunadas, y a menudo sí consideradas excéntricas.

Lo anterior resulta evidente en los diarios de sus viajes y en la vida cotidiana. Yo, su nieta mayor, hija de la mayor de sus hijas, heredé muchas cosas de ella, entre otras, la independencia y la escritura.

Siempre fue una abuela muy cariñosa, nos llenaba de regalos y nos invitaba a menudo a su casa, que todavía existe, en la calle de Amberes. Recuerdo su sentido del humor. La cantidad de amigas que tenía. Su deseo de conservarse joven siendo vieja. El afán de vivir en el centro de la ciudad para tener acceso a la vida pública una vez que quedó viuda. Su interés en asistir a los actos sociales, sobre todo a los entierros de las personas notables. Acudía vestida de negro, con mantilla y peineta española, siempre elegante, a la usanza de la época. Usaba el perfume *Fleur de Rocaille* y polvo Anthea.

Digo que me inició en el feminismo porque jamás hablaba —que yo recuerde— de la condición femenina como inferior a la masculina. Era una mujer fuerte, independiente y decidida. Su primer acto afirmativo sucedió cuando se quedó viuda a los treinta años con tres hijas y un hijo pequeño.

El abuelo Juan era hijo del general Juan Pérezcastro, jefe del Estado Mayor del presidente Benito Juárez. Estuvo en el juicio de Maximiliano, lo que no impedía a la abuela Lola afirmar que el único gobierno decente de este país había sido, precisamente, el de Maximiliano. El tío de mi madre entró en el automóvil triunfante a la ciudad de México con Madero después de la Revolución de 1910. (Relato esto para mostrar que la familia fuerte era la Pérezcastro, más que la Riestra de mi abuela, aunque su bisabuelo había sido gobernador de Jalisco.) Sin embargo, la abuela no temió desafiar a su

suegro al quedarse viuda. En esa época vivía la familia en la hacienda familiar: Santa Bárbara, creo que en el estado de Jalisco, donde se fueron a refugiar cuando el abuelo Juan perdió la casa en un juego de gallos en la Feria de San Marcos, en Aguascalientes, donde antes vivían. Allí había nacido mi madre.

El abuelo murió de una misteriosa enfermedad de la que nadie quería hablar. Yo pensaba que se había suicidado. Cuando preguntaba de qué murió el abuelo, mi madre respondía: “Pobrecito, estaba muy enfermo de la cabeza”. “¿Loco?”, preguntaba yo. Hasta allí llegaba la investigación porque mi madre se enfurecía. Hasta que un día me explicó mi padre que había muerto de sífilis, la *maladie du siècle*. Cuando pregunté qué era sífilis, mi madre respondió que era una “mala palabra”, que no se decía, y menos a la hora de la comida, que era cuando yo emprendía las investigaciones pertinentes. Enseguida averigüé en el diccionario de qué se trataba y el tipo de enfermedad “vergonzosa” que era, como ahora el sida. Pues bien, murió mi abuelo muy joven dejando a la familia en la hacienda de su padre. Mi abuela pensó –según me contó– que si se quedaba en el rancho se arriesgaba a que sus hijas crecieran “con el taco en la mano”, como las rancheras, cosa que a ella no le gustaba. Deseaba educación para sus hijas, así que desafiando al general Pérezcastro, que amenazó con desheredarlas, se regresó a vivir con las niñas y el niño a Guadalajara, a la casa de la madre, la abuela Clotilde. Y, en efecto, las desheredó. En casa de la bisabuela se refugiaban las hijas que por alguna circunstancia se quedaban sin sustento económico, fueran viudas como Lola, abandonadas como Tere o viudas en la luna de miel, como Lala. Entonces Lola entró a la familia bajo el reinado de la bisabuela Clotilde, otra mujer fuerte. De ella es mi recuerdo más antiguo en la vida. La veo alta, delgada, vestida de negro, como correspondía en la época a las viudas, no como ahora que es la moda precisamente vestir a lo viuda. Siempre con un listón en el cuello, como se usaba en la época (me imagino que para disimular las arrugas), así

la recuerdo, cariñosamente inclinada curándome un pie que me habían picado las hormigas rojas.

Era la abuela temida de mi madre. Según ella, de adolescente dormía con un zapato bajo la almohada para conservar el sueño ligero en caso de que la llamara la abuela Clotilde. Y fue ella quien, injustamente, no permitió que mi abuela fuera a la boda de su primera hija —mi madre— por tener un amante (tiempo después mi abuelo adorado). De modo que Lola no se doblegó, ni con el general —su suegro—, ni con la jefa de la familia —su madre—. Ésta es mi razón básica para saber que era feminista.

La segunda razón que apoya su feminismo, a mi juicio, fue el aliento para conocer el mundo y emprender sus largos viajes una vez casada con el doctor Ibarra. Cuando esto sucedió, lo convenció de que vendiera sus prósperos negocios, dividiera el dinero en dos, una para las hijas del primer matrimonio de él, y con el resto irse los dos a viajar por el mundo para “salir del hoyo”: Guadalajara. Mi abuela para esa época ya era mayor, considerando la época, gorda y sorda. El esposo, bastante mayor que ella, tenía mal de Parkinson. Ninguno de los dos había salido más allá de México. No hablaban otro idioma que el español. Así, ella le convenció para viajar a Europa, pero también a Oriente, a Egipto. Tomaron un trasatlántico y zarparon a conocer el mundo en un largo viaje que duró varios años. Visitaron muchos países y compraron todo lo que les apetecía, enviándolo por barco a México. Mi padre periódicamente viajaba a Veracruz a recoger el cargamento que enviaban. No pienso que las compras le dieran el sentido de “compro, luego existo” de muchas mujeres y hombres actuales. Más bien era su deseo de construir una bella casa y adornarla con los objetos que habían atraído su imaginación e interés, más allá de lo que ella hubiera vivido en Guadalajara o en la hacienda de Santa Bárbara. Tenía fascinación por lo francés, como sucedía en la época, por lo que a la menor provocación decía a

sus hijas: “Niñas, hablen francés”, para mostrar la excelencia de su educación en el internado de las monjas francesas de la calle San Cosme, en el Distrito Federal.

De sus viajes sabemos por sus diarios, anécdotas sumamente interesantes. En todos los viajes que he realizado por Europa y Oriente llevo bajo el brazo el diario de la abuela y sigo sus pasos. Vivo en los mismos hoteles, si todavía existen. Así hice cuando viajé a la Unión Soviética. Insistí en vivir en el hotel Metropole en Moscú. Las personas que viajaban conmigo eligieron hoteles modernos, para luego regresar al Metropole.

Era feminista sin saberlo porque vivió la vida como eligió. No creo que hubiera leído ningún libro específicamente sobre mujeres, más bien no recuerdo ningún libro de su propiedad. Sólo de viajes. Toda su educación la adquirió, precisamente, viajando. Me hizo sentir siempre que las mujeres somos fuertes, sin duda las más fuertes dentro de las familias. Por supuesto, seguía las convenciones de la época respecto del matrimonio como única profesión femenina, y la familia como lo más importante de la existencia, a la cual se puede recurrir siempre en circunstancias difíciles. Sobre todo una familia como la de ella, de mujeres solas y fuertes.

Poco o nada se hablaba de religión. Se consideraba una convención más con la que había que cumplir. La misa los domingos, en la iglesia de moda. En mi colonia, la iglesia Votiva. Misa a la 1:30, a la que asistía la “gente conocida”, oficiada por el padre Romo, también muy de moda. No se discutía nada sobre el deber ser y la moralidad, ni más allá de cuidar la virginidad de las niñas para lograr buenos matrimonios.

Escribí una carta a mi abuela desde Buenos Aires. Septiembre de 1987. Desde el hotel República, frente al Obelisco:

“Querida abuela, en tu día de santo. Ya me ves, abuela, o como veas desde donde estés. A tu nieta preferida por ser la mayor no le ha

ido mal en la vida. Hasta ahora he seguido tus pasos. Como anota mi mamá, igual que tú me he casado dos veces con dos hombres ricos, como me recomendaste. Ricos de dinero los míos y los tuyos. De lo demás no sé, habría que compararlos y ya no viene al caso.

También he viajado mucho como tú lo hiciste en tu tiempo. Creo, sin embargo, que yo he sido más feliz que tú. Sabes, no sé de dónde saqué la fuerza, debe haber sido de ti y de la bisabuela Clotilde. Yo soy profesional, filósofa, doctora en filosofía.”

### *El retorno de las brujas*

Que no de los brujos. Vuelven los viejos afanes, ser famosa. Deseo ser la Simone de Beauvoir de México. A estas alturas, en 1986 que esto escribo, tendría que ser famosa ya. Sale de la imprenta mi tesis doctoral. Invitaré a mis alumnas a una mesa redonda. Yo elegí a mis alumnas y alumnos. ¿Por qué anhelo otros afanes?

Tengo un talento y sólo uno: soy buena maestra. Enseño con mis palabras y con mi vida. Toca a cada quién conocer sus cualidades. Recuerda que nunca te has definido como escritora sino como profesora. ¡Ah!, y no olvides el sentido del humor que aleja del temido sentido de la seriedad.

### CAUTIVA ESTOY DE MÍ

La voz cascada de mi suegra anuncia la vejez. Me descubro en un mundo donde yo y él envejecemos. Mi mundo tiene canas y arrugas. Las jóvenes avanzan hacia el mismo destino. Sólo se vive una vez. Hay que recurrir al procedimiento de supervivencia aprendido en la filosofía: la reflexión.

Ahora escribo mi libro nuevo. Yo, que llego a esa etapa, escribo este libro para mí y mis amigas. Lo editaré y buscaré una portada.

Ése es mi proyecto ahora que empiezo a ser vieja. Buscaré poesía y pediré ayuda a las mujeres para que resulte una obra encantadora.

Estudio los diarios de las mujeres porque me veo en todos los instantes como una mujer. Una mujer que siempre se observa a sí misma, en todos los espejos y en todos los pensamientos y acciones. Una mujer seria y profunda. En verdad, en raros momentos escapo de mí misma. Me veo siempre combatiendo. Pendiente de lo que se dice y se hace. Pocas veces de acuerdo. Me siento en pie de guerra. Alzada en armas, como un día comentó de mí el amigo Carlos Fuentes. No tengo adjetivos para mí porque esos vienen de fuera. Me veo sola en el mundo, en paz conmigo. Cuidando a las otras y los otros. Pendiente de sus comidas y de sus sufrimientos. Cuando termino la tarea, me reúno conmigo. Precisamente en este diario.

Finalmente terminé mi texto. Se basa en los diarios de vida de todas las escritoras que leí. Y regreso del viaje a España, del encuentro con el feminismo. Sólo que ahora me he cansado de ser mujer y quiero ser sólo filósofa. Presentar otra faceta de mi inteligencia. ¿Para probar algo o porque deseo entrar en otras profundidades?

Reviso mi archivo de feminismo y es excesivo. La fama de feminista no me la quita nadie. Ahora tengo que estudiar ética. Tal vez así calme la inquietud.

Deseo hablar de otra cosa. De mi madre, de la vejez, de la familia y el sentido de la vida. El año sabático. La eterna búsqueda. El mito de Sísifo.

Es obvio que los valores de las mujeres difieren muy a menudo de los valores que han sido hechos por el otro sexo.

Virginia Woolf

La sabiduría encontrada en la cultura feminista, tal como nosotras mismas la vamos creando a través de nuestra acción y reflexión,

es la que transmitimos a nuestras hijas y nietas. Su objetivo, como el de toda sabiduría, es comprender el mundo circundante, reflexionar sobre lo que nos sucede e intentar mejorar la calidad de la vida y, si nos acompaña la suerte, acceder a la madurez.

Deseo hacer una distinción entre sabiduría y ética. La sabiduría no constituye la ética. La primera es una categoría más amplia, es todo el conocimiento que se ha adquirido en la vida, la forma en que se ha elaborado reflexivamente la experiencia, que puede estar o no incluida en el campo de la ética.

Por fuerza la ética es más restringida, busca insertar el valor en la conducta, en tanto que la sabiduría no siempre persigue ese propósito. La sabiduría puede tomar la forma sólo de la prudencia, elegir lo más conveniente en las circunstancias. Para mí, la ética es más bien práctica, la forma o el estilo de resolver los problemas morales cotidianos. Un saber que consiste en el cúmulo de experiencias que se poseen para asegurar la sobrevivencia, o por lo menos resolver los problemas de la existencia diaria. También supone el proyecto fundamental que cada quien elige para dar sentido y valor a la existencia y expresar la preocupación por el bien común.

La ética que se plantea a partir del feminismo propone el valor fundamental de la experiencia de la vida femenina, tal como las mujeres elegimos jugarla. Se trata de dos visiones de la ética, una que llamo ética de la justicia, que es básicamente masculina, y otra, la de la equidad, que toma en cuenta la situación de las personas excluidas, las minorías. Como sabemos, las mujeres somos la minoría más grande del mundo. La ética de los hombres plantea deberes del tipo: “Doy esto para recibir aquello”. Y la de las mujeres la preocupación por entablar relaciones afectivas: “Me doy a ti y espero que tú te des a mí”. Experiencias correlativas al sitio que se ocupa en el mundo, donde los hombres viven en el de afuera y las mujeres en ambos, aunque se nos considera del mundo de dentro.

## LA EDUCACIÓN DE EMILIA

Hemos de aprovechar los principios educativos que propone Rousseau, principalmente en su obra *Emilio o de la educación*, para las mujeres. Para ello se puede utilizar un método sencillo: cuando el autor dice “el hombre”, yo pienso en “la persona”. De golpe, mediante este simple procedimiento, se incluyó a la mitad excluida de la humanidad en la revolución educativa que se propone el educador francés.

Sin embargo, debo advertir que esta medida constituye un artificio peligroso para las mujeres que se atreven a seguir estos principios. Las leyes y las costumbres todavía se oponen a que las mujeres se eduquen. Si ellas se obstinan en obtener una formación mejor, “esto constituirá una desgracia más para ellas y para nosotros” los hombres.

En efecto, la mujer que en el siglo de Rousseau, y aun en el nuestro, no se conforma con la instrucción debida para las mujeres, corre graves peligros, pues aventura el riesgo de convertirse en una mujer ambiciosa. Veamos lo que significa la ambición, por ejemplo, en el Siglo de las Luces: las damas letradas de los salones, lo que ellas hacen, lo que alcanzan y lo que sufren por no aceptar ser las tradicionales “socias” con minúscula, porque las socias con mayúscula son las herederas de Sofía, la diosa de la sabiduría.

Todo lo que necesita el ser humano para subsistir, más allá de las necesidades naturales: casa, comida, sustento y afecto, se adquiere por medio de la educación, como enseña Rousseau a Emilio —que no a Emilia—, es decir a los hombres, porque para él, como para todos los patriarcas, las mujeres hemos de tener educaciones diferentes. Él la plantea para Sofía sin estar consciente, creo yo, de lo que significa llamar a una mujer Sofía, precisamente la diosa de la sabiduría.

Tomaremos las ideas de Rousseau en lo que nos conviene, como hemos de hacer con todo lo que los hombres han pensado hasta ahora. Porque si las mujeres deseamos empoderarnos, aprovechemos



todo lo descubierto para no tirar el agua sucia con el bebé. Siempre discriminando lo que nos parezca superfluo.

Pues bien, Rousseau habla de que la educación se adquiere por la naturaleza, las personas y las cosas. La evolución interna de los órganos y las facultades humanas se adquieren naturalmente. El uso que hacemos de órganos y facultades lo aprendemos de las personas, y lo que sabemos por la experiencia de lo que nos afectó y cómo nos afecta, es la educación de las cosas. La educación es el conjunto de conocimientos, habilidades y actitudes morales. Para Rousseau, la educación es el crecimiento físico e intelectual, se equipara con desarrollo y evolución vital. Se educa para vivir bien en el mejor de los casos, aun sólo para sobrevivir. Hemos de advertir que las mujeres somos supervivientes siempre. Controlamos la educación humana y la de la experiencia de las cosas hasta cierto punto. En cuanto a las tendencias, tratamos de adaptarlas a lo deseable. El primer criterio para discriminar lo deseable es el del agrado y el desagrado. Lo que va de acuerdo o en desacuerdo con nosotras es el siguiente, hasta llegar al criterio del juicio racional. La razón es nuestro instrumento de supervivencia. Por ello, la educación más importante, dicen los patriarcas, es la intelectual.

El juicio racional lo utilizamos para intentar alcanzar en nuestra vida los ideales de la felicidad o del bien. La razón nos enseña lo que es el bien y el mal: sólo a conocerlo y distinguirlo, pero no a realizarlo, aunque Sócrates dice que “la que conoce el bien, como es tan bello, no puede dejar de realizarlo”. Entendamos por “conocer” no sólo saber, sino sentir en profundidad su valor.

El aprendizaje por la experiencia nos ayuda a distinguir lo instintivo, es decir nuestras tendencias, y a no contrariarlas. Si bien el absoluto en el bien y en el mal es inalcanzable para nosotra(o)s, la educación nos inclina a perseguir la dicha. Según Rousseau, en verdad la persona feliz es la que sufre menos, y la más miserable, la que goza menos. La felicidad entendida como ataraxia es un estado negativo que se reconoce por la carencia de dolores. Porque

también existe la felicidad positiva, que es el goce de bienes como el amor y la belleza.

Los deseos son carencias dolorosas. La infelicidad-felicidad depende del equilibrio entre nuestras potencias y nuestros deseos. No es por limitar nuestros deseos que somos felices, sino por utilizar nuestras potencialidades. Platón piensa que la educación de nuestros deseos, es decir, aprender a gozar y a sufrir como se debe, es ya la mitad de nuestra educación. Tal vez por ello en las mujeres se encuentran las mayores frustraciones, potencialidades desperdiciadas, deseos insatisfechos, sentidos de vida frustrados... Precisamente en ese sentido reitero que en verdad somos sobrevivientes.

La imaginación aumenta los límites de nuestras posibilidades. La educación debe ocuparse de ampliar las posibilidades de la imaginación, como advierte Heráclito: "La que no espera lo inesperado, nunca le llega". Por ello a las niñas hemos de alentarlas a imaginar los destinos y las carreras con mayores obstáculos para ellas: astronauta, presidenta y todo aquello que hasta ahora nos han vedado. También a los niños, bailarines de ballet, artistas. Hay que alentar en el mundo actual que se rige por la elección de las profesiones hogareñas para las mujeres, y con base en la economía para los hombres.

La previsión extrema dispersa nuestro ser al tratar de acaparar más allá de nuestra posibilidad. Hemos de aprender a vivir en el centro de nuestra vida y no en la periferia, para algún día prever estar en el centro.

## CARPE DIEM

Para Rousseau consiste en descubrir el lugar que naturalmente te corresponde y moverte en el ámbito de libertad que te es posible. Vive el lugar, vive el momento y vive el tiempo. La libertad para

Rousseau es el poder que surge de sí misma, la causa propia. El primer bien es la libertad, no la autoridad.

La libertad consiste en querer lo que se puede y hacer lo que place. La teoría roussoniana es hedonista. ¡Que placer! La finalidad de la educación es lograr la independencia de las cosas, función de la naturaleza y de las personas, función de la sociedad. La segunda, la dependencia social, que es el origen de todos los males. Sabemos que el ser humano es bueno por naturaleza para Rousseau, y que la sociedad lo corrompe. El orden social de amos esclava es la depravación mutua por la sustitución de la ley común por la individualidad. El mal es la individualidad. La ley que es la voluntad general, como la “ley natural”, inviolable por las voluntades individuales, lleva al estado de naturaleza. O sea, la dependencia de las cosas. La libertad que preserva al humano del vicio se une a la moralidad que lo eleva a la virtud. El deseo es de fortalecer la voluntad colectiva frente a la individual. La educación de las cosas sustituye a la educación de la razón. La experiencia de lo limitado del poder individual frente al social. La educación para alcanzar lo que se necesite y no lo que se quiere por necesidades artificiales (contra la publicidad y la propaganda).

La libertad de movimientos, pero no de satisfacción de sus deseos, sólo de sus necesidades. Las palabras prohibido-mandado, obediencia, deber y obligación, fuerza-debilidad, necesidad, restricción, las sustituyen. Que obedezca la fuerza de las cosas y no la fuerza de las voluntades. Las ideas morales y las de relación social son el producto último de la educación. Reconocer primero lo necesario y lo útil y a eso llamarle “deber”. La finalidad de la educación es hacernos personas razonables. Esto significa, por ejemplo, no golpearse contra las paredes, no luchar por las causas perdidas de antemano, no albergar pasiones inútiles –aceptar lo dado, gozar lo que está al alcance propio.

El que entiende de razones no requiere ser educado, acepta las razones y esto se aprende por la experiencia. Sin embargo,

hemos de luchar también por lo que creemos que podemos alcanzar. Somos buena(o)s por naturaleza, afirma Rousseau; no existe la perversidad original del carácter humano. Las únicas pasiones naturales son el autoamor o el autointerés tomadas en sentido amplio. El egoísmo es bueno en sí mismo y en relación con nosotras mismas. El primer deber es hacia una misma y consiste en luchar por ser una misma. La sola lección moral, en cualquier momento de la existencia, es nunca hieras a nadie. Esto no significa que dejes pasar las ofensas que te hieran, sólo que no lo hagas hiriendo al que te hiere, sino defendiéndote a ti misma. Bellamente expresado por la poesía de González Martínez: “Si una espina te hiere, no la arranques, apártala de tu camino”. Pienso que en la poesía se encuentra la verdadera enseñanza para la vida.

El motivo para querer ser educada es la utilidad o el placer. El solo motivo para aprender algo es el interés. Las etapas de la educación son, primero, a través de los sentidos; luego, por medio del sentimiento. Se forma el sentido común del que parte la ciencia. Finalmente la parte importantísima de la educación que siempre se soslaya...

## LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Resulta que esta faceta básica de nuestra educación no está mencionada en los tratados del tema. Recordemos la famosa educación de J. S. Mill, el filósofo, una de las más notables. Conocía los idiomas más leídos de su época, los autores más destacados en la filosofía y en la ciencia, pero no se le había educado en el sentimiento. Creía que su vida no tenía sentido, hasta que aprendió a través de la lectura de la poesía el significado del afecto. Las mujeres somos sabias en el afecto. Nos importa más que el conocimiento de lo que existe, el saber del amor, de la pasión del alma. El sentido profundo de las relaciones y la fuerza del arte y lo bello.

## *Las Emilias*

La ambición es un concepto que viene del vocablo latino *ambire*, pretender, buscar ardientemente. El deseo ardiente de conseguir poder, riqueza, dignidades o fama. Todo ello muy malo para nosotras, como veremos a continuación.

El diccionario inglés nos habla de otros rasgos del concepto: “un deseo honesto de algún tipo de logro o distinción, como poder, fama, riqueza, etc., y la voluntad de luchar por lograrlo”. Como vemos, no es la misma idea que la del diccionario de la lengua española. Su antítesis constituye el ser simple, modesto, humilde. La ambiciosa es, nos dice Elizabeth Badinter, refiriéndose a la mujer del siglo XVIII, “no una mujer que quiere ser o hacerse hombre... de ninguna manera, sino una mujer que rehúsa contentarse con los límites asignados a su sexo y pretende la misma libertad que los hombres”.

Las ambiciosas del siglo de Rousseau son las mujeres pertenecientes a la aristocracia o a la alta burguesía que se niegan a ser educadas para los hombres, como la Sofía de Rousseau y, por el contrario, toman la enseñanza del Emilio y se educan para sí, para la autonomía, siguiendo el ideal roussoniano de “no obedecer sino a la propia razón”.

### **Poema**

Siempre ten presente que,  
la piel se arruga, el pelo se vuelve blanco,  
los días se convierten en años,  
pero lo importante no cambia.  
Tu fuerza y tu convicción no tienen edad.  
Tu espíritu es el plumero de cualquier tela de araña.  
Detrás de cada línea de llegada, hay una de partida.  
Detrás de cada logro, hay otro desafío.  
Mientras estés viva, siéntete viva.  
Si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo.

No vivas de fotos amarillas.  
Sigue, aunque todos esperen que abandones.  
No dejes que se oxide el hierro que hay en ti. [Y me lo dicen a mí.]  
Haz que en vez de lástima te tengan respeto.  
Cuando por los años no puedas trotar, camina.  
Cuando no puedas caminar, usa el bastón.  
¡Pero nunca te detengas!

Madre Teresa de Calcuta

### MEDITACIÓN EN EL SABÁTICO

He de preguntarme qué he buscado toda mi vida. ¿Entender? ¿Entenderme? Más bien entender, escribir libros como Virginia Woolf, *toute proportion gardée*.

Por ello primero es la religión y luego la filosofía. Porque a la filosofía llegué por la búsqueda de los orígenes, pasando por la antropología, en Teotihuacan, precisamente.

Me pregunté ¿quiénes somos? Y luego pasé al ¿qué somos? Primero los hombres, porque yo me incluía entre ellos. Como cuando en aquel seminario en Estados Unidos me incluí entre las *white* y me mandaron a las *colored*.

Me descubrí en ellas, las mujeres. Entonces mi pregunta se definió: ¿qué es ser mujer en el mundo de los hombres? Tal vez eso estoy buscando. Cómo ser persona en un mundo que te excluye; donde el valor está dado por la pareja: “La madre de Lenin perdió prestigio al morir su esposo”, leemos en algún texto.

Aún hay otra cuestión, si una bucea más profundo: ¿por qué somos? Por qué algo, por qué no nada. Entonces puedes ir hacia arriba y cuestionar ¿por qué la muerte? ¿Por qué no la eternidad que dura el instante perpetuo?

Luego, al salir a la playa, al estar sobre la arena, surge la pregunta: ¿por qué se fueron todos los hombres de mi vida erótica?

Sin embargo, en esta última etapa de mi vida, yo conmigo estoy bien. Mi tarea es escribir libros, como antes escribía diarios. Consignar lo que me sucede como lo pienso y lo vivo. Ése es mi sentido de vida. La motivación profunda, quizá, sea reconocermé como ser humano pleno y, junto a mí, a todas las excluidas. También los excluidos. Y desde allí dar el salto al infinito.

Desprenderse de la tierra y remontar la totalidad que aprehendí aquella tarde frente al mar, cuando tuve la experiencia metafísica en la que fui lagartija sobre la hoja de la palmera, hoja en la palmera y una con la totalidad.

Será éste el anhelo de eternidad frente a la nada de la muerte. La muerte que se completa con la nada que te antecede al existir y llegará cuando muera la última persona que te recuerde. Nada de ello es tan terrible.

### *¿Por qué feminista?*

Leyendo a Freud. Mi amor por las mujeres es la sublimación del deseo erótico, autoamor sin pareja. ¡Ay, los hombres! Cuando sólo se reflexiona sobre las relaciones humanas, se llega a profundidades o sublimidades que ellos no sospechan. Se ocupan de otros negocios, los del mundo.

Visité la feria del libro que me hace sentir la nostalgia de escribir mil libros y verlos todos publicados. “Vanidad de vanidades...” También escribí mi proyecto de trabajo, cada vez lo hago más modesto.

### *Frente al mar*

Una vieja relación que ahora se recompone: el mar y yo. Me gusta el mar tibio y suave. Sólo he estado en el suave frío y en el tibio

fuerte, los dos me asustan: Zapallar y Vallarta. El primero, frío de pinos y rocas; éste, tropical.

En breve, sigo para siempre en la academia. Me dedicaré a contemplar la eternidad... “Un trozo del mundo que examina otro...” Mi meta no es la fama, me sucede el síndrome de las uvas verdes. Persigo la sabiduría compartida.

### *El miedo*

Me dormí con la pregunta: ¿a quién en verdad obedezco? Es decir, ¿por qué llevo a cabo actos que obedecen a un patrón o patrona desconocida? ¿Quién me ordena, de quién es la orden que si no es cumplida produce angustia? Será la “seño” de la primaria. El cura de la religión, rechazado. Los muertos que habitan mi propio panteón. Las autoridades universitarias que me vigilan. El director que ya no lo es. Rector que no sabe que existo. ¿Quién es mi autor omnisciente para matarlo de inmediato? ¡Ah!, y otra cosa que descubrí hoy: que en verdad existe el inconsciente, la memoria de lo vivido en las extrañas formas en que fue procesado dentro de mí. Y, por último, que mi miedo básico es a la muerte. No es al ladrón, al dolor o la violación. Es el miedo arquetípico, ése que se describe tan bien en las películas de Bergman.

Hay que aceptar el miedo a la muerte para vencerlo. Dejar de desplazarlo a los miedos consabidos: vejez, abandono, enfermedad y pobreza. Saber que a lo que se teme es a la propia muerte. Habrá que reflexionar sobre ella. Al filósofo Spinoza le repugna, dice que hay que reflexionar sobre la vida.

Lentamente me voy habituando al año sabático, mi nueva vida epicúrea, por aquello del jardín. Con los dolores familiares. El hecho de sentir que soy la que cotidianamente se impone una tarea de Sísifo. Será el deseo de reconocimiento la forma de



no morir del todo. Tal vez la manera de quererse un poco más. De lograr el dominio de mí misma, la autonomía, cuántos dolores.

Por todo ello, la vejez no presentará mayores problemas para mí. Tendré que encontrar ocupaciones que me parezcan deseables. La preocupación por los demás centrada en el feminismo. Todas las personas en filosofía somos escritoras, como decía Carlos Pereyra, nuestro entrañable amigo muerto, sólo que nuestros lectores varían. Los que sólo oyen lo que escribimos y aquellos que lo atesoran, como si guardaran un pedazo de nosotras.

Buscar el público de las alumnas para aquellas escritoras que, como yo, nos definimos como maestras.

### *El miedo*

Memorias de hospital. Por segunda vez la amenaza de cáncer. Ahora sí, la biopsia negativa, sufrimiento del cuerpo y dolor del alma. Enfrentarse a la muerte es reconocer la inutilidad de todo. Que no existe progreso, sólo la recurrencia. El eterno retorno hasta enfrentarse con el eterno sin retorno. Toda la vida es vencer obstáculos. “Todas las horas me hieren y la última me mata”, dice san Agustín.

La forma de justificar la existencia es la ética, pero de eso no voy a hablar, sino del cáncer. El cáncer y el miedo que produce. Virginia Woolf advierte que la sorpresa para el mundo de las mujeres es que, a pesar de todo, actuamos como damas. “Vieja dama indigna.” El miedo al dolor presente, a perder el pecho, a la quimioterapia, a vivir todo lo que mi madre ya había vivido. La enfermedad despierta el desinterés por lo circunstancial. El cuerpo se agazapa como animal herido y las venas huyen de las manos, como anguilas, cuando las busca la aguja.

Yo tuve un padre que ya murió. Palabra que enmascara nuestra esencia, sabernos para la muerte. En estos años he aprendido muchas cosas. Leí el diario que escribí hace veinticuatro años. Ha mejorado mi vida, comprendo mejor, pero sufro igual. Antes creía en el progreso, ahora en el eterno retorno. Sigo temiendo a la noche y a la oscuridad, a los ladrones, los violadores y los espantos. Antes creía en las ánimas del purgatorio y tapaba todos los agujeros para que no salieran los alacranes. Tenía miedo antes, como ahora. Miedo a ser descubierta con el cuerpo desnudo. Yo que me libré del cáncer todavía lloro del miedo y lentamente olvido suplicios. Ahora ya entiendo cómo es la vida, mi vida. Su sola tarea es *myself to know*, vivir es repetir las vueltas de Sísifo, como dice el sabio Camus. A diario comer, bañarse, alimentar el cuerpo, cuidarlo, igual que al alma. A diario buscar la comida apropiada. Querer al cuerpo, querer al alma. ¿Por qué pienso que son dos? Por el lenguaje que enmascara lo cóncavo y lo convexo. Debe ser así; sería bueno que así fuera. Romper los marcos de referencia, los cuentos de hadas, olvidar el finalismo y vivir con el por qué, en vez del para qué. Viejos rituales de apaciguamiento: y se casaron y fueron muy felices. Y tener paciencia, voy a leer todo, solo que... ha de ser más lento. Suavizo el trato conmigo. Voy entendiendo lentamente cómo es mi día hasta que me sorprenda la muerte, ya que no amenaza la eternidad.

### *La subjetividad*

Toda mi vida se desenvuelve en la subjetividad. Allí se desarrollan las batallas, se anotan las derrotas y se registran los triunfos. La tempestad en el vaso de agua. La vida interior recorre infinidad de pasillos. Se propone fines y desarrolla medios. Sufre los esfuerzos. Dentro de mi corazón corre la vida sin contacto con el exterior. Todo lo de afuera es ridículo como los bailes del video.

Todas las mujeres jóvenes y bellas para los hombres de celuloide. Yo no soy ella. Mi función es otra. Cada época lleva su propio afán. Los otros, los pasados, los objetos, hay que desecharlos. En la juventud de la tercera edad sólo queda cosechar, por ejemplo, la admiración por la elegancia; la figura y la riqueza son afanes vanos. La admiración de quién y para qué. En el trabajo hay que seguir las prioridades, los encargos y las tareas que cada quien señala para su propia inteligencia, el sentido de la vida y la salvación de las mujeres.

He de escribir constantemente mi propio libro, escribirlo sin parar. La liberación de las mujeres se inicia con el autoamor, con el quererse de otra manera. Perseguir una quimera que nada tiene que ver con los imposibles como no envejecer, no sufrir. La quimera es sumergirse en el mar azul transparente, escuchar música, descubrir lo inefable, capturar una sensación y hacerla palabra, fijarla en el *stream of thought* que se impregna (en lugar de plasma) en la subjetividad.

### *La edad*

Es mi cumpleaños. “¡Gózalo!” me dice mi cuñada. Como si a mí me importara la edad. La edad para mí es otra cosa. Me voy viendo vivir. Me descubro con interés y asombro ante lo que me va sucediendo. Soy mi historia que lentamente se va desarrollando ante mis ojos atentos y amorosos. Así veo a las otras mujeres, a mis hijas, y pienso cómo era yo a su edad.

Mi madre que habla y habla para compensar sus silencios. Y todas las demás mujeres de mi vida, con las que formo las sonoridades, sólo con éstas y porque resulta exasperante vivir con las otras.

## *La estación del alma*

Ésta es la última etapa de mi vida, que durará aproximadamente veinte años. Entonces llegará la estación del sueño para prepararme a la entrega con su hermana muerte. Gozaré la estación del alma viviéndola en forma consciente; más comida y menos espejos. Eliminaré los espejos exteriores y miraré los estanques interiores que se van colmando de “aguas claras”. El residuo al fondo cae lentamente para permitir el espejo de agua que me devuelve mi imagen, una mirada *sui generis*, sólo mía.

Sin embargo, estoy instalada en el sinsentido. La decisión de estudiar filosofía surgió de la posibilidad de entender el ser, aquella mañana en la Universidad Femenina, precisamente en el pasillo de la clase, cuando sucedió la “iluminación”. Treinta años después, ya doctora en ese estudio, entiendo que el sinsentido todo lo abarca. Existe el sinsentido *sub specie aeternitatis* y el sentido *sub specie contingentia*. Cada cual vive instalada en el mundo de su elección. Cada una se da su propio espacio y lo construye de acuerdo con sus propias posibilidades, intereses, deseos y pretensiones. El mío es un mundo tranquilo, sonriente, suave y de lento fluir. Los años transcurren mansamente, sin dolor, pero cada vez más rápido. Se acerca la vejez por fuera y se colma la plenitud por dentro. Mi mundo está lleno de cosas sumamente importantes, de un valor indescriptible. Por ejemplo, la llegada de las garzas blancas, tantas este año, volando en nubes como flechas, con las patas apuntando hacia atrás. Descubrir por qué su venida es trascendente para mi mundo; saber cómo afecta la belleza. La belleza blanca, la belleza que vuela y nos roza, llenando el alma de alegría. Ése es el sentido de la contingencia. Se enlaza otro de los temas para este tiempo: *laissez faire, laissez passer*. Dejar que los otros sean como quieren ser. No imponer puntos de vista.

La deformación profesional tornarla en profesión. Enseñar sólo a quienes deseen aprender y mostrar la verdad en forma sencilla.

Ya no hay necesidad de imponer perspectivas. No hay nada que probar, no se requiere prueba. La misión no es enseñar, sólo mostrar siendo como se quiere ser y contestar sólo lo que me pregunten, cuando lo hagan...

Tener cuidado ahora que comienzan de nuevo las clases, no luchar por tener la última palabra. Su mundo es otro, tú sólo estás empeñada en construir el tuyo. *Let it be*. Deja de organizar el mundo de otras personas. Regresa a la libertad de tu mundo privado, la paz, la calma, la ataraxia. Sigue sólo algunas empresas, como la búsqueda de la sabiduría y la lucha de las mujeres. De la familia recibe el amor. De lo demás no te enteres. La clave de la relación personal: la tolerancia. Cada cual encuentra su camino, siembra su jardín. Profundiza en tu mundo, alcanza visiones insondables y no te confundas con la superficialidad de las visiones *fashionables*. Este mundo que ahora inicias es atemporal.

En los últimos tiempos he estado pensando en la violencia que existe en el mundo actual. Puede que siempre haya sido parecido, sólo que ahora, gracias a la comunicación inmediata, nos enteramos de todo lo que sucede, y sólo se registra violencia. También en nuestras vidas personales: sufrimiento y violencia. Tal vez ése es el signo de nuestra especie. El refugio es la imaginación y la poesía. Si no podemos escribirla, sí podemos leerla. Decir como Borges: "Estoy orgulloso de todo lo que he leído, mas que de lo que he escrito".

## LAS FIGURAS DEL FEMINISMO EN MÉXICO

Para mí son las madres: Sor Juana Inés de la Cruz, Rosario Castellanos, Vera Yamuni y Alaíde Foppa, en mi Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Betsie Hollants, Dasha, Waldeen, Licha Kraemer, Tere McDermitt. Adela Formoso, María Lavalle Urbina, Amalia Castillo Ledón, Nahui Ollin, Frida Khalo, Antonieta Rivas Mercado,

Tina Modotti, Pita Amor, Leonora Carrington, María Sabina, Mary Langer, Ruth Gall, Josefina Muriel, en nuestra cultura.

Marta Lamas, Celia Ruiz, Isabel Custodio, Elena Urrutia, Esperanza Brito, Anilú Elías; más jóvenes, Gloria Careaga, Lorenia Parada, Azucena Romo, Gabriela Cano. Marcela Lagarde, en la lucha feminista.

Nuestras diosas, Guadalupe-Tonanzin-Coatlicue.

Y otras más que iré añadiendo a la lista.

El criterio para decir que una mujer es feminista es que ha tomado su vida en sus manos y elige el tipo de persona que desea ser, aunque yo no esté muy de acuerdo con ella, dentro de la autenticidad que elija. El otro criterio es que entre a la lucha política para defender los derechos de las mujeres. Si utilizo el primer criterio, hay muchas mujeres que son feministas, aunque ellas mismas no lo sepan o ni siquiera lo acepten.

El segundo es más riguroso. Pero, para mí, uno no es más importante que el otro. Finalmente, ambos sirven para confirmar la muerte del patriarcado.

## LA MELANCOLÍA

Me atacó la melancolía. Nostalgia, deseo de amor y de contacto físico, piel masculina, olor a hombre amado. El anhelo de absoluto. Será la vejez, la soledad, el abandono. Me pregunto ¿qué ha pasado con los hombres de mi vida? Todos se han ido. Unos más rápido, otros más lento, pero se han ido. Siento como si hubiera vivido miles de existencias. Reviso las fotos antiguas y me veo joven, feliz. La foto fija un instante, no se sabe lo que ocurrirá enseguida. Ésa era yo, en una de mis tantas juventudes.

He quedado acompañada siempre de mujeres. Unas, como yo, solas; otras, abandonadas, y unas más, junto a hombres que no sé si las aman, o se aman mutuamente.

Cuarenta años duraron mis matrimonios. Casi diez años de la última separación de Jaime. Un año de Lorenzo y ésta, mi última etapa de la vida.

*“Mañana el mar para todas”*

El afecto femenino

Todo lo cura el mar, el paisaje lunar y los saguaros. Estoy en Baja California Sur, en el taller “La violencia contra las mujeres mayores”. También el amor de las mujeres conforta la vida. En el taller surge la iluminación, la energía y el mensaje: “La edad no es un secreto vergonzoso”. La vejez es “el último regalo de la vida”. Se olvidan los ojos costurados y la ausencia de absoluto en el erotismo del mar y el atardecer con la luna. La sonrisa de las mujeres, la suavidad de su trato, la confianza de su conversación, la profundidad de su intimidad. Contra la soledad, la grandeza de Natura; la unión, el todo, la metafísica del erotismo. “Yo conmigo estoy bien.”

*“No seré la naturaleza para tu cultura”*

En el avión rumbo a Hermosillo sentí la extrañeza con los hombres, como si tuvieran un origen ajeno. Por la noche tuve un sueño: yo vivía en un extraño país donde habitaban unos seres llamados “hombres”. Vestían calzones largos, blancos como ellos, de piel descolorida, cabello rubio lacio y las extremidades de su cuerpo confusas. El que pasó frente a mí era un joven al que en lugar de brazo derecho le colgaba una pierna inútil, desnuda, con un pie balanceándose a medida que caminaba. Pasó sin mirarme, como ahora me sucede con todos los hombres. No sé si estaba ciego. Veía hacia delante con el vacío. Me desentendí de los hombres, como me sucede cada vez más a menudo. Sentí que había muchos; un

ejército de seres confundidos de mentes y cuerpo que vivían alrededor de mí. Entonces desperté. Relaté mi sueño a Diótima, que me dijo: “Así son todos, diferentes a nosotras, confundidos”.

Estoy aprendiendo a concentrar mi amor, erotismo y ternura en los niños y en los hombres amados de mi familia, en las mujeres, mis adoradas nietas e hijas, en un intento de poner a resguardo a las que he amado, que aún viven; también a las que ya se fueron. Conversar con ellas en el amor, los que nos amamos brevemente y ya murieron.

### *El tiempo*

Mi tiempo existencial se cuenta día a día. Despierto, medito, leo y escribo. Hago gimnasia. Me baño escuchando sonatas. Me desayuno oyendo música instrumental. Hoy escuché *Poesía en voz alta*. Las y los grandes poetas mexicanos y un chileno recitando su propia poesía. Hoy soy feliz.

Tomo vitaminas y salgo a trabajar. Una hora en automóvil con mi chofer Pedro. Escucho música y leo el periódico. De ida *La Jornada*, de regreso *Reforma*.

Preparo mi salida a comer, si debo quedarme en el sur. Regreso a casa. Mientras almuerzo leo un libro. Tomo té y chocolates. Duermo siesta. Y escribo en la computadora. Por la noche veo películas previamente elegidas, oigo noticias, viajes, eventos interesantes, y luego a dormir. ¿Soñar? A veces recuerdo el sueño. Otras, permanezco en vigilia, intento meditar y duermo. Si despierto antes de la hora, leo y medito. Es una vida feliz.

## DEL AMOR

El conflicto existencial es la nostalgia, la melancolía y el deseo. El amor me apasiona y el sexo es aburrido. El deseo, posiblemente,



de una pareja en la vida después de la huida de mis esposos y el último amor. Siento que eso me hace falta.

¡Ay!, los hombres. He de reflexionar sobre el sufrimiento que resulta para mí haber tenido esposo y no tenerlo más. Sí, tal vez lo extraño. Aunque releo mis diarios y sólo hablo de mí. “Eres narcisista”, me dicen mis psicoanalistas personales.

Pienso que tal vez el problema radica en la vejez. Los hombres huyen de las mujeres viejas como yo. Aunque la partida de Claudio, por cierto involuntaria, fue en la juventud. La de Jaime en la vejez y la de Lorenzo en la ancianidad.

Resulta que me siento anciana desde que cumplí setenta años. Para unas cosas soy anciana, para otras estoy en plenitud. El cuerpo débil y la mente fuerte. La salud buena –*considering*– y la apariencia física para mi edad, muy distinguida. Seguiré pensando.

### *Son los barcos que parten*

Desde el muelle contemplo las naves que se alejan. La escena me lleva a otro tiempo, en plena juventud, desde la bahía de Hong Kong veía barcos en el horizonte y pensaba: “Me gustaría zarpar en uno y perderme en el horizonte y que nadie vuelva a saber de mí”. Deseaba huir. Entonces vivía la juventud plena. Era en los juegos olímpicos de Tokio. Tenía todo, salud, belleza, juventud, amor, dinero y, sin embargo, deseaba escapar, huir de todo, alejarme, desaparecer en el horizonte para ser libre y feliz.

## EL SENTIMIENTO FÁUSTICO DE LA VIDA

El del *Room 19* de Doris Lessing. La habitación 19, como todo mundo sabe, es la historia de una mujer abrumada por tener todo en la vida, menos tiempo para estar con ella misma. El sentimiento

fáustico es el mito del hombre, o la mujer, que desea vivir la juventud eterna y gozar de miles de existencias sin faltar ninguna. Por ello vende su alma al diablo. Ahora contemplo el horizonte y veo los barcos partir dejándome en este lado de la existencia. El hilo del recuerdo me une a cada nave que lentamente he de dejar ir.

### *Las naves que se alejan. ¿Cuál será la primera?*

La de la edad. La juventud lejana. La madurez culminada. De este lado, sobre la playa, sólo resta la vejez. Yo conmigo. Dejar ir la nave de la edad. Contemplar cómo flota sobre la mar tranquila y se pierde en el horizonte.

Flota ya la nave del reconocimiento masculino. La mirada, aquella que te hacía bella, deseada, de interés orgiástico, ni siquiera es una nave ya. Un ave más bien, que vuela al infinito. Tú eres la libélula que aletea sin cuerpo visible. No hay nada que reconocer, añorar, señalar, buscar, anticipar de los otros en ti.

La que vuela no se distingue en el horizonte. El reconocimiento que anhelas es en vano. Eres invisible para la mirada del otro. Él te siente estar, pero no fija en ti su mirada más allá de lo indispensable para no atropellarte, para saludarte si alguna vez te conoció o te conoce. Tú ya no existes, sombra nada más.

“Doctora, usted era tan guapa”, me dice el señor de la intendencia en la Facultad.

### *Cuál nave resta por partir*

¡Ah!, la del cuerpo ágil, la mirada de lince, el oído de mastín y la piel suave. La nave de los sentidos afinados ya se aleja. También la de la memoria. Suelta la amarra y ríe de su ocurrencia. Sólo unos ojos te miran. A veces te contemplan con ternura. Recorren tu rostro, tu piel y observan tu cuerpo. Eres tú. La mirada es la tuya.

La otra nave es de la compañía. Se fueron los grandes, sólo quedan las niñas y los niños. Nos notan cuando los miramos a los ojos. También las mujeres mayores. Se comparan y ven lo que se les avecina. Tal vez lo que ya llegó.

### *Deja ir a las otras*

Todo vive en tu recuerdo que se desvanece.

Todo se va acabando lentamente, hasta el último suspiro.

“Todas las horas te hieren y la última te mata.”

Ríe, sonríe. La añoranza no existe y el arrepentimiento es una pasión inútil.

Ríe de lo que sabes, de cómo lo sabes, antes de echarte a dormir. *Let it be*, con música de los Beatles.

## VIVIR TU EDAD

La edad no es un secreto vergonzoso.

Resolución de año nuevo. Vivir cada año, de aquí a la eternidad, sin voltear la vista atrás, para que no se escape de la conciencia. La que no vive el año que le corresponde y sigue la costumbre del “tipo otro”, vivirá éste sin conciencia y así sí se le escapará para siempre.

Escribir mis confesiones sin interferencias, evitando el síndrome “moneda de oro, para gustarle a todos”. Empeño que trae consigo la reciprocidad de “dejar ser” como cada quien pueda. Eliminando la enseñanza de “mira, debes hacer x”, para *épater les bourgeois*.

### *Lunes santo*

En la soledad de Campusano, sueña mi perro *Mambo*. Casandra y sus amigas corren felices, Jaime se fue a trabajar... y así “All is quiet in the western front...” Algunas de mis hijas e hijo, enojada(o)s conmigo. Veo que la maternidad es una pasión inútil.

Deseo ser famosa y sabia. Ser amada y no sufrir. De todo ello lo más importante, sin duda, es ser sabia.

### EL ARTE DE SER SABIA

Primero, su importancia. Si deseo ser famosa, amada y feliz como metas de mi vida, la sabiduría las resuelve. A la persona sabia no le importa la fama. Le viene por añadidura. La sabia es amada y, por tanto, feliz.

Querida, dedica este regalo de la Diosa Atenea que es el sabático, para ejercitarte en la sabiduría.

### *La edad de nuevo*

Conversando con Minerva, le digo: “Cuando sea vieja haré...” “*Darling*, ya eres.”

Ahora tengo sesenta años. Estoy en plena vejez. Lo anterior lo escribí a los cincuenta y tantos. Descubro el gran remedio para la vida que he venido ejerciendo todos estos años, podría decir que desde la infancia: la poesía. Es remedio para la tristeza, la angustia, la soledad y el miedo. Con el ánimo poético, de la *poietés*, la creación, el arte. La conversión de la experiencia en belleza. Todo se inicia con un balbuceo. Yo y los otros. Los otros como yo, menos que yo, más que yo. Las otras y yo. Cada quién encerrada en sí, defendiendo su fortaleza. Tú haz como yo, así sabré que yo hago bien. Yo no hago como tú para saber mi deber. De ti requiero admiración,

respeto y alabanza. A ti: enseñanza, ejemplo y órdenes. Órdenes, órdenes, órdenes. Así te enfrentas a la imposibilidad de la autarquía.

Sólo el dios y la bestia pueden vivir en la total soledad. En las personas se da la necesidad de la mutua dependencia. Y el dolor. Pero la poesía es admiración y belleza que nosotras todas hemos traído al mundo. Hoy el ánimo poético me salva de la *noia*. ¿Mañana? *Chi lo sa?*

“Quiérase, Mara”, me dice el maestro.

Parece que ésa es la tarea al infinito. Ahora mi cuerpo se descompone en forma definitiva. Pasó el tiempo aquel en que había que aplicarse a cierta parte del cuerpo para mejorarla. El vientre, hacer y hacer el ejercicio pertinente para alcanzar la esbeltez perdida. Ahora, de repente, en el verano mi cuerpo se ablanda, se afloja, se distiende. Comienza por el vientre. Se corre hacia las “repisas” de la cintura. Se encoge en el cuello y las rodillas se ensanchan suavemente. En el pecho la piel se “capitona”. En las piernas surge la flacidez. Aunque mi amiga Minerva afirma que las piernas son lo último que se va.

Las manos se manchan, aparecen pecas grandes color cenizo. Mi amiga Alicia las llama “Flores del camposanto”. El cabello se retrae en la sien. Las cejas se pueblan de canas, incluso los vellos de la nariz. Un pequeño grano se insinúa en la punta. Mi querido cuerpo cambia de textura. Mi admirado cabello pierde color y espesor. Mis útiles dientes se oscurecen.

“Quiérase, Mara”

No se esconda tras los trapos. No se hiera con los cuchillos. Amase su piel con suaves caricias. Alerta su sangre con dulce frotación. Tonifique sus músculos con estiramientos de brazos, piernas y articulaciones. Fortalezca sus fuerzas con largos paseos. Expanda su pecho con la risa fácil, con la sonrisa divertida, con la risa burlona, con la risa ingeniosa, con la risa irónica. Con la risa que todo lo comprende, lo acepta y olvida.

## *El feminismo*

En este año cambia para mí el signo del feminismo. He llegado al método en su *pars destruens*. Señor de Córdoba, Argentina, de mí nunca más escuchará ningún lamento. Ahora comienzan las reglas del método en su *pars construens*. Ya destejimos la trama del mundo y ahora iniciamos la nueva figura. Sin ideas preconcebidas. En total libertad. Como dice mi amiga argentina, Clara Fontana: “Somos tan nuevas, que todo podemos iniciar”. Ésta es la nueva política. Esto lo he escrito, no en libros sino en artículos que, como semillas, el viento expande.

Hoy recuperaré mi cuerpo, se había quedado en algún escritorio de alguna oficina.

## EL VIAJE DEL “SOROCHO”

Y yo era la enfermedad en el país más pobre, Perú. Y yo era la enfermedad viajando por el subdesarrollo, Ica, Cusco y Machu Picchu. Y yo era la enfermedad en el frío, atrapada por las maletas en las doce horas del tren a Puno. ¡Ah!, para llegar a gozar el paisaje. Llegar al lago Titicaca, ver las maravillosas iglesias de Juli, donde se “secaron” los jesuitas y sólo quedan las momias. Viajando con los otavalos (los que mandan en busca de las raíces quechuas). En la Isla del Sol, Inti y Copacabana. En el mar helado de los bolivianos. “Págame” el reflejo de mí. Me robas la esencia en la fotografía. Mírame con los pies azules sumergidos en el lago a seis grados de temperatura, mírame jugando con el plástico azul amarillo del ciego con el arpa. La grandeza de los incas Machu, herederos de los quechuas de la fortaleza. Los vencidos de este lado se disfrazan de sus fantasmas: de los indígenas nos gusta la ropa, es folclórica, pero ¿qué queda de ellos, qué buscamos en el pasado indígena? *Chi lo sa?* Yo, al Perú, voy por los incas, y a Bolivia, por los

aimaras. No sé qué busco ni qué encuentro más allá de la enfermedad y el *sorocho*. Me asoroché. Me falta aire y me mareo. ¿Qué es el sorocho? Los sesenta años, la altura de La Paz con todo.

Me encuentro de nuevo con la Pachamama, la verde, la azul, la madre, la diosa; yo, mis hijas, las mujeres, mi madre, las reinas, las enfermeras y la Pachamama. Sólo es la Pacha, mamá, cuídame, Pachamama, ¿no ves que yo soy tú?

### *A Chile*

Ya salió Chile del subdesarrollo. Es la envidia del sur. No hay pobreza en el “barrio alto” y allí está Camila. Ella es mi otro yo femenino, como Jaime (era) el masculino. Ella y él se separan y se unen en mí. Pero nuestras vidas están íntimamente ligadas. Nacimos en dos países y crecimos para distintos lados, pero somos iguales. En las creencias básicas. Aunque diferentes. A ti, Cami, te preocupa un orden, y a mí, otro. Ambas ordenadas. La falta de orden produce angustia para el arreglo personal. Para mí, no sé. Tuvimos distinta madre que envejece. Tú la querías más de joven. A mí me cuesta tanto quererla. Tuve que buscar otro modelo de ella. Me rechazó por negra y fea. ¿Parecida a quién? A las de la otra familia, a las enemigas del lado de él. De Benjamín, que nos amó a las dos de distinta manera. Yo me tuve que ir a la intelectualidad. Él no me podía seguir por la belleza, para eso estás tú, la madre que “era un sueño” y yo la “madre buena”.

Tú, Cami, mi hermana, también amaste a tu padre. Pudiste crear su imagen a tu medida. Benjamín agotó la suya. No quedó nada que construir que fuera más allá de su pasado, que también es una forma de construir. Y por eso somos diferentes, en lo trivial. Tú y yo, mi Camila. Este año me enseñaste que la caridad es voluntaria. Queda pendiente cómo vamos a envejecer: *a)* modelo fuera, *b)* modelo indiferencia. Ambos tienen ventajas y desventajas.

La Camilita me notó más callada en esta visita a Chile. Será el tiempo de la indiferencia, ¿tal vez los cambios de vida? Las energías que se concentran para alzar el vuelo a la altura posible, a la distancia alcanzable, pero con la profundidad deseada. La fuerza está en el espíritu, no en los músculos. Querida, refuerza tu espíritu mientras ejercitas tus músculos. Voy a nadar en esta mañana invernal de Campusano. Ya vuelvo.



## CONCLUSIÓN

Tengo la edad anudada al cuerpo. Por las noches me impide respirar. Me ha bloqueado el apetito. Nada me apetece. Sólo los chocolates. No puedo comer chocolates todo el día. He bajado cuatro kilos, cosa que ni me preocupa ni me consuela. Sólo sé que he perdido un placer que siempre he tenido: la comida. El cuerpo se ha llenado de extraños dolores, misteriosas debilidades que interpreto como enfermedades terminales. Fallas del ánimo, disfunciones de músculos, articulaciones, equilibrios. Sin embargo, sigo haciendo mi vida acostumbrada. Gimnasia por las mañanas, las caminatas y el arreglo personal de siempre. Lecturas y lecturas, escribir y escribir.

Son 75 años, no era así a los 74. ¿Será 75 un número cabalístico de la edad?

En cuanto al ánimo, he desarrollado una indiferencia total a ciertas circunstancias. Con las alumnas y los alumnos me sucede algo diferente. Puedo contarles cualquier cosa de mi vida, lo que siento y pienso. He alcanzado la libertad total para la comunicación con ellas y ellos. Las distinciones tampoco me preocupan. Sonrío dentro de mí cuando descubro la ambición de mis colegas. Pienso: ¿para qué? ¿Acaso no saben que se van a morir?

“¡Qué esfuerzo tan tremendo para destino tan menguado!”

Tengo tres libros en preparación. Dos personales y uno compartido. Infinidad de libros interesantes leídos en parte, pendientes de terminar. No se me antoja comprar nada que no sea la comida cotidiana. Por cierto, yo no la compro. La encargo.

Me abruman las preocupaciones por minucias, las decisiones sin importancia. Y la calma sólo llega cuando leo y escribo. Dichosa

de tener esa ocupación de la que siempre hablo. ¡Ah!, porque cuando escribo no tengo edad. Cuando doy conferencias, tampoco.

Los amores de mi vida. Mis hijas, hijo, nietas y nietos. Finalmente las mujeres acompañan esta última etapa de mi vida. Las Reinas que son en verdad mis contemporáneas. Minerva, psicoterapeuta de ojos azules y finísima ironía; Diótima, psicoanalista de suave sonrisa y profunda inteligencia. Cuando hablamos las tres no tenemos que explicar nada. Nos entendemos perfectamente, y yo, la filósofa, aprovecho para recibir terapia gratuita.

Preparamos una nueva forma de acercarse a la vejez. La última en el orden del tiempo. Preguntándonos cuál es la cuestión más importante en este momento de nuestra vida.

En esta etapa de la vida hemos de distinguir entre enfermedad y cansancio. Una vez que recuperamos la paz, cuando el alma alcanza el cuerpo que se mueve a ritmo diferente del alma, entramos en el sentido profundo de la sabiduría que concede la vejez reflexionada. En este momento estoy.

### *Mi enfrentamiento con la muerte*

No la mía, sino la de un bebé. Una joven mujer muy querida, que trabaja conmigo ya hace varios años, me avisa que está embarazada de dos meses. La felicito y se prepara para el tiempo que le falta de embarazo. De repente se presentan complicaciones y pierde el producto. Lo recupera en su cama, lo conserva en alcohol para mostrarlo a la doctora, y antes de llevárselo lo veo yo. La imagen se queda clavada en mi mente. Comienzo a tener dolor de estómago, imposibilidad de comer, atragantamiento y diversos síntomas que me producen sufrimiento. Es la muerte de un hijo. Peor que la propia.

La propia la enfrento a diario. Sin ningún futuro *post mortem*. Ni cielo, ni infierno, ni eternidad alguna. La nada. Eso es lo que

existe, eso es lo que somos. Un tiempo aquí, unas flores, unos cantos, y luego nada, como dice el poeta Netzahualcóyotl.

¡Ah!, pero mientras la vida es cielo azul, nubes de algodón, los árboles de mi jardín, como en esta tarde de verano que esto escribo, la vida vale la pena. Pero la vida termina. Llega la soledad. Todos los que te han acompañado amorosamente han partido o tienen su vida propia. Tú quedas sola. No sólo en soledad, sino solitaria. Amenazada de peligros insospechados, de enfermedades, sufrimientos, dolores y, finalmente, la muerte. Sí. Eso es la vida. Nunca alcanzas la plenitud. “Soledad de soledades y todo es soledad.” En la poesía está toda la explicación de la vida y de la muerte.

**Graciela Enríquez Enríquez**  
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

Se terminó de imprimir en octubre de 2004

Diseño de portada  
**Retorno Tassier, S.A. de C.V.**  
Río Churubusco núm. 353-1  
Col. General Anaya  
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial  
**Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.**  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Baskerville en tamaños  
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por  
**DEMAC**